

DOCUMENTOS
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL DE FILIPINAS
COMPILADOS Y PUBLICADOS BAJO LA DIRECCIÓN DEL
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA

POESÍAS DE RIZAL

COMPILACIÓN HECHA
POR
JAIME C. DE VEYRA

CON UN ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD DE RIZAL
POR EL MISMO

[No. 14 DE LA SERIE]

MANILA
BUREAU OF PRINTING
1946

COPYRIGHT, 1946

BY

THE AUTHOR

PROEMIO

LA DESTRUCCIÓN de nuestra rica Colección Rizalina, al mismo tiempo que otras valiosas colecciones de la Biblioteca Nacional, durante la liberación de Manila en febrero de 1945, hace apropiada y a tiempo la publicación de las poesías de Rizal, coleccionadas y compiladas en un volumen por Don Jaime C. de Veyra, uno de nuestros rizalistas supervivientes y contemporáneos de nuestro "escolar", héroe y mártir, Doctor José Rizal, destinada a nuestro público lector y en especial a nuestros rizalistas. Aun antes de la liberación de Manila, no hubo publicación alguna que en un volumen contuviera las poesías de Rizal. Se hicieron varios intentos de publicar dicha colección, pero resultaron infructuosos por completo. Este trabajo comprende todas las poesías de Rizal, algunas de ellas hasta hoy inéditas. El trabajo no es solamente una colección completa de las poesías de Rizal, sino también un cúmulo de anotaciones y comentarios que enaltecen su valor, debidos a la pluma de un ilustre hombre de letras. Viene a ser el complemento y suplemento de su otro trabajo, titulado "El 'Último Adiós' de Rizal," que la Biblioteca Nacional ha publicado con ocasión del Cincuentenario del martirio de nuestro Héroe, el 30 de diciembre de 1946. Al igual que el otro volumen, esta colección fué preparada por mis compañeros de la Biblioteca Nacional, especialmente por el Director Auxiliar Luís Montilla, antes que fuera yo llamado para ocupar mi antiguo cargo, como Director de la Biblioteca Nacional, por Su Excelencia el Presidente de la República, Manuel A. Roxas. La publicación de este volumen que contiene todas las poesías de Rizal, con ocasión del Cincuentenario de su muerte, facilita la adquisición de los trabajos de nuestro Héroe al público, por lo que esperamos que el mismo tenga una plena ventaja de leerlos y estudiarlos.

E. B. RODRIGUEZ

Director, Biblioteca Nacional

CONTENIDO

	Página
Prólogo	v
Rizal, Poeta	ix
A mis compañeros de niñez	1
Mi primera inspiración	2
Felicitación	3
Un recuerdo a mi pueblo	4
Al Niño Jesús	5
El embarque	6
El combate, Urbiztondo, terror de Joló	7
Y es español Elcano, el primero en dar la vuelta al mundo.....	9
El cautiverio y el triunfo	10
Entrada triunfal de los reyes católicos en Granada	12
Alianza íntima entre la Religión y la Educación.....	17
Por la Educación recibe lustre la Patria.....	19
Gran consuelo en la mayor desdicha.....	21
El Heroísmo	26
Colón y Juan II	28
Abd-el Azís y Mahoma	29
A la Juventud filipina	31
A Filipinas	33
A la Virgen María	33
Junto al Pásig	34
Al M. R. P. Pablo Ramón, S. J.	49
Adiós a Leonor	50
¡Me piden versos!	50
A la Srta. C. O. y R.	52
Himno al Trabajo	53
A las flores de Heidelberg	54
Canto de María Clara	55
A mi	56
Kundiman	58
El agua y el fuego	59
"Flor Entre Flores"	59
A Don Ricardo Carnicero	60
Himno a Talisay	63
Mi retiro	64
A Josefina	68
Canto del viajero	68
Último adiós	69
San Eustaquio Mártir	71
Correcciones y Enmiendas	131
"Kundiman" y "Kundiman"	136

RIZAL, POETA

Rizal era todo un poeta. Que lo era, ¿quién lo duda? ¿Hay algún filipino, que no lo crea o no haya oído esta afirmación? Rizal, poeta, es una verdad de Pero-Grullo para todo filipino. Pero eso, ¿qué es? El poeta español se definió a sí mismo:

“El poeta, en su misión,
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita,
con frutos de bendición.”

No habrá filipino que admita ser Rizal, “planta maldita,” aunque fuese “con frutos de bendición.”

Y bien: ¿cuántos filipinos conocen las poesías de Rizal?—Seguramente, pocos; todos saben que es autor del *Último Adiós*; varios no se han contentado con saberlo, sino que también “se saben” de memoria la famosa composición, que, al decir de Retana, es “la mejor de cuantas se conocen en el mundo como compuestas en análogas circunstancias.”

Sí; Rizal compuso el *Último Adiós*. ¿Quiénes otros conocen sus poesías? Ya hemos dicho: pocos. Tal es la razón de esta edición. S. H. Gwekoh hizo dos ediciones de una colección; P. Laslo hizo otra de *Rizal's Último Adiós in European Languages*; no sabemos de ninguna otra compilación de sus versos; y después de la hecatombe—que todos lamentamos y en que se han convertido en cenizas libros y documentos de públicos archivos y bibliotecas,—¿qué difícil es hallar alguna poesía de Rizal! Aun para la presente colección, conociendo casi todas las fuentes, todavía ha costado Dios y ayuda reunir los materiales que ofrecemos al público.

Ninguno de nuestros personajes ha merecido de los eruditos tanta atención ni igual interés: W. E. Retana ha estampado sus bien documentados *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*; A. Craig, su *Lineage Life and Labors of Jose Rizal*; C. H. Russell y E. B. Rodriguez, su *Hero of the Filipinos*; el Rev. F. C. Laubach, su *Rizal: Man and Martyr*; y como resultado de un certamen oficial, en 1938, de cuantas biografías se presentaron, una fué premiada, otra con *accesit* y dos con menciones honoríficas, una de las cuales (la de C. Quirino) se ha publicado con el título de *The Great Malayan*: repetimos, ningún filipino ha sido objeto de tantos y tan

repetidos estudios, como lo fué Rizal; mas sus poesías no se hallan insertas en tales biografías, sino sólo algunas: de ahí la conveniencia de imprimirlas juntas y reunidas en un volumen.

Porque la personalidad de Rizal, como porta-lira, como vidente, como cantor de su pueblo, no es menos importante que los otros aspectos de su misma personalidad. Compartimos con el juicio de Unamuno: Rizal, poeta, es tan conspicuo como Rizal, patriota, y desde luego más que como médico, como hombre de ciencia, como historiógrafo, como periodista, y hasta como novelista; para nuestra concepción, después de patricio y lingüista—títulos que ponemos por encima de los otros,—Rizal, poeta, lo era todo y por sobre los demás atributos.

¿Es atrevida la afirmación?—La declaramos, hace años; cuanto más examinamos sus obras y cuanto más penetramos en lo hondo de su ser, más convencidos estamos de lo aseverado por Unamuno, a saber: que la peculiar complejión de aquella alma grande, compleja, sujeto y objeto a la vez de acciones encontradas, artista de todas las artes, *pioneer* de su raza y su pueblo, el “protoplasma” que todo lo envuelve, que todo lo empuja y conduce, y lleva a cabo las acciones y la misión para que vino al mundo. Siendo así, ¿cómo son contadas—contadísimas—sus producciones poéticas? Si, como Zorilla, él podía recitar:

“Mas he vivido cantando,
y cantando he de morir;”

si era poeta de toda la vida, ¿cómo es que había cantado pocas veces?—Parece una antítesis, y así es; ningún canto suyo deja de haber sido motivado: o se lo habían pedido, o se había visto obligado a cantar: no era el ave que lanza el trino o el grito, porque sí: quizá debido a su propio temperamento, callado, taciturno, enemigo de garrulería, de echar palabras al viento; reconcentrado, poco comunicativo, propenso a vivir más para sí que para otros, ahogando quejas y tragando contrariedades, no le oímos con frecuencia: revelóse poeta desde tierna edad (*Mi primera inspiración*), no bien separado del regazo materno—tal vez, precisamente bajo su influencia y ejemplo,—y . . . estudiando aquí, y trabajando allá, y rodando por el mundo . . . *vivió* la vida de poeta (y poeta siempre, en sus famosas novelas, *Noli me Tángere* y *El Filibusterismo*), y aun lo fué en aquella simple vida de desterrado en Dapitan, entre discípulos, enfermos y plantaciones . . . hasta que vino a plañir su elegía de cisne, en el *Último Adiós*: de él, de su existencia, puede escribirse que el alfa y omega fueron poesía.

En el viejo Ateneo Municipal teníale señalado con el dedo cuando prefecto de la Academia de Ciencias, recita en una de sus sesiones unos versos (*Colón y Juan II*); celebra el rector sus días y allá van sáficos y adónicos (Al P. Pablo Ramón); un año, cuando más entregado a ejercicios literarios, no hay asunto histórico que no fuese tema de sus inspiraciones (*El Embarque [a Magallanes]*; *Urbiztondo, terror de Joló*; *Y era español Elicano, el primero en dar la vuelta al mundo*); un año más tarde (1876), adiestrado ya en la versificación, canta a *La conquista de Granada*, o el *Heroísmo de Colón*, o pone en verso, a petición de aquel P. Sánchez, que tanto le quería, *La tragedia de San Eustaquio*, sin dejar de dedicar un soneto a *la Virgen María* o escribir las conceptuosas octavas reales de *Por la Educación recibe lustre la Patria*. Se dirá que todo ello son ensayos de estudiante; cierto es: la destreza del compositor apenas apunta; mas se notan ya las garras de aguilucho, en los rasgos; y en la composición acabada de citarse, se observa tendencia a tomar vías más amplias que no las puramente escolares. Rizal entra en los 19 años de edad; ha terminado el bachillerato: el Liceo Artístico y Literario abre concurso literario-poético, "entre naturales y mestizos," y Rizal gana la pluma de plata, galardón a su oda *A la Juventud Filipina*. El tema le desenlaza del colegio; su concepción le abre horizontes; la ocasión es apropiada para celebrar las Bellas Artes y cantar a la Juventud, animándola: "¡Crece, oh tímida flor!"—escribe el poeta por lema de la composición, y exclama en ella: *¡Bella esperanza de la Patria mía!* Han acabado las trabas: el cantor se siente libre,

"Y libre como el viento, como el águila,
como el cóndor altivo de los Andes,"

que dice, más tarde, Apóstol.

Todavía los compromisos atan al miembro de la Academia de Letras, la cual le pide (1880) componga un melodrama, sobre asunto no designado, de libre elección; y Rizal prepara el libreto de *Junto al Pásig*, que pone en música el maestro Echevoyen.

No comparto con Retana ni con otros que han visto "alusiones" en palabras y pasajes de *Junto al Pásig*: aquél subraya períodos enteros para hacer ver la habilidad de Rizal y su precocidad, que a los 19 años ya había encerrado, en "prudente logogrifo,"—para usar de una expresión del P. Coloma—pensamientos que no podían exponerse directamente, *coram populo*. No; yo no creo en segundas intenciones, y menos en Rizal, en tal ocasión. Es sinceramente religioso, y cuasi a la vez, partícipe de los sentimientos "hispanizantes" de los personajes del melodrama. Que si Satán,

embarazándose con el niño Leónido, predice para el pueblo que ha dejado su culto,

"Pestes, guerra y crueles invasiones
de diversas naciones,
en venideras próximas edades;
tu pueblo regará con sangre y llanto
del patrio campo la sedienta arena;"

todo ello y algo más que Retana subraya, no creo que pueda dar ocasión a espíritus zahoríes, o predispuestos, o dados a buscar, como vulgarmente se dice, cinco pies al gato; mas, examinando serenamente el contexto, nada desentona del conjunto que, según antes indicamos, va entrelazado, contrastado, para mantener el interés del espectador, y cada personaje dramático representa el papel que el autor le asigna. Y conste que no me opongo a las sugerencias o deducciones de Retana, antes bien me alegro de su "buena vista" y celebro la intención en obra destinada a contribuir a la formación de una patria.

Con la extensión que van tomando algunas partes del presente trabajo, renunciamos a entrar en análisis de *Junto al Pásig*—para no excedernos del propósito de no ser difusos,—limitándonos a consignar que su asunto es celebrar el paso, por el río, de la Virgen de Antipolo; para lo cual, un grupo de niños devotos suyos preparan presentes típicos—música, banderas, pajaritos, flores, cohetes, etc.;— y adornando adecuadamente una *banka*, en ella van a esperar a la Virgen; que, Leónido, el mayorcito de ellos, que por eso actúa como *leader*, se desvía de sus compañeros, circunstancia que *Satán* (vestido de *diwata*) aprovecha para soltarle la andanada, antes referida, con objeto de disuadirle; pero el niño, firme en sus convicciones, rechaza las maquinaciones de *Satán*, con lo que éste llama a los suyos, para comenzar la guerra; y entonces, frente al coro de diablos, se presenta otro de ángeles, que los ahuyenta con su poder, y a poco, rehechos los niños católicos, rinden al paso de la Virgen de Antipolo su homenaje, cantándola aquel breve y expresivo coro con que finaliza *Junto al Pásig*:

"¡Salve! Rosa pura,—Reina de la mar;
¡Salve! Blanca estrella,—Fiel Iris de Paz!"

Hemos dicho que, aunque Rizal vivió constantemente vida de poeta, sus composiciones métricas son relativamente pocas: todas ellas "motivadas," hechas a petición de parte o inspiradas en situaciones o sucesos de su existencia: las décimas *Me piden versos*

dicen que sólo se han compuesto, por habérselas pedido a' guari (quizá su madre); no digamos ya de las poesías a S. K. o a la Srta. C. O. y R.; estando de veraneo en Alemania (abrd, 1888). "sesteando" a orillas del Neckar, se dirige *A las flores de Heidelberg*, en acentos de los mejores sentidos y perfectos; son de pura ocasión las felicitaciones de días al P. Ramón y al comandante Carnicero; lo propio puede afirmarse de los himnos al Trabajo y a Talisay, cantos reveladores de los patrióticos deseos del autor, del *Canto de María Clara*, en el *Noli me tângere*, y la alegoría *El agua y el fuego*, en *El Filibusterismo*, no decimos nada, por ser ventajosamente conocidos del público; *Mi retiro*, descripción de su estado y residencia en el sitio de Talisay, Dapitan, está dedicado a su madre, que lo había estado pidiendo; también allí y en la misma época (1895), es el *Canto del viajero*, retrato de su espíritu inquieto, aficionado a correr mundos, reflexivo, conceptuoso, que refleja, como pocas, su disposición de ánimo.

Para mi apreciación, su poesía capital es *A mi . . .*: variedad de tonos, arrebatos de sentimientos, rebeldía de espíritu, violencia, hasta desesperación, todo está allí: es Rizal, visto con ojos revolucionarios. En contraste con el *Adiós*, en que todo es serenidad, equilibrio espiritual, desinterés, nobleza, conformidad, resignación *al fatum*; en *A mi . . .* hay amargura, reproche, algo de despego . . . (¿a quién o quiénes?):

"Ya no se invoca a la musa;
pasó de moda la lira;
ya ningún poeta la usa;
aun la *juventud ilusa*,
en otras cosas se inspira."

¿Dónde estaba Rizal? ¿en qué edad lo concibió?—*Aun la juventud ilusa*: ¿había dejado de ser joven? ¿No estaba en Europa? ¿no era esto, hacia el año de 1890, cuando no contaba todavía treinta años? La poesía tiene sinsabores, desdén, lamentación:

"Van huyendo, poco a poco,
cuantos amé, de mi lado:
aquél muerto, éste casado;
pues que sella cuanto toco
con la desventura el hado."

¡Alma noble! no acusa a nadie; cuando más, de sus contrariedades echa la culpa al destino. ¿No era esto hacia la época en que sus propios paisanos se habían dividido, unos siguiendo la dirección de Del Pilar y otros permaneciendo fieles a Rizal?—*A mi . . .* es

una retahala de reproches y recriminaciones: comienza lamentando que "ya no se invoca a la musa"; que, "en vez del Helicón,

sólo se pide al garzon
una taza de café";

que,

"En vez del estro sincero,
que el corazón conmovía,
se escribe una poesía,
con una pluma de acero,
un chiste y una ironía."

Por eso (y aquí comienza la expresión a tomar vuelo y vigor):

"Musa, que en mi edad pasada
me inspiraste cariñosa
cantos de amor, vé y reposa.
Hoy necesito una espada,
ríos de oro y acre prosa."

Remacha esta idea:

"Necesito razonar,
meditar y combatir;
algunas veces llorar,
pues quien mucho quiere amar
mucho tiene que sufrir."

Es todo un cuadro de la situación de Rizal, en plena "campana progresista": dinero y dinero,—ríos de oro y acre prosa;—razonar, meditar, combatir; la inspiración de Rizal jamás había alcanzado tanta violencia; y después de evocar penas y dolores, y de rechazar amorosos recuerdos, con acerba displicencia, despide a la propia musa:

"¡Huye también, musa! ¡Véte!
Busca otra región más pura;
que mi Patria te promete,
por laureles, el grillete;
por templo, cárcel oscura."

Pocas veces, Rizal ha mojado en hiel su pluma. Se justifica el propio reproche:

"Que si es infame e impío
oprimir a la verdad,
¿no fuera en mí desvarío,
detenerte al lado mío,
privada de libertad?"

Más; más todavía:

“¿Y a qué cantar, cuando llama,
a serio estudio el Destino,
cuando la *tempestad brama*,
cuando a sus hijos reclama
ronco el pueblo filipino?”.

Tras algunos rasgos, de igual temple que los copiados, increpa a la propia musa, antes de despacharla:

“Mas, antes que partas, di,
di que a tu acento sublime
siempre ha respondido en mí
un canto para el que gime
y un reto para el que oprime.”

Valiente, decidido: la pasión política, exacerbada, halla su debida manifestación. El canto-desafío tiene su digno coronamiento en dos octavas reales; hé aquí una de ellas:

“Mas tú vendrás, inspiración sagrada,
de nuevo a caldear mi fantasía,
cuando, *mustia* la fe, *rota* la espada,
morir no pueda por la Patria mía.
Tú me darás la citara enlutada,
con las cuerdas que vibran la elegía,
para endulzar de mi nación las penas
y el ruido amortiguar de sus cadenas.”

Compárense texto con texto, *A mí . . .* y el *Último Adiós*, y el lector convendrá con nosotros en que las dos poesías son de tonos bien diferentes, casi opuestos; como dijimos, en la segunda sólo hay serenidad, templanza, resignación; nada de arrebatos, nada de recriminaciones, casi ninguna queja: conformidad, acentos de amor, predicación de paz. Comienza el *Adiós*, como era natural, despidiéndose el autor de su país, describiendo su belleza, calificándolo de mar de Oriente, nuestro perdido edén; pinta el cuadro revolucionario, en que “otros” dan sus vidas, no importando si en cadalso o en campo abierto; también él da la suya, alegrándose de que, al fin, apunte el día deseado; la cuarta estrofa es digna de sus amores, recordando:

“Mis sueños, cuando apenas muchacho adolescente;
Mis sueños cuando joven, ya lleno de vigor,
Fueron el verte, un día, joya del Mar de Oriente,
Secos los negros ojos, alta la tersa frente,
Sin ceños, sin arrugas, sin manchas de rubor . . .”

Es la imagen de la Patria filipina . . . “Bella como la esperanza, pura como la luz” . . . había él estampado en otra parte. El cuadro parecía exigir algo plástico: colores o buril . . . y el gran Tolentino lo ha adivinado, al diseñar un dibujo para uno de nuestros sellos postales: eso es lo gráfico. Continúa el poeta:

“Ensueño de mi vida, mi ardiente vivo anhelo,
¡Salud! te grita el alma, que pronto va a partir;
¡Salud! ¡ah, que es hermoso caer por darte vuelo,
Morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
Y en tu encantada tierra la eternidad dormir!”

Fantasías y recuerdos constituyen los temas de las estrofas que siguen: el suelo, un cementerio, la luna, el sol pasan ante la vista del enamorado lector u oyente; los que sufren, los atormentados, los que oran, el patriota abnegado que se resigna a ser olvidado, a que su sepultura fuese arada y sus cenizas, esparcidas, yendo a formar el polvo de *tu alfombra* (el del pueblo); mas él queda:

“Tu atmósfera, tu espacio, tus valles cruzaré,
Vibrante y limpia nota seré para tu oído . . .
Constante repitiendo la esencia de mi fe.”

Y . . . “morir es descansar.” Se despide de sus padres, sus hermanos, los amigos de la infancia, la dulce extranjera, amiga y alegría suya . . . Allí, allí queda todo: amores y deudos; y él se va; se va

“Donde no hay esclavos, verdugos ni opresores;
Donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.”

Repetimos: todo es paz y amor.

No queremos cerrar este estudio sin recordar que un crítico español, hablando de Rizal, poeta, dijo que, como tal, le habían excedido sus paisanos Guerrero y Apóstol. Otro crítico, también español, no quiso conformarse con este aserto, afirmando que en ninguno pudo encontrar tal plenitud de sentimientos, desinterés y alteza de miras, como en el *Adiós*, de Rizal, “ungido, además, con la sangre del martirio.”

MANILA, 16 de diciembre de 1946.

J. C. DE V.

POESÍAS DE RIZAL

A MIS COMPAÑEROS DE NIÑEZ

(VERSIÓN LIBRE DEL ORIGINAL TAGALO, POR EP. SANTOS)

Cuando un pueblo ama de veras
la lengua que la fué voluntad del cielo,
también pujará por la libertad,
cual el ave en el firmamento.

Pues por su lengua son juzgados
los pueblos, regiones y reinos;
y cada ciudadano es como
los otros seres hijos de dicha libertad.

El que haga ascos a su propia lengua,
es peor que bestia y pez nauseabundo,
por eso débesela amar
cual a madre verdaderamente amante.

La lengua tagala es también como la latina,
la inglesa, la castellana; lengua de ángeles,
porque Dios, que vela por todos,
es el que de ella nos hizo merced.

Nuestra lengua es también como las otras,
de "alfabeto y caracteres propios",
que naufragó por monzón desencadenada
sobre la barquilla en el lago, cuando
la noche de los tiempos.

MI PRIMERA INSPIRACION

¿Por qué exhalan a porfía
Del cáliz dulces olores
Las embalsamadas flores
En este festivo día?

¿Y por qué en la selva amena
Se oye dulce melodía
Que asemeja a la armonía
De la arpada filomena?

¿Por qué en la mullida grama
Las aves al son del viento
Exhalan meloso acento
Y saltan de rama en rama?

¿Y la fuente cristalina,
Formando dulce murmullo
Del céfiro al suave arrullo,
Entre las flores camina?

¿Por qué veo en el Oriente
Más bella y encantadora
Asomar la rubia aurora
Entre arreboles su frente?

Es que hoy celebran tu día,
Oh mi madre cariñosa,
Con su perfume la rosa,
Y el ave con su armonía.

Y la fuente rumorosa
En este día felice
Con su murmullo te dice
Que vivas siempre gozosa.

Y de esa fuente al rumor,
Oye la primera nota
Que ahora de mi laúd brota
Al impulso de mi amor.

FELICITACIÓN *

'Las hermanas de tu esposo
te felicitan en tus días'

I

Si filomena con arpada lengua
Al rubio Apolo, que su faz asoma
Tras alta loma o encumbrado monte,
Trinos envía.

II

También nosotras de contento llenas
Te saludamos y a tu noble santo
En tierno canto y fraternales metros,
Caro Antonino.

III

De tus hermanas y demás parientes
Recibe amable el cariñoso acento.
Que el suave aliento del amor los dicta
Plácido y tierno.

IV

De amable esposa y cariñoso Emilio
Dulce recibas la sin par ternura,
Y su dulzura en la desgracia ablande
Rudos tormentos.

V

Cual el piloto, que luchó valiente
Con las borrascas en la noche oscura
Mira segura su querida nave,
Llegado al puerto;

VI

Así, dejando los mundanos lares,
Tus ojos miren en el alto cielo
Al que es consuelo de los hombres todos
Padre querido.

VII

Y de nosotras, que con tierno acento
Te saludamos por doquier festivas
Ruidosos vivas, que del pecho salen,
Grato recibe.

* A su cuñado, Antonino López (1875).

UN RECUERDO A MI PUEBLO

(Kalamba La Laguna)

Cuando recuerdo los días,
Que vieron mi edad primera
Junto a la verde ribera
De un lago murmurador;
Cuando recuerdo el susurro
De Favonio que mi frente
Recreaba dulcemente
Con delicioso frescor;

Cuando miro el blanco lirio
Henchir con ímpetu el viento
Y el tempestuoso elemento
Manso en la arena dormir;
Cuando aspiro de las flores
Grata esencia embriagadora,
Que exhalan cuando la aurora
Nos comienza a sonreír;

Recuerdo, recuerdo triste
Tu faz, infancia preciosa,
Que una madre cariñosa
¡Ay! consiguió embellecer.
Recuerdo un pueblo sencillo,
Mi contento, dicha y cuna,
Junto a la fresca laguna
Asiento de mi querer.

¡Oh! si mi insegura planta
Holló tus bosques sombríos,
Y en las costas de tus ríos,
Hallé grata diversión;
Oré en tu rústico templo
De niño, con fe sencilla,
Y tu brisa sin mancilla
Alegró mi corazón.

Vi al Creador en la grandeza
 De tus selvas seculares;
 En tu seno los pesares
 Nunca llegué a conocer;
 Mientras tu azulado cielo
 Miré, ni amor ni ternura
 Me faltó, que en la Natura
 Se cifraba mi placer.

¡Niñez tierna, pueblo hermoso,
 Rica fuente de alegrías,
 De armoniosas melodías,
 Que ahuyentan el pesar!
 ¡Volved al corazón mío,
 Volved mis horas suaves,
 Volved, cual vuelven las aves
 De las flores al brotar!

Mas ¡ay! Adiós! Vele eterno
 Por tu paz, dicha y reposo,
 Genio del bien, que bondoso
 Sus dones da con amor;
 Por ti mis fervientes votos,
 Por ti mi constante anhelo
 De aprender, y ¡plegue al cielo
 Conservase tu candor!

AL NIÑO JESÚS

¿Cómo, Dios-niño, has venido
 A la tierra en pobre cuna?
 ¿Ya te escarnece Fortuna,
 Cuando apenas has nacido?
 ¡Ay, triste! Del Cielo Rey
 Y llega cual vil humano!
 ¿No quieres ser soberano,
 Sino Pastor de tu grey?

EL EMBARQUE

(Himno a la flota de Magallanes).

En bello día,
 Cuando radiante
 Febo en Levante
 Feliz brilló,
 En Barrameda
 Con gran contento
 El movimiento
 Doquier reinó.

Es que en las playas
 Las carabelas
 Hinchán las velas
 Y a partir van;
 Y un mundo ignoto,
 Nobles guerreros
 Con sus aceros
 Conquistarán.

Y todo es júbilo,
 Todo alegría
 Y bizarría
 En la ciudad;
 Doquier resuenan
 Roncos rumores
 De los tambores
 Con majestad.

Mil y mil salvas
 Hace a las naves
 Con ecos graves
 Ronco cañón,
 Y a los soldados
 El pueblo hispano
 Saluda ufano
 Con afección.

¡Adiós!, les dice,
 Hijos amados,
 Bravos soldados
 Del patrio hogar;
 Ceñid de glorias
 A nuestra España,
 En la campaña
 De ignoto mar.

Mientras se alejan
 Al suave aliento
 Del fresco viento
 Con emoción,
 Todos bendicen
 Con voz piadosa
 Tan gloriosa
 Heroica acción.

Saluda el pueblo
 Por vez postrera
 A la bandera
 De Magallán,
 Que lleva el rumbo
 Al Oceano
 Do ruge insano
 El huracán.

5 Diciembre 1875.

EL COMBATE URBIZONDO, TERROR DE JOLÓ

Cien bajeles aguerridos
 a merced del viento manso,
 dejan la alegre Manila
 surcando el mar agitado.
 En breve plazo se avistan
 con los moros joloanos,
 que orgullosos se levantan
 mil banderas ondeando.

Después que hubieron sus playas
 fuertes atletas hollado
 y asestado sus cañones
 contra el muro del contrario,
 con acento varonil
 habló el General: "Soldados:
 "de vuestro valor depende
 "del triunfo el lauro lozano.

"Antes el morir anhelo
 "que desistir del asalto;
 "mirad que la Patria os fía
 "sus nobles timbres, sagrados."

Dijo; y cual furioso Noto
 cercado de hórridos rayos
 en furiosa tempestad
 siembra el luto y triste llanto;
 tal el invicto Urbiztondo,
 seguido de sus soldados,
 siembra por doquier la muerte
 con el acero en la mano.

Y cual león que en las selvas
 ruge, pavor engendrando,
 a la vista de la presa
 que devora con estrago;
 tal los insignes guerreros
 con furia y con fiero espanto,
 se acercan a las murallas
 dando un temerario asalto.

Y el León de las Castillas
 mueve su guedeja airado
 y apresta su aguda garra
 por sembrar doquier el llanto.

Ocho baluartes se rinden
 de los moros joloanos
 al fiero estruendo de Marte
 y de Urbiztondo al estrago.

¡Ah! son ellos, noble España,
 cual los héroes de Lepanto,
 son ellos los que en Pavía
 fueron de la guerra rayos.

Consume el fuego y devora
 los castillos y palacios
 y cuanto Joló posee,
 de los nuestros al asalto.

Huye Mahumat aleve,
 Sultán impío y tirano,
 y los valientes guerreros
 entran en Joló cantando.

5 de diciembre de 1875.

Y ES ESPAÑOL ELCANO, EL PRIMERO EN DAR
LA VUELTA AL MUNDO

¿Dó va ese frágil velero
que surca mares remotos,
y que navega altanero
buscando pueblos ignotos?

¿Quién es el que el vasto mundo
invicto cruza y valiente,
desde el Ocaso profundo
hasta el sonrosado Oriente?

Es un héroe de España,
nuevo Titán del Pirene,
que desafía con saña
al huracán si le detiene.

Es Elcano, que acomete
empresa que al mundo encanta;
llevarla a cabo promete
y su grandor no le espanta.

Y cual águila caudal
que se remonta en el viento
con un vuelo sin igual
y con veloz movimiento,

y de ronca tempestad
desprecia el silbido horrendo,
y burla con majestad
de los rayos el estruendo;

y cual peñón fragoroso
no inmutan ni los furores
del Océano impetuoso,
ni de huracán los rigores;

tal es el invicto Elcano,
al cruzar rugientes olas,
domándolas soberano
con sus naves españolas.

Él cruzó del vasto mundo
la redondez victorioso,
y con valor sin segundo
el Orbe midió anchuroso

Mil lauros ciñan tu frente,
 Atleta del pueblo hispano;
 y con diadema fulgente
 orla tus sienes ufano.

5 de diciembre de 1875.

EL CAUTIVERIO Y EL TRIUNFO

Taladas las comarcas de Montilla,
 Provoca el arrogante Abencerraje
 A los bravos atletas de Castilla
 A que humillen feroces su coraje.

El conde de la Cabra presto llega
 Ostentando el acero en brazo fuerte,
 Cual la Parca que lúgubre despliega
 Sus negras alas de matanza y muerte.

Avanza, cual león de presa ansioso,
 Hacia las tropas de una raza impía;
 Don Diego acompañábale ansioso,
 Como el radiante sol al nuevo día.

Así cual huye el ciervo fugitivo
 Evitando la alígera saeta,
 Amedrentado el corazón altivo,
 Tal huían las huestes del Profeta.

Mas no así la feroz caballería,
 Antes expone por escudo el pecho,
 Esperando la lid con bizarría
 Por combatir con mísero despecho.

A sus legiones Boabdil alienta
 Ardiendo en rabia y en furor salvaje:
 Píntase en su semblante la tormenta,
 Y habla a los fugitivos con coraje:

“¿A dó os conduce, moros desdichados,
 El torpe miedo que os acosa y ciega?
 ¿De quién huís? ¿Con quiénes, desgraciados,
 El fuerte corazón lidiar se niega?”

Dijo; y la trompa suena amenazante;
Llegan los nuestros, y la lid se traba;
Y el rudo son del hierro centellante
Por doquiera tan sólo se escuchaba.

Don Alonso Aguilar los arremete
Con denuedo y furor, por un costado;
Hiere, degüella, asola y acomete
Cual fiero lobo al tímido ganado.

¡Ay! vanamente implora a su Profeta
El obstinado y cruel mahometano,
Mientras las riendas y la lanza aprieta
Contra el fuerte y magnánimo cristiano.

Allí fenece el adalid valiente
Entre el fiero tumulto de la guerra:
Caballos, lanzas, yelmos, tristemente
Hechos pedazos vense por la tierra.

Huye ante los cristianos victoriosos
Su acobardada y ya rendida gente;
Cual se escapan los ciervos temerosos
Ante el rugido del león valiente.

El Rey en tanto hallóse abandonado;
Y viendo que la fuga era ya tarde,
Se apea del caballo consternado,
Y en el bosque se oculta cual cobarde.

Dos invictos cristianos le encontraron;
Y por la real insignia conocido
A Don Diego al instante le llevaron
Cual prisionero real que fué vencido.

El Dios de los cristianos, en Lucena
El poder humilló del altanero
Que al hispano amarrar dura cadena
Quiso y hacerle triste prisionero.

3 de diciembre de 1876.

ENTRADA TRIUNFAL DE LOS REYES
CATÓLICOS EN GRANADA

Era una noche silenciosa y triste
Cuyo recuerdo el corazón lastima,
Fostreira noche en que el monarca moro
El bello suelo del Alhambra pisa.
Pálido el rostro, los cabellos sueltos,
Ojos cansados de mirada fría,
Cabeza baja, reclinado el rostro
El triste moro sus palacios mira.
Los mira el moro, y abundante llanto
Sus ojos baña, surca sus mejillas,
Y en el dorado y arabesco techo
Pone de nuevo su cansada vista.
Lloroso entonces las hazañas moras
Recuerda triste y las gloriosas lizas;
Y comparando los presentes males
Con los combates de pasados días,
“Adiós, Alhambra,—dice,—Adiós, Alhambra,
Mansión de gozo y abundantes dichas;
Adiós, palacio de placeres lleno,
Inagotable fuente de delicias.
Triste te dejo y al presente voyme
Al cruel destierro, lleno de fatigas,
Para no ver tus altos torreones,
Tus claras fuentes y moradas ricas.”
Dijo; y gimiendo, los vestidos caros
De los dorados aposentos quita;
Y despojadas de sus bellas joyas
Las grandes salas, triste se retira,
Y en medio del silencio de la noche
Cuando los pobres árabes dormían,
Cuando sólo el susurro de los vientos
Por la ciudad pacífica se oía;

Y atravesando las calles
De aquel reino ya desierto,
Pálido quedóse y yerto
Bañado en sudor mortal;
Sólo profundos suspiros
Oíanse por do quiera,
Y alguna voz lastimera
Lanzada en su fiero mal.

Paróse el rey; vió las torres;
 Contempló aquellas murallas;
 Se acordó de las batallas
 Que diera en tiempo feliz;
 Mas no pudo contenerse
 Y bajó la vista al suelo
 Y dijo con desconsuelo
 Inclinando la cerviz:

“¡Ay! ¿qué fué de ti, Granada?
 ¿Qué fué de tus caballeros?
 ¡Ay! ¿dó duermen tus guerreros,
 Que tu congoja no ven?
 ¡Sí! yo, tu Rey desdichado,
 A las líbicas arenas
 Arrojado y con cadenas
 Por la suerte voy también.

“Hoy todo, todo lo pierdo:
 Reino, palacio, tesoro,
 Y tan sólo el triste lloro
 Me prepara el cruel dolor;
 Hubo un tiempo en que tus torres
 Gobernaba prepotente
 Y de escuadrones al frente
 Era el estrago y pavor”.

Dijo; y ve los escuadrones
 Mandados por Talavera,
 Tremolando la bandera
 De cristiana Religión;
 Que iban por real mandato
 A ocupar las fortalezas
 Del Alhambra y de sus piezas
 Para tomar posesión.

Y a Fernando Talavera,
 Que los caballeros rige,
 Respetuoso se dirige
 El desdichado Boabdil;
 Y de esta manera le habla
 Con acento lastimero,
 Sumido en el dolor fiero,
 Anegado en ansias mil:

“Id, Señor, id presuroso
 A tomar esas moradas
 Por el gran Dios reservadas
 A vuestro potente Rey;
 Alah castiga a los moros;
 De sus bienes los depoja;
 De su Patria los arroja
 Pues no guardaron su Ley.”

No dijo más; su camino
 El agareno prosigue
 Y su fiel bando le sigue
 En silencio y con dolor;
 No volvían sus miradas
 Para contemplar su suelo,
 Pues quizás el desconsuelo
 Los hiera con más ardor.

Y contemplan que a lo lejos
 El cristiano campamento
 Muestras daba de contento
 Al ver la Cruz celestial
 Que en la Alhambra se ostentara
 Al ser la ciudad rehñida;
 Y era de raza vencida
 La precursora señal.

Y oye el Monarca infelice
 La voz de “¡Viva Castilla!”.
 Y ve cómo se arrodilla
 El ejército español;
 Y escucha de las trompetas
 Las armonías triunfantes
 Y ve los cascos brillantes
 Heridos del claro sol.

Entonces sus pasos guía
 A do vese el rey Fernando
 Que adelanta gobernando
 Su tropa con majestad;
 Y al acercarse al monarca
 Las llaves le entrega el moro,
 Unica prenda y tesoro
 De la mora potestad.

“Ved, ahí,—Boabdil le dice—
 Lo que regalaros pueda,
 Y lo único que me queda,
 De árabe dominación:
 Reino, trofeos, personas,
 Moradas, campos, victorias,
 Torres, jardines y glorias
 Todas, todas vuestras son.”

Así dijo Boabdil;
 Y prestado el homenaje
 Se aparta de aquel paraje
 Testigo de males mil;
 Siguiendo su lenta marcha,
 Despidieron sus guerreros
 Mil gemidos lastimeros
 Dejando el bello Genil.

Entretanto, el clarín belicoso
 De Fernando pregona la entrada
 En la bella y hermosa Granada,
 Ya cristiana y sin rastro de infiel;
 Los cautivos del moro vencido,
 Que dolientes llevaban cadenas
 Y tormentos sufrían y penas,
 Se presentan con gozo a Isabel.

Cual bravos guerreros sufridos
 Los saluda el Monarca clemente,
 Su contento mostrando en su frente
 Porque viólos ya libres del mal;
 Y la Reina abundante limosna
 Distribuye con mano bondosa;
 Esa Reina que siempre es piadosa
 Ceñir debe corona inmortal.

Y oyendo los moros
 Festivos clamores,
 Sonoros tambores
 Y alegre cantar,
 Lloraban su suerte,
 Su gloria perdida,
 Su raza vencida,
 Su patria sin par.

Sus tristes gemidos
Ocultan cuidados,
Sus ruegos llorosos,
Su necio clamor.
Temiendo que oídos
Aumenten la gloria
De aquella victoria
Que causa el dolor.

¡Ya la España su bandera,
Altanera,

Tremola sobre los muros,
Ya seguros,

De la Granada gentil!
Ya los Católicos Reyes
Sabias leyes
Dictarán desde su asiento
Opulento
A los hijos del Genil.

Ya la Alhambra deliciosa
Orgullosa
Es de cristianos morada,
Y Granada
Pertenece al pueblo fiel.

Ya Dios mira desde el Cielo
Con consuelo
Las bellas torres y almenas
Todas llenas
De trofeos y laurel.

3 de diciembre de 1876.

ALIANZA ÍNTIMA ENTRE LA RELIGIÓN Y
LA EDUCACIÓN

Cual hiedra trepadora
Tortuosa camina
Por el olmo empinado,
Siendo entrambos encanto al verde prado,
Y a la par se embellecen
Mientras unidos crecen;
Y si el olmo compasivo faltase,
La hiedra al carecer de su consuelo
Vería tristemente marchitarse;
Tal la Educación estrecha alianza
Con alma Religión une sincera:
Por ella Educación renombre alcanza;
Y ¡ay! del ser que ciego desechando
De santa Religión sabias doctrinas,
De su puro raudal huye nefando.

Si de la vid pomposa
El tallo ufano crece
Y sus dulces racimos nos ofrece,
En tanto que al sarmiento generosa
Alimenta la planta cariñosa:
Tal límpidas corrientes
De célica virtud dan nueva vida
A Educación cumplida,
Guiándola con sus luces refulgentes;
Por ella delicado olor exhala,
Y sus frutos sabrosos nos regala.
Sin Religión, la Educación humana
Es cual nave del viento combatida
Que pierde su timón en lucha horrible
Al fragoroso impulso y sacudida
Del proceloso Bóreas terrible
Que la combate fiero
Hasta hundirla altanero
En los abismos de la mar airada.

Si el rocío del cielo
Vigoriza y sustenta a la pradera,
Y por él, en hermosa primavera,
Salen las flores a bordar el suelo;
Tal si a la Educación fecundizara
Con sus doctrinas Religión piadosa,
Hacia el bien placentera caminara
Con planta generosa;
Y dando de virtud lozanas flores
Esparciera doquiera sus olores.

19 de abril de 1876.

POR LA EDUCACIÓN RECIBE LUSTRE LA PATRIA

La sabia educación, vital aliento
 Infunde una virtud encantadora;
 Ella eleva la Patria al alto asiento
 De la gloria inmortal, deslumbradora,
 Y cual de fresca brisa al soplo lento
 Reverdece el matiz de flor odora:
 Así la educación, con sabia mano,
 Bienhechora engrandece al ser humano.*

Por ella sacrifica su existencia
 El mortal y el plácido reposo;
 Por ella nacer vense el arte y ciencia
 Que ciñen al humano lauro hermoso;
 Y cual del alto monte en la eminencia
 Brota el puro raudal de arroyo undoso;
 Así la educación da sin mesura
 A la patria do mora paz segura.

Do sabia educación trono levanta
 Lozana juventud robusta crece
 Que subyuga el error con firme planta
 Y con nobles ideas se engrandece:
 Del vicio la cerviz ella quebranta;
 Negro crimen ante ella palidece:
 Ella domeña bárbaras naciones,
 Y de salvajes hace campeones.

Y cual el manantial que alimentando
 Las plantas, los arbustos de la vega,
 Su plácido caudal va derramando,
 Y con bondoso afán constante riega
 Las riberas do vase deslizano,
 Y a la bella natura nada niega:
 Tal al que sabia educación procura
 Del honor se levanta hasta la altura.

* En Retana se inserta (al final de la primera octava):
 "Tal la educación al ser humano
 Bienhechora engrandece con sabia mano."

De sus labios las aguas cristalinas
 De célica virtud sin cesar brotan,
 Y de su fe las pródidas doctrinas
 Del mal las fuerzas débiles agotan,
 Que se estrellan cual olas blanquecinas
 Que las playas inmóviles azotan:
 Y aprenden con su ejemplo los mortales
 A trepar por las sendas celestiales.

En el pecho de míseros humanos
 Ella enciende del bien la viva llama;
 Al fiero criminal ata las manos,
 Y el consuelo en los pechos fiel derrama,
 Que buscan sus benéficos arcanos,
 Y en el amor del bien su pecho inflama:
 Y es la educación, noble y cumplida,
 El bálsamo seguro de la vida.

Y cual peñón que elévase altanero
 En medio de las ondas borrascosas
 Al bramar del huracán y Noto fiero,
 Desprecia su furor y olas furiosas,
 Que fatigadas del horror primero
 Se retiran en calma temerosas;
 Tal es el que sabía educación dirige
 Las riendas de la patria invicto rige.

En zafiros entállense los hechos;
 Tribútele la patria mil honores;
 Pues de sus hijos en los nobles pechos
 Trasplantó la virtud lozanas flores;
 Y en el amor del bien siempre deshechos
 Verán los gobernantes y señores
 Al noble pueblo que con fiel ventura
 Cristiana educación siempre procura.

Y cual de rubio sol de la mañana
 Vierten oro los rayos esplendentes,
 Y cual la bella aurora de oro y grana
 Esparce sus colores refulgentes;
 Tal noble instrucción ofrece ufana
 De virtud el placer a los vivientes,
 Y ella a nuestra cara patria ilustre
 Inmortal esplendor ofrece y lustre.

GRAN CONSUELO EN LA MAYOR DESDICHA *

LEYENDA

Apenas febo luciente
Las nubes tiñó de grana
Asomando la mañana
Con delicioso frescor;
 Cuando en los aires inhiesta
Y sobre una frágil quilla
Aparece de Castilla
El pabellón bicolor.

* * *

Colón, el gran Almirante
De la nación española,
Es quien al viento tremola
El pendón en alta mar,
 Y, la nave resbalando
Por las aguas cristalinas,
Quiere su gente a las minas
De oro muy presto aportar.

* * *

A su paso, el gran Cacique
Cortés y afable visita;
El Almirante medita
Devolverle con amor;

* *Marzo, 1947.*—Esta es una de las piezas recobradas por la Biblioteca Nacional, de su Colección rizalina.—Es una especie de leyenda, como su título indica. Se halla extendida en 5½ páginas manuscritas, papel simple, letra al parecer de Rizal, en su época de estudiante. Fué hallada entre los papeles adquiridos de M. Ponce, por el Gobierno. Al cabo del MS. hay esta línea: *El pref. de la Acad. de lit. esp.—J. RIZAL.* Repetimos que la letra es, al parecer, autógrafa de Rizal: se cree que es del año 1877.—Es lo que entre retóricos se conoce por “polímetro”: 3 estrofas en octavillas, seguidas de 12 endecasílabos en romance heroico, interrumpido por 8 versos de pie quebrado; luego, 4 octavas reales, a las que siguen otras 2 octavillas de versos hexasílabos; después, silva de 30 líneas métricas; una combinación caprichosa de endecasílabos y octosílabos entreverados con pies quebrados, que continúan con cinco cuartetos y acaba con 12 versos octosílabos, mezclados igualmente con pies quebrados de cuatro: en suma, algo más de lo que el propio Rizal hizo en *Entrada triunfal de los Reyes Católicos en Granada*, donde se advierte la influencia exterior de Espronceda, en las genialidades métricas de *El Diabla Mundo*.—Ed.

Y aquel Cacique arrogante
Le ofrece de su tesoro
De comunal barra de oro,
Prenda de inmenso valor.

* * *

Era la noche, y al común sosiego,
Olvidando del día las fatigas,
Se entregan los valientes de la nave:
Sólo un joven en vela resistía.

Tres veces el silencio aterrador
Al blando sueño con placer le invita;
Y tres veces la flota con acierto
Por el mar anchuroso dirigía . . .
Ríndese al fin . . . En mísero abandono
¡Ay, que la nave deja! . . . ¡cruel desdicha! . . .
A manos inexpertas confiando
El nombre y la grandeza de Castilla.

Y en tanto	Y el buque al
Rompiente	Bajío
Vehemente	Bravío
Sonó,	Corrió.

Colón despierta al golpe repetido
De la rompiente, al punto se levanta,
Y el mal conoce: grita conmovido . . .
Su gente acude, y viéndole se espanta:
¡Qué confusión! . . . ¡qué voces! . . . ¡ronco ruido
Se oye doquier! . . . la flota se adelanta
Al bajío; en luchar todos se empeñan,
Y algunos dudan si dormidos sueñan.

Sólo Colón, cual retumbante trueno,
En medio de la noche payorosa,
Alza la voz; al agua echar sereno
Un bote con palabra majestuosa
Manda . . . mas pronto el buque lleno
De hombres que emprenden fuga vergonzosa:
Sólo él se anima, él sólo firme espera;
Lucha y relucha con la muerte fiera.

Los esfuerzos son vanos, y la ciencia
Contra el airado líquido elemento
En vano opone débil resistencia
Al empuje mortífero violento,

Y Colón ya conoce la impotencia . . .
 “¡Aquí nos tienes!” suena en tal momento,
 Más sonoro que el grito de victoria.
 Y la trompeta de aclamante gloria.

Este es Vicente Yáñez, quien afeando
 De los demás la vil alevosía
 Dispone de la gente de su mando
 En favor de Colón con bazaría.
 En tanto que las olas van entrando
 En la nave que débil ya se hundía . . .
 Y la muerte cruel les amenaza
 Mientras la carabela despedaza.

Colón a los suyos
 Salvarlos procura
 Y ve con tristura
 Su nave perder;
 Dejarla no quiere
 Y exhala una queja
 Cual pierde la oveja
 Su dulce placer.

Ya triste contempla
 Su nave sin gente . . .
 Y sólo, doliente
 Cristóbal se vió! . . .
 Su tierna mirada
 En torno girando
 Con pena, llorando
 Su mal, exclamó:
 “Adiós, nave querida;
 Adiós, tú que surcaste vastos mares
 Desde la Iberia santa
 Peligros a millares
 Con valor arrostrando
 Obediente a mi mando,
 ¡Ay! mitiga de mi alma los pesares! . . .
 “¡Cuán triste yo te miro
 Y al contemplar tus restos
 Angustiado suspiro! . . .
 ¡Cuál los hados funestos
 Ajaron tu hermosura!
 ¿Eres tú por ventura
 La carabela que en felices días

Mostraste tu bravura,
 Y protegida del poder divino
 Altiva resistías
 Al turbión y confuso torbellino? . . .
 “¿Cómo volver podré al hispano suelo
 Sin mi *Santa María*?
 ¡Justo y piadoso cielo!
 ¿Cómo las nuevas darle
 De aquesta fértil tierra conquistada,
 Si en las olas te anegas, nave amada? . . .”

Hablaba así Colón, y de la nave
 Presuroso se aleja
 Exhalando un suspiro,
 Muda expresión de su doliente queja,
 Mientras lágrimas, cual de amarga fuente
 De sus ojos manaban tristemente . . .

Después la adversa suerte
 Mensajes aguerridos
 Cuentan entristecidos
 A Guacanagarí;

Y su presencia da que aplaudir.

Y el Cacique
 Otros juegos caprichosos
 Deliciosos
 Inventó;
 Y Cristóbal
 Al ver que la algarabía
 Y alegría,
 Terminó;

A sus soldados al instante ordena
 Que el estampido muestren del cañón.
 Asustóse el Cacique con su gente,
 Al oír tan fuerte y belicoso son.

Y se dirigen al cercano bosque
 Nunca habitado por ningún mortal,
 Mientras miran atónitos los indios
 Tantos aprestos a la lid marcial.

Al estampido del cañón sonoro
 Todos creyeron tristes fenecer;
 Caen al suelo los que huir no pueden;
 Los demás indios échanse a correr.

Y disparan después los españoles
 Los arcabuces con igual primor,
 Infundiendo en los pechos de los indios
 Muda sorpresa, pánico terror.

Después fingida lid con sus armas blancas
 Ejecutaron con valor sin par,
 Mientras los indios de contento llenos
 Palmas batiendo gritan sin cesar.
 Después de tanta algazara,

Se prepara
 El Almirante al salir;
 Y en la isla colonia hermosa
 Numerosa
 Quiso dejar al partir

* * *

Alzan para su seguro
 Fuerte muro
 Que rodea su mansión,
 Y clavan en el baluarte
 Estandarte
 De la española nación

El Pref. de la Acad. de lit. esp.

—J. RIZAL

EL HEROISMO

CANTO ÉPICO.*

Di, musa celestial, ¿quién en la mente
De Colón infundió sublime aliento
Para surcar los mares de Occidente
Revestido de fe y noble ardimiento?
¿Quién bravura le dió cuando imponente
El ponto se irritó, bramando el viento,
Que el ángel malo convocó en su saña
Contra los hijos de la fiel España?
En medio de un silencio majestuoso
Cuando la tierra lánguida dormía,
Y la luna su disco tembloroso
Por un diáfano cielo dirigía,
Un hombre contemplaba el mar undoso . . .
En su risueña faz pintarse vía
El poder de magnífica clemencia
Que respira bondad e inteligencia.
Del mar las crespas ondas blanquecinas
Que bañan la ribera dilatada,
La blanca luz reflejan argentinas
Al blando soplo de aura perfumada;
Y en tanto que de sombras peregrinas
Danzaba en torno multitud alada,
Un anciano feroz, grave, iracundo,
Fantástico salió del mar profundo.
Sostiene firme en la potente diestra
Un pesado flamígero tridente . . .

* *Marzo, 1947.*—Las formas estaban compuestas a fines de diciembre, 1946: tal está consignado en el colofón.—Acaba de ser recuperada por la Biblioteca Nacional una parte de la Colección rizalina, que se consideraba perdida. Entre sus piezas aparece esta composición, que originariamente estaba en nuestra lista y de la que, por ningún concepto ni medio, nos era posible obtener copia. Aun así, tenemos que contentarnos con dos fragmentos: claramente, el canto épico lo forman octavas reales; mas, después de las tres primeras, se trunca la cuarta, no constando sino sus dos primeros endecasílabos; luego, sigue una página del manuscrito, también con tres octavas y el comienzo de una cuarta octava, y así acaba con la palabra *ignorancia*, esfumándose hasta la oración gramatical.—Ed.

“¿Y tu audaz corazón vencer espera
 El terrible furor del mar bravío
 Que cuando ruge la borrasca fiera
 Alzase en masa tétrico y sombrío?
 ¡Oh! ¿quién tranquilo contemplar pudiera
 De la sangrienta parca el hierro frío,
 Que el bramido del viento que retumba
 En los abismos abre triste tumba?

“¿Qué existe más allá? Sólo la muerte,
 La tenebrosa mar que fiera espanta
 E infunde miedo en el corazón más fuerte,
 Do a cada instante negra se levanta
 La tempestad, sin que el marino acierte
 Su nave a guiar en la desdicha tanta
 Y las aguas al fondo le sepultan
 Donde mil monstruos hórridos se ocultan.

“Mas, ¡ay de ti! ¡ay de la infeliz España,
 Si en busca corres de remota tierra!
 Concitaré del Aquilón la saña
 Y el odio cruel de cuanto el mar encierra . . .
 Y antes que huelles la región extraña,
 En tu nave pondré discordia y guerra;
 Y no descansaré hasta ver tu ruina,
 Si no te salva protección divina . . .

“Calla, monstruo falaz, con voz sonora
 Le contesta Cristóbal, la ignorancia . . .

COLON Y JUAN II

“¡A tí, Cristóbal, gloria
Y corona inmortal y gran renombre
Te tribute la historia!
Llegue tu augusto nombre
A la posteridad y de él se asombre.

“Bendígate la tierra
En cánticos de amor y de contento
Y todo cuanto encierra
Lusitania al momento
Pregone de tu fe el noble ardimiento.

“¿Quién como tú, apacible,
Resignado, constante y generoso?
Tú venciste el horrible
Furor del mar undoso
Y al marino cobarde y alevoso.

“¡Salve, ínclito Almirante,
De pecho firme y en la lucha ardiente;
A tu valor constante
Hoy ofrezco clemente
Alcázares y honras juntamente.

“Yo, yo seré tu aliento
Por mi proclamar ante mis pendones
Virrey de valimiento
Y sobre los torreones
Pondré tu nombre en regios pabellones.”

Dijo así el soberano
De Portugal, D. Juan esclarecido.
Gran gloria de antemano
Ofrece al aguerrido
Y en su palacio el puesto más lucido.

Mas . . . huye presuroso,
Colón, de la perfidia engañadora
Del palacio ambicioso;
Corre, vuela, a do mora
La cristiana Isabel, su bienhechora.

ABD-EL-AZÍS Y MAHOMA

Era la noche: el viento quejumbroso
 Las altas torres al besar suspira,
 Y mil ruidos confusos, en sus alas,
 Lúgubre lleva, que el espacio agitan.
 La paz enlutan pavorosas nubes
 Del astro bello de la noche umbría,
 Y un tinte suave cual nevado manto
 Los campos cubre que el hispano pisa.
 Allá, del alto torreón morisco
 Cantando el buho en la orgullosa cima,
 Males sin cuento y sanguinosas lides
 Con fatídico acento vaticina.
 En tanto busca, sobre el lecho blando
 Que el muelle moro de marfil fabrica,
 Descanso, el laso Abd-El-Azís valiente;
 Alivio grato al trascurrido día.
 En trípodes de plata, el suave incienso
 Que el arabiano vegetal destila,
 Arde esparciendo embriagador perfume,
 Delicia suave de la estancia rica.
 Todo en silencio yace: todo duerme;
 Tan sólo el moro con dolor vigila,
 La luz contempla que penetra triste
 Atravesando la elegante ojiva.
 Mas de repente mira dibujarse
 Dudosa sombra, que a la luz benigna
 Le mece un tiempo, y varonil contorno
 Adquiere adusta que su faz precisa.
 Blanco turbante su cabeza ciñe,
 La luenga barba su semblante anima,
 Un corvo alfange de su cinto pende
 Que sangre ardiente con terror destila.
 Cual el triste tañir del hueco bronce
 Que deplora del hombre la agonía,
 Así su voz el sepulcral silencio
 Turba, y al moro la visión fatídica.
 “¡Ay! ¡ay!—le dice, y resonó profundo
 El eco de su voz pausada y fría,
 Eco que al alma aterrador conmueve,
 Cual el recuerdo de una voz amiga.—
 “¡Ay de mí! ¡ay de la nación valiente

Que vió en su seno la arenosa Libia!
 ¡Ay del Korán, sagrado patrimonio
 Que al musulmán Aláh lególe un día!
 En vano del cristiano poderoso
 Del Guadalete en la verdosa orilla
 Vencisteis los pendones, pues de nuevo
 Alza rebelde la cerviz cautiva.
 Pelayo, el gran Pelayo, el noble godo,
 El hijo ilustre del feroz Favila,
 De Covadonga so las duras rocas
 Del musulmán las fuerzas desafia.
 La Cruz, la Cruz, la insignia idolatrada,
 Sigue su hueste, que vencer aspira:
 María va con ellos; con su manto
 Los flacos cuerpos con amor cobija.
 Mas no temas, pues siempre victorioso
 El muslime será en la cruda liza,
 Y no valdrá su protección, que sólo
 Dios a los fieles con su brazo auxilia.
 Mas ¡ay! si duermes del deleite en brazos
 Y mis preceptos célicos descuidas,
 Caerá el trono que a Tarif sostuvo
 Al golpe rudo de la espada impía;
 Cual río desbordado, vuestra sangre
 Inundará los valles y campiñas,
 Y el suelo de la Iberia floreciente
 Del árabe será la tumba fría;
 Y en batallas sin cuento, en guerra eterna
 Hundirá en vuestros pechos su cuchilla
 El altivo español, y el bajo polvo
 Morderéis cual serpiente maldecida;
 Y palmo a palmo cederéis el suelo
 Que vuestra sangre fecundó bendita;
 Las débiles mujeres y los niños
 Serán esclavos en sus tristes cuitas;
 Lanzados otra vez al cruel desierto,
 Amargo llanto por la paz perdida
 Verteréis, y en tormento vergonzoso
 De vuestra vuelta contaréis los días.
 Y orgullosos gozando en vuestros males
 Mil naves armarán en su perfidia,

Y el bello suelo donde en paz descanso
 Amagarán con furia nunca vista,
 ¡Armáte! ¡corre! ¡vuela presuroso!
 Lanza a la lid tus huestes aguerridas,
 Y la trompa sonora lance al viento
 Guerrero acento, que a la gloria brinda.
 Retiemble el suelo so el ligero casco
 Del fogoso corcel que Arabia cría,
 Y en rojo ardiente cual vistoso múrice
 La sangre infiel tu cimitarra tiña.
 Ante la Luna que mi insignia luce
 Haz que la Cruz su fortaleza rinda,
 Y brillen para siempre victoriosas
 Del Korán las benéficas doctrinas."
 Dijo; y cual humo que al subir ligero
 Un viento fuerte rápido disipa,
 Así desapareció, terrible espanto
 Causando al moro la visión divina.

8 de diciembre de 1879.

Á LA JUVENTUD FILIPINA

Lema.—¡Crece, oh tímida flor!

¡Alza tu tersa frente,
 Juventud filipina, en este día!
 ¡Luce resplandeciente
 Tu rica gallardía,
 Bella esperanza de la Patria mía!

Vuela, genio grandioso,
 Y les infunde noble pensamiento,
 Que lance vigoroso,
 Más rápido que el viento,
 Su mente virgen al glorioso asiento.

Baja con la luz grata
 De las artes y ciencias a la arena,
 Juventud, y desata
 La pesada cadena
 Que tu genio poético encadena.

Ve que en la ardiente zona
 Do moraron las sombras, el hispano
 Esplendente corona,
 Con pía y sabia mano,
 Ofrece al hijo de este suelo indiano.

Tú, que buscando subes,
 En alas de tu rica fantasía,
 Del Olimpo en las nubes
 Tiernísima poesía,
 Más sabrosa que néctar y ambrosía;

Tú, de celeste acento,
 Melodioso rival de filomena,
 Que en variado conciento
 En la noche serena
 Disipas del mortal la amarga pena;

Tú, que la peña dura *
 Animas al impulso de tu mente,
 Y la memoria pura
 Del genio refulgente
 Eternizas con mano prepotente;

Y tú, que el vario encanto
 De Febo, amado del divino Apeles,
 Y de natura el manto,
 Con mágicos pinceles
 Trasladar al sencillo lienzo sueles;

¡Corred!, que sacra llama
 Del genio el lauro coronar espera,
 Esparciendo la Fama
 Con trompa pregonera
 El nombre del mortal por la ancha esfera.

¡Día, día felice,
 Filipinas gentil, para tu suelo!
 Al Potente bendice,
 Que con amante anhelo
 La ventura te envía y el consuelo.

* *Peña, no pena*, como generalmente se ha impreso. Véase el artículo *Correcciones y enmiendas* (pág. 131).

A FILIPINAS

(En el álbum de escultores filipinos)

Ardiente y bella cual hurf del cielo,
Graciosa y pura cual naciente aurora
Cuando las nubes de zafir colora,
Duerme una diosa del indiano suelo.

Besa sus plantas con amante anhelo,
La leve espuma de la mar sonora;
El culto Ocaso su sonrisa adora
Y el cano Polo su florido velo.

Mi Musa, albuciente, con ternura,
La canta entre las Náyades y Ondinas;
Yo la ofrezco mi dicha y mi ventura.

De verde mirto y rosas purpurinas
Y azucenas ceñid su frente pura,
Artistas, y ensalza a Filipinas!

A LA VIRGEN MARÍA

¡María, dulce paz, caro consuelo
De afligido mortal! eres la fuente
Do mana de socorro la corriente,
Que sin cesar fecunda nuestro suelo.

Desde tu solio, desde el alto cielo,
¡Oye piadosa mi clamor doliente!
Y cobije tu manto refulgente
Mi voz que sube con veloce vuelo.

Eres mi Madre, plácida María;
Tú mi vida serás, mi fortaleza;
Tú en este fiero mar serás mi guía.

Si el vicio me persigue con fiereza,
Si la muerte me acosa en la agonía,
¡Socórreme, y disipa mi tristeza!

JUNTO AL PÁSIG

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

PERSONAS:

LEONIDO, CÁNDIDO, PASCUAL (*todos niños*); coro de Niños, de Diablos, etc.

(La acción se lleva a cabo a orillas del río Pásig, en el pueblo de este nombre; la decoración representa el río, y la orilla opuesta a la en que están los personajes. Verán la iglesia, casas, cañaverales y multitud de banderas y adornos propios de los pueblos del Archipiélago. Es la hora del alba y, de consiguiente, el tono del conjunto ha de ser suavemente reproducido.)

ESCENA PRIMERA

CÁNDIDO, PASCUAL y otros NIÑOS. (Uno de los cuales lleva flores, otros con banderas y juguetes propios de la niñez.)

CORO

Rosas, claveles,
Pásig ameno,
Luce con galas mil;
Divina aurora,
Su hermoso cielo
Viste de luz gentil;
Sus ojos son divinos,
Su frente el rosicler,
Sus labios purpurinos
El pecho hacen arder;
En ti, dulce hermosura,
La mente segura va;
En ti, rica ventura
El alma feliz tendrá.

(*Recitado*)

CÁNDIDO. ¡Cuán hermosa es la mañana!
La aurora con sus albores
Va acariciando a las flores

Con que el prado se engalana.
 ¡El Pásig! ¡Oís el murmullo
 De las cañas en su orilla?
 ¡Escucháis de la avecilla
 El suave y variado arrullo?
 Decidme: tanta belleza,
 Tanto adorno y galanura,
 Que con mágica hermosura
 Ostenta Naturaleza;
 Y esa tranquila corriente
 Do las bancas se deslizan,
 ¿No os encantan?, ¿no os hechizan
 Con su lenguaje elocuente?
 ¿No os dicen que su contento
 Lo causa la Virgen pía,
 Viviendo en aqueste día
 Con pomposo lucimiento?

Todos. ¡Sin duda!

PASCUAL. Tal alborozo
 En el pueblo se respira;
 Tal es el placer que inspira,
 Que todos bailan de gozo.
 Llenas encuentro doquier
 De vistosos aparejos
 Las calles; niños y viejos,
 Todos salen para ver.

NIÑO 1.º Hablas, Pascual, muy de veras;
 ¡Y lo creo! Pues la gente
 Anda colgando impaciente
 Gallardetes y banderas.

NIÑO 2.º Aquí traigo un canastillo
 De flores para ofrecer
 A la Virgen . . .

NIÑO 1.º ¡Ole! ¡A ver! . . .
 Es un regalo sencillo . . . (*Lo mira con desprecio.*)
 Yo tengo una jaula en casa
 Do moran pintadas aves,
 Cuyos trinos son tan suaves
 Que se la daré, si pasa.

NIÑO 3.º ¡Pajaritos! ¡Qué locura!
 Yo tengo bombas, cohetes . . . (*Con jactancia.*)

- NIÑO 1.º ¡Quita allá! ¡Esos son juguetes
Que sólo infunden pavora! . . .
- NIÑO 3.º ¡Tú tienes miedo!
- NIÑO 1.º ¿Yo? ¡No!
- PASCUAL. Tengo una flauta de caña . . . (Todos se ríen.)
- TODOS. ¡Ja! ¡Ja!
- PASCUAL. ¿La cosa os extraña?
¡Pues sí! ¡La tocaré yo!
Mi padre, como sabéis,
Me enseñó varias sonatas,
Lindas, muy lindas, muy gratas:
Las tocaré; ¡ya veréis!
- NIÑO 2.º ¡Mejores serán mis flores!
- PASCUAL. ¡Mi flauta!
- NIÑO 1.º ¿Qué tontería! . . .
Es mejor la jaula mía . . .
- NIÑO 3.º ¡Ca! Las bombas son mejores.
- NIÑO 1.º ¡No, señor!
- NIÑO 3.º ¿Que sí, señor! . . .
- NIÑO 1.º ¡Vaya un tonto!
- NIÑO 3.º ¿Vaya un loco! . . .
Tu pobre jaula es bien poco.
- NIÑO 1.º Tus bombas son lo peor.
- CÁNDIDO. ¡Ea, amigos! No riñáis:
Es cada ofrenda preciosa;
Pero os suplico una cosa,
Y es . . . que obedientes me oigáis:
Una banca adornaremos
Con el más bello atavío;
Dentro de ella, aqúeste río
Mansamente surcaremos;
Banderas y gallardetes
Pondremos de mil colores;
Llevarás todas tus flores;
Tú, la jaula; tú, cohetes;
Éste, con flauta sonora,
Irà entre tanto tocando:

Del vivir, ¿qué singular
 Fuerza le ampara y escuda
 Que consigue con su ayuda
 Mis escollos evitar?
 ¿Quién de la mansión sombría
 Do se hallaba sepultado,
 Poderoso le ha sacado
 A la clara luz del día?
 ¡Ay! Para desgracia mía
 Fuiste sin duda, ¡oh Mujer!,
 Quien tuvo tanto poder
 ¡De quitarme mi morada!
 ¡Criatura privilegiada!,
 ¿Cuándo te podré vencer?
 ¡Maldición! . . . El mismo Averno
 Do se engendran los dolores,
 Las crueles penas y horrores,
 No iguala a mi tedio eterno.
 ¡Ay! ¿Por qué del goce tierno
 Me privó la triste suerte?
 ¿Por qué me negó el más fuerte
 Que en mi terrible amargura
 Encontrase mi ventura
 En los brazos de la muerte?
 ¡Espíritu! ¡Sér sublime!
 ¡Sér mísero y desgraciado,
 A padecer condenado
 Por la mano que le oprime!
 Si el hombre en la tierra gime
 Y le molesta el vivir,
 Se consuela en el sufrir
 Viendo la vida tan breve,
 ¡Mientras el Ángel no se atreve
 A esperar que ha de morir!
 Mas ¡ay! fuerza es que, sufrido,
 Mi triste destino acate,
 Ya que en mi sin par combate
 Adversa suerte he tenido:
 Empero, aunque fuí vencido,
 Sigo en mi senda fatal:
 Él ama el bien; yo amo el mal . . .

¡Soberbio! . . . Que haga su gusto;
 Yo, yo le estorbaré; es justo;
 Que es mi enemigo mortal.
 ¡Comience, pues, nuestra lidia! . . .
 Pensemos recuperar
 Antes mi imperio sin par
 Con la astucia o la perfidia.
 ¡Suelo, que me das envidia!
 ¡Ay! . . . ¡Yo te recobraré!
 Oculto aquí esperaré
 (*Se oculta detrás de un árbol.*)
 A algún incauto cristiano:
 ¡Quiero que caiga en mi mano
 La raza que tanto odié!

ESCENA TERCERA

Sale Leónido.

LEÓNIDO. La orilla está solitaria;
 No se oye la gritería;
 Lo extraño: ya es claro el día
 Y no veo a nadie aquí.
 Debieron haber llegado,
 Pues así me prometieron . . .
 Presumo que ya salieron . . .
 ¿Quién sabe si me perdí?
 Mas no: éste es el sendero
 Que a la población conduce;
 Éste es el río que luce
 Su corriente sin igual . . .
 Allá la iglesia . . . Mi casa . . .
 Las banderas . . . ¡Ya lo creo!
 ¡Es el lugar del recreo
 Que a mí me dijo Pascual!
 Desde aquí esperaríamos
 Que pase la Virgen pura . . .
 Mas . . . ¿quién a mí me asegura
 Que no acaban de salir?
 Lo mejor será buscarlos:
 Iré hacia abajo; no . . . arriba . . .
 Creo que la comitiva
 Ya no tardará en venir.

(Se dispone a salir, y viene Satán vestido de Diwata).

ESCENA CUARTA

LEÓNIDO Y SATÁN.

- SATÁN. ¡Detente! ¿Adónde vas?
- LEÓNIDO. ¿Quién sois?
- SATÁN. ¿Acaso
No me conoces ya?
- LEÓNIDO. No recuerdo vuestra faz,
Ni me acuerdo haberos visto
Alguna vez. ¡Dadme paso!
- SATÁN. ¡Nunca! Mírame bien . . .
- LEÓNIDO. Decid, os ruego, quién seáis . . .
- SATÁN. Yo soy aquél que, prepotente,
Leyes da al huracán, al mar, al fuego;
Brilla en el rayo y muge en el torrente;
Yo soy aquél que con poder grandioso
Reinó en un tiempo hermoso,
Venerado y temido;
Dios absoluto de la indiana gente.
- LEÓNIDO. ¡Mentís! De mis mayores
El dios ya duerme en vergonzoso olvido,
Y sus torpes altares,
Do al eco de fatídicos loores
Víctimas ofrecían a millares,
Hoy yacen derribados:
De su poder en mengua,
Les lanza nuestra lengua
Desprecios a sus ritos olvidados:
Vos no sois ningún dios; mentís sin duda,
Pues sólo un Dios existe verdadero:
El Dios que al hombre creó y al mundo entero,
Y a quien adora nuestra mente ruda.
- SATÁN. ¡Insensato! ¿No temes de mis iras
El poder? Niño impío,
¿No ves que es mío el aire que respiras,
El sol, las flores y el undoso río? . . .
A mí voz prepotente, creadora,
De las aguas surgieron

Aquestas islas, que alumbró la aurora;
 Islas que bellas en un tiempo fueron;
 Y mientras, fieles a mi culto santo,
 Elevaron sus preces
 En mis altares, les libré mil veces
 De la muerte, del hambre y del espanto.
 Los campos rebosaban
 De fragante verdura;
 Sin trabajo brotaban
 De la piadosa tierra, entonces pura,
 Las amarillas mieses;
 Vagaban por el prado
 El cabrito pintado,
 El ciervo aligero y las gordas reses;
 La diligente abeja
 Su panal fabricaba mansamente,
 Y al hombre regalaba miel sabrosa;
 Retirada en su nido la corneja,
 No auguraba doliente
 Calamidad odiosa;
 Gozaba entonces este rico suelo
 De una edad tan dichosa,
 Que en sus delicias se igualaba al Cielo;
 Y, ahora, sin consuelo,
 Triste gime en poder de gente extraña
 Y lentamente muere
 ¡En las impías manos de la España!
 Empero, yo le libraré, si quiere
 Doblegar su rodilla
 Ante mi culto, que esplendente brilla.
 Tan poderoso soy, que ahora mismo
 Te daré, si me adoras, cuanto ansías;
 Mas, ¡ay de ti, si ciego desconfías!,
 Pues ¡abriré a tus pies el hondo abismo!

LEÓNIDO. Si tan potente sois, si en vuestras manos
 Las venturas están de los mortales,
 ¿Por qué han sido fatales
 Para vos los cristianos?
 Y si, como decís, el mar bravío
 Y el alquilón sumisos obedecen
 A vuestra voz y a vuestro poderío,
 ¿Por qué sus carabelas delicadas,

Que ahora os escarnecen,
 No fueron anegadas
 Y bajo de las olas sepultadas?
 ¿Por qué vuestras estrellas
 En noche tenebrosa los guiaron,
 Y los vientos sus velas empujaron
 Y no les lanzásteis vuestras centellas?
 ¿Sois por eso tal vez omnipotente?
 Y por mayor desdicha, todavía
 El nombre de María,
 Nombre que encanta a la infelice mente,
 Cual arrogante insulto,
 ¡Vino a destruir las huellas de tu culto!

SATÁN. ¡Las huellas de mi culto! ¡Desdichado!
 ¿No sabes que conservo
 Un pueblo que me adora prosternado?
 ¡Ay! . . . Vendrán en lo futuro
 Los males que reservo
 A tu raza, que aclama un culto impuro:
 ¡Tristes calamidades,
 Pestes, guerras y crueles invasiones
 De diversas naciones
 En venideras próximas edades!
 Tu pueblo regará con sangre y llanto
 Del patrio campo la sedienta arena;
 Ya en la pradera amena
 No entonará su canto
 El ave a quien hirió metal ardiente,
 Ni tus bosques añosos,
 Ni tus ríos, ni el valle, ni la fuente
 Serán ya respetados
 De los hombres odiosos
 Que turbaron tu paz y tu bonanza;
 Mientras yo, por venganza,
 Desataré los indomables vientos
 Para que en su carrera,
 Con ira y rabia fiera,
 Alboroten los varios elementos,
 Y la débil piragua,
 Hundiéndose en el agua,
 Aumente sus horribles sufrimientos.

Devastaré en mi saña
 Los verdes campos de la mies opima,
 Y desde la alta cima
 De la erguida montaña
 Arrojaré de lavas río ardiente,
 Que envuelto en humo y devorante llama
 Asole poblaciones
 Cual furioso torrente
 Que, cuando se desparrama,
 Arranca los arbustos a montones;
 Y la tierra aterida,
 A mi voz conmovida,
 Temblará con atroz sacudimiento,
 Y a cada movimiento
 El rico suelo amagará, y la vida.
 ¡Ay!, ¡ay! ¡Cuánto quebranto!
 ¡Cuánto gemir inútil!, ¡cuánto llanto
 Oiré yo entonces sin que sienta el pecho
 El duelo de la gente,
 Que con gozo insolente
 Reír los miro con mortal despecho!

LEÓNIDO. ¡Mentira! ¡Nada puedes! ¡Te conjuro,
 En nombre del Señor que el alma adora,
 A decirme quién eres!
 Ángel o genio impuro,
 Que seducirme quieres,
 ¡Aparta el antifaz que desfigura
 Tu primitiva en infernal figura!

SATÁN. ¡Pues bien! ¡Héme ya aquí!
 Y advierte y nota
 Que soy Satán, el ángel que esplendente
 (*En traje de diablo*)
 Se sentaba en un trono
 En época remota,
 Rayos de luz lanzando de su frente.
 Yo soy aquél que con feroz encono
 Luché contra el tirano;
 Después, vencido en mi fatal derrota,
 Arrastré a vuestros padres a la muerte;
 Mas hoy, si del cristiano

La fe divina me venció en mi furia,
 De tan mortal injuria
 Me vengaré, y de ti; yo soy el fuerte;
 Y si no quieres que mueras,
 ¡Ríndete a mis pies!

LEÓNIDO. ¡Oh! ¡Nunca!

SATÁN. ¿Ves mi poder y mi fuerza?
 Los espíritus potentes
 Que en el Universo reinan,
 Obedecen a mi voz:
 Sigue mi inclita bandera;
 Oyeme, pues: si humilde
 Abjuras tu nueva secta,
 Y arrepentido, a mis aras
 Con grato fervor te llegas,
 Yo te haré feliz, dichoso,
 Y tendrás cuanto apetezcas:
 El río que a tus pies corre,
 Que arrastra diamantes, perlas;
 El ambiente que respiras,
 Do mil pajaritos vuelan;
 Esas plantas, esas flores,
 Esas casas y esas huertas,
 Tuyas serán, si al instante
 De tu nueva fe reniegas;
 Si el nombre ingrato aborreces
 De Aquélla cuya es la fiesta;
 Mas ¡ay de ti! si obstinado
 Desobedecerme anhelas,
 Pues a tus pies ahora mismo
 Se abrirá la inmunda tierra,
 Sepultándote en su seno,
 Cual se sepulta en la arena
 La pequeña gota de agua
 Cuando el sol las plantas seca.

LEÓNIDO. En vano infundirme quieres
 Torpe miedo con tu lengua;
 En vano, en vano pretendes
 Que yo a tu fe me someta;
 Jamás al niño cristiano

El demonio le amedrenta,
 Y ante el Hijo de María
 El Averno eterno tiembla.
 ¡Espíritu mentiroso!,
 Vé, huye, vé a las tinieblas,
 A la mansión del gemido
 ¡Y de la eterna vergüenza! . . .

SATÁN. ¡Pues bien! Ya que lo has querido,
 Es necesario que mueras:
 Tú serás la postrer víctima
 Que ante mis aras se quema;
 Tú pagarás por los tuyos,
 En ti vengaré mi afrenta.
 ¡Espíritus!, mis fieles compañeros,
 Que encontráis en el mal grata dulzura,
 Que con cruel amargura
 Os nutre el odio que vuestra alma encierra,
 ¡Venid alegres a empezar la guerra!

ESCENA QUINTA

Salen Diablos en tropel.

CORO DE DIABLOS

¿Quién nos llama
 Con furor?
 ¿Quién reclama
 Nuestro ardor?
 ¡Viva el mundo
 Infernal,
 Cuya dicha
 Es el mal!
 ¡Muera, muera
 El traidor,
 Del Averno
 Ofensor!

SATÁN. Venid contentos,
 Oíd atentos;
 La voce mía
 Os llama ya;

Que en este día
Nuestra esperanza
Dulce venganza
Hoy colmará.

CORO DE DIABLOS

Ama el Diablo
A su Rey;
Sus mandatos
Son su ley;
Obedientes
Seguirán;
Por ti, todos
Lucharán.

SATÁN. Cese el insulto;
Vuelve a mi culto,
Niño infelice,
Lleno de afán:
Ven y bendice
Mi imagen pura,
Pues la ventura
Te reirá.

LEÓNIDO. Te detesto,
Vil traidor;
A Dios sólo
Rindo amor:
Mientras viva,
Seré fiel;
Morir quiero
Yo por Él.

CORO DE DIABLOS

¡Viva, viva
Nuestro Rey!
¡Muera, muera
Quien su ley
No venera
Con ardor,
De la vida
Con horror!

ESCENA SEXTA

Dichos y un Angel.

ÁNGEL. ¡Atrás, ángeles malditos
De la cólera del Cielo!
¡Volved el rápido vuelo
A la mansión del dolor!
¡Huíd, si del vivo rayo
Teméis el fúnebre brillo!
¡Huye, perverso caudillo!
¡Huye, oh Arcángel traidor! (*Huyen los diablos.*)
Y tú, niño fiel, despierta. (*Se despierta.*)
Ven aquí; soy el enviado
Del Cielo, que te ha librado
Del pérfido Satanás:
Ya la Virgen de Antipolo
Las aguas surca del río;
Salúdala en canto pío,
Pues siempre su hijo serás.
Ella te libró, piadosa,
De las garras del Averno;
Sé de ella el hijo más tierno,
Pues traë la dicha en pos . . .
Ya tus compañeros llegan,
Que te buscan con anhelo:
Adiós, pues; volveré al Cielo.
¡Adiós, Leónido, adiós! (*Desaparece.*)

LEÓNIDO. Adiós, hermosa criatura,
Que viniste a socorrerme;
Guarde que vela, si duerme,
El niño el sueño infantil.

ESCENA ÚLTIMA

Leónido y los Niños. *La VIRGEN pasa el río momentos antes de concluir el recitado.*

CÁNDIDO. ¡Ah, Leónido!, te buscamos;
He aquí la Virgen María:
¿Sientes la dulce armonía
Que se oye entre cantos mil?

L. NUNO. ¡Oh, sí, amigo!; la percibo;
 La miro también venir . . .
 ¡Oh!; ¡qué secreta alegría
 Yo siento dentro de mí!
 Unamos nuestros acentos
 En este día feliz;
 Saludemos a la Virgen . . .
 ¿Qué decís, amigos? . . .

Todos. ¡Sí!

(Aparece la Virgen iluminada con luz de magnesio o eléctrica.)

CORO FINAL

¡Salve!, Rosa pura,
 Reina de la mar;
 ¡Salve!, Blanca estrella,
 Fiel Iris de Paz . . .
 Antipolo,
 Por Ti sólo
 Fama y renombre tendrá;
 De los males,
 Los mortales
 Tu Imagen nos librará;
 Tu cariño,
 Al fiel niño
 Le guarda siempre del mal;
 Noche y día,
 Tú le guías
 En la senda terrenal.

AL M. R. P. PABLO RAMÓN, S. J.

Rector del Ateneo Municipal de Manila, en sus días

Dulce es la brisa que al romper el alba
Meciendo el cáliz de olorosas flores,
Suaves olores falaguera* esparce
Por la campiña;

Dulce es y suave el plácido murmullo
Del manso arroyo que espumosa plata
Ledo desata entre arenillas de oro
Y blanco aljófár;

Dulces los trinos de canoras aves,
Suave el aroma de las gayas flores
Y los olores de la blanca aurora
Suaves y dulces;

Pero tu nombre, Padre idolatrado,
Dulzor más puro en nuestro pecho infunde,
Do luz difunde de esplendor eterno
Más suaves rayos.

De Dios la mano cariñosa un Padre
En ti nos muestra, cuyo amor sincero
Por el sendero amargo de la vida
Nos guía amante.

¡Ay! ¿qué será del juvenil esfuerzo
Que bullicioso en nuestro pecho arde
Sin que le guarde tu piadosa mano,
Tu amor, tu celo?

Somos tus hijos, Padre; tú nos guía
A las moradas de eternal ventura;
No la pavora turbará la mente
Con tal piloto.

El grande Apóstol cuyo nombre llevas,
Cuyas pisadas sigues alentado
Déte colmado del favor divino
Sacro tesoro.

25 de enero de 1881.

* Falaguera: arcaísmo, por halagüeña.

ADIÓS A LEONOR

Ya llegó, pues, aquel fatal instante,
triste destino de mi suerte impía;
llegó ya, en fin, aquel momento y día,
en que me voy a separar de ti.

Adiós, Leonor, adiós, que me despido,
mi corazón amante te lo dejo;
adiós, Leonor, que ya de aquí me alejo,
¡oh, ausencia triste! ¡ay, qué dolor!

¡ME PIDEN VERSOS!

I

Piden que pulse la lira
Há tiempo callada y rota:
¡Si ya no arranco una nota
Ni mi musa ya me inspira!
Balbuce fría y delira
Si la tortura mi mente;
Cuando ríe, sólo miente,
Como miente su lamento:
Y es que en mi triste aislamiento
Mi alma ni goza ni siente.

II

Hubo un tiempo . . . ¡y es verdad! . . .
Pero ya aquel tiempo huyó,
En que vate me llamó
La indulgencia o la amistad.
Ahora de aquella edad
El recuerdo apenas resta,
Como quedan de una fiesta
Los misteriosos sonidos
Que retienen los oídos
Del bullicio de la orquesta.

III

Soy planta apenas crecida
Arrancada del Oriente,
Donde es perfume el ambiente,
Donde es un sueño la vida:

¡Patria, que jamás se olvida!
 Enseñáronme a cantar
 Las aves, con su trinar;
 Con su rumor, las cascadas;
 Y en sus playas dilatadas,
 Los murmurios de la mar.

IV

Mientras en la infancia mía
 Pude a su sol sonreír,
 Dentro de mi pecho hervir
 Volcán de fuego sentía;
 Vate fuí, porque quería
 Con mis versos, con mi aliento,
 Decir al rápido viento:
 “¡Vuela; su fama pregona!
 ¡Cántala de zona en zona;
 De la tierra al firmamento!”

V

¡La dejé! . . . Mis patrios lares,
 ¡Árbol despojado y seco!,
 Ya no repiten el eco
 De mis pasados cantares.
 Yo crucé los vastos mares
 Ansiando cambiar de suerte,
 Y mi locura no advierte
 Que, en vez del bien que buscaba,
 El mar conmigo surcaba
 El espectro de la muerte.

VI

Toda mi hermosa ilusión,
 Amor, entusiasmo, anhelo,
 Allá quedan bajo el cielo
 De tan florida región:
 No pidáis al corazón
 Cantos de amor, que está yerto;
 Porque en medio del desierto
 Donde discurro sin calma,
 Siento que agoniza el alma
 Y mi numen está muerto.

A LA SRTA. C. O. y R.

¿Por qué pedir los versos insensatos
Que, un tiempo, loco de dolor canté?
¿Será tal vez para arrojarme en cara
Mi necia ingratitud, mi amargo ayer?

¿Por qué evocar recuerdos desgraciados
Ora que espera el corazón amar,
Llamar la noche al sonreír el día
Sin saber si otro día brillará?

¿Queréis hallar la causa de este tedio,
Delirio de despecho, o de dolor?
¿Queréis saber por qué tantos pesares,
Por qué joven alma, no canté el amor?

Ignoradlo por siempre. Que su causa
Tristezas da, mas os hará reír;
Con mi cadáver a la tumba baje
Otro cadáver sepultado en mí.

Un imposible, una ambición, locura,
Sueños del alma, una pasión tal vez . . .
Bebed el néctar que en la vida sirven;
Dejad tranquilo reposar la hiel.

De nuevo siento las espesas sombras
Cubrir el alma con su denso tul;
Capullo, si no más, no flor hermosa;
Pues le faltan la atmósfera y la luz.

Tenedlos allí, pobres versos míos,
Hijos malditos que lactó el pesar:
Sabén muy bien a quien deben su vida,
Y ellos a vos os lo dirán quizás.

Agosto 22, 1883.

HIMNO AL TRABAJO

CORO

¡Por la patria en la guerra,
por la patria en la paz,
velará el filipino,
vivirá y morirá!

HOMBRES:

Ya el Oriente de luz se colora,
¡sus! al campo, la tierra a labrar,
que el trabajo del hombre sostiene
a la patria, familia y hogar.
Dura puede mostrarse la tierra;
implacables, los rayos del sol . . .
¡Por la patria, la esposa y los hijos
todo fácil será a nuestro amor!

CORO

* * * * *

ESPOSAS:

Animosas partid al trabajo,
que la esposa el hogar vela fiel,
inculcando el amor a los hijos
por la patria, virtud y saber.
Cuando traiga la noche el descanso,
la ventura os aguarda al entrar;
y si el hado es adverso, la esposa
la tarea sabrá continuar.

CORO

* * * * *

DONCELLAS:

¡Salve! ¡salve! ¡Loor al trabajo,
de la patria, riqueza y vigor!
Por él yergue la frente serena,
es su sangre, su vida y su ardor.
Si algún joven pregona su afecto,
el trabajo su fe probará:
sólo el hombre que lucha y se afana,
sostener a su prole sabrá.

CORO

* * * * *

NIÑOS:

Enseñadnos las duras faenas;
 vuestras huellas queremos seguir,
 que mañana, al llamarnos la patria,
 vuestra empresa podamos concluir.
 Y dirán los ancianos al vernos:
 —¡De sus padres, mirad, dignos son!
 A los muertos no honra el incienso
 como un hijo de gloria y valor . . .

A LAS FLORES DE HEIDELBERG

¡Id a mi patria, id, extranjeras flores,
 sembradas del viajero en el camino,
 y bajo su azul cielo,
 que guarda mis amores,
 contad del peregrino
 la fe que alienta por su patrio suelo!
 Id y decid . . . decid que cuando el alba
 vuestro cáliz abrió por vez primera
 cabe el Néckar helado,
 le visteis silencioso a vuestro lado
 pensando en su constante primavera.
 Decid que cuando el aura *
 que roba vuestro aroma,
 cantos de amor jugando os susurraba,
 él también murmuraba
 cantos de amor en su natal idioma;
 que cuando el sol la cumbre
 del Kœnigsthul en la mañana dora,
 y con su tibia lumbré
 anima el valle, el bosque y la espesura,
 ¡saluda a ese sol, aun en su aurora,
 al que en su patria en el cenit fulgura!
 Y contad aquel día,

* En *La Solidaridad*, Homenaje a Rizal, Retana y otros (duodécimo verso):
 "Decid que cuando el alba . . ."

cuando os cogía al borde del sendero,
 entre las ruinas del feudal castillo,
 orilla al Néckar, o a la selva umbría,
 contad lo que os decía,
 cuando, con gran cuidado,
 entre las páginas de un libro usado
 vuestras flexibles hojas oprimía.

Llevad, llevad, ¡oh flores!,
 amor a mis amores,
 paz a mi país y a su fecunda tierra,
 fe a sus hombres, virtud a sus mujeres,
 salud a dulces séres
 que el paternal, sagrado hogar encierra . . .

Cuando toquéis la playa,
 el beso que os imprimo
 depositadlo en alas de la brisa,
 porque con ella vaya
 y bese cuanto adoro, amo y estimo.

Mas ¡ay! llegaréis, flores,
 conservaréis quizás vuestros colores;
 pero lejos del patrio, heroico suelo
 a quien debéis la vida,
 perderéis los olores;
 que aroma es alma, y no abandona el cielo,
 cuya luz viera en su nacer, ni olvida.

HEIDELBERG, *Abril 22, 1886.*

CANTO DE MARÍA CLARA

¡Dulces las horas en la propia patria
 Donde es amigo cuanto alumbra el sol;
 Vida es la brisa que en sus campos vuela,
 Grata la muerte y más tierno el amor!

Ardientes besos en los labios juegan,
 De una madre en el seno al despertar;
 Buscan los brazos a ceñir el cuello,
 Y los ojos sonríense al mirar.

Dulce es la muerte por la propia patria,
 Donde es amigo cuanto alumbra el sol;
 Muerte es la brisa para quien no tiene
 Una patria, una madre y un amor.

A MI . . .

Ya no se invoca a la musa;
 pasó de moda la lira;
 ya ningún poeta la usa . . .
 Aun la juventud ilusa
 en otras cosas se inspira.

Hoy, si a la imaginación
 le exigen que versos dé,
 no se invoca al Helicón:
 sólo se pide al "garçon"
 una taza de café.

Y, en vez del estro sincero
 que al corazón conmovía,
 se escribe una poesía
 con una pluma de acero,
 un chiste y una ironía.

Musa, que en mi edad pasada
 me inspiraste cariñosa
 cantos de amor, vé y reposa.
 Hoy necesito una espada,
 ríos de oro y acre prosa.

Necesito razonar,
 meditar y combatir;
 algunas veces llorar,
 pues quien mucho quiere amar
 mucho tiene que sufrir.

Huyeron los días de calma,
 días de alegres amores,
 en que bastaban las flores
 para consolar al alma
 de sus penas y dolores.

Van huyendo, poco a poco,
 cuantos amé, de mi lado;
 aquél muerto, éste casado,
 porque sella cuanto toco
 con la desventura el hado.

¡Huye también, musa! ¡Véte!
 Busca otra región más pura;
 que mi patria te promete
 por laureles el grillete,
 por templo cárcel obscura.

Que si es infame e impío
 oprimir a la verdad,
 ¿no fuera en mi desvarío
 detenerte al lado mío
 privada de libertad?

Y ¿a qué cantar, cuando llana
 a serio estudio el Destino,
 cuando la tempestad brama,
 cuando a sus hijos reclama
 ronco el pueblo filipino?

¿Y a qué cantar, si mi canto
 ha de resonar a llanto
 que a nadie conmoverá?
 ¿Si del ajeno quebranto
 el mundo cansado está?

¿A qué, cuando entre el gentío
 que me critica y maltrata,
 seca el alma, el labio frío,
 no hay un corazón que lata
 con los latidos del mío?

Deja dormir en la sima
 del olvido, cuanto siento.
 ¡Bien está allí! Que el aliento
 no lo mezcle con la rima
 que se evapora en el viento.

Como duermen de los mares
 los monstruos en el abismo,
 deja dormir mis pesares,
 mis caprichos, mis cantares,
 sepultados en mí mismo.

Yo bien sé que tus favores
 sólo sueles prodigar
 en esa edad de las flores,
 de los primeros amores
 sin nubes y sin pesar.

Muchos años han pasado
 desde que con beso ardiente
 has abrasado mi frente
 Aquel beso se ha enfriado
 y hasta lo tengo olvidado.

Mas, antes que partas, di,
 di que a tu acento sublime
 siempre ha respondido en mí
 un canto para el que gime
 y un reto para el que oprime.

Mas tú vendrás, inspiración sagrada,
 de nuevo a caldear mi fantasía
 cuando, mustia la fe, rota la espada,
 morir no pueda por la patria mía . . .
 Tú me darás la cítara enlutada
 con las cuerdas que vibran la elegía,
 para endulzar de mi nación las penas
 y el ruido amortiguar de sus cadenas.

Y si el triunfo con laurel corona *
 nuestros esfuerzos, y mi patria unida
 surge cual reina de la ardiente zona,
 blanca perla del fango redimida,
 entonces vuelve y con vigor entona
 el himno sacro de la nueva vida,
 que nosotros el coro cantaremos
 aún cuando en el sepulcro descansemos.

1890.

KUNDIMAN

(Versión castellana del original tagalo, por EP. SANTOS.)

Verdaderamente enmudecen hoy
 Mi lengua y corazón.
 Daño columbra el amor
 Y la alegría se aleja,
 Porque la Patria fué
 Vencida y se sometió
 Por negligencia
 Del instructor caudillo.

* En *La Sol.*, *Homenaje y Parnaso filipino*, casi al final, principio de la segunda octava rima:

"Y si el tiempo con el laurel corona."

Pero volverá
 A amanecer el sol;
 A despecho de todo libraráse
 El pueblo sojuzgado;
 Tornará acaso,
 Y a ponerse nuevamente en boga
 El nombre Filipino
 En el mundo.

Derramaremos nosotros
 La sangre y será un diluvio
 Para tan solo manumitir
 Al patrio suelo;
 Y mientras no arribe
 El tiempo señalado,
 Reposará Amor
 Y dormitará Anheló.

EL AGUA Y EL FUEGO

Agua somos, decís; vosotros fuego;
 Como lo queráis, ¡sea! . . .
 Vivamos en sosiego,
 Y el incendio jamás luchar nos vea;
 Sino que unidos por la ciencia sabia
 De las calderas en el seno ardiente,
 Sin cóleras, sin rabia,
 Formemos el vapor, quinto elemento,
 ¡Progreso, vida, luz y movimiento!

"FLOR ENTRE FLORES . . ."

(Fragmento)*

Flor entre flores,—Tierno capullo,
 Que mece el aura—Con blando arrullo,

* Fragmento: de tal calificamos esta breve composición. La encontramos así, entre los materiales recuperados recientemente de la perdida Colección rizalina. Es mero ensayo. un borrador; mas el estro del autor revela ya madurez: no podemos resistirnos a reproducirla, incluyéndola en esta Colección.—Su sabor de madrigal nos dice que no podía ser extensa: parece que le faltaba poco (si es que no está completa): la regularidad del metro así lo denuncia.—En.

Aura celeste,—Aura de amor;
 Tú, que placeres—Do quiera miras;
 Tú que sonríes—Y no suspiras,
 Toda perfumes,—Toda candor;
 Tú, que a la tierra—Tal vez viniste
 Para consuelo—Del que está triste,
 Para alegría—Del corazón;
 ¿Dicen que tienes—En tu alborada
 El alma pura,—Aprisionada,
 Entre los lazos—De la pasión?
 Dicen que esparces—El bien doquiera,
 Como regala—La primavera
 Júbilo y flores—En bello Abril.
 Dicen que el alma—Tú la iluminas
 Cuando se nubla,—Que sin espinas
 Brotan las rosas—En tu pensil.
 Si, pues, felices—Haces cual hada
 A los que gozan—De tu mirada
 Mágico encanto—Que Dios te dió,
 ¡Ah! dame una hora—De tu alegría,
 De tu existencia—Un solo día,
 Que sólo el pecho—Feliz gozó.

A DON RICARDO CARNICERO

Poesía laudatoria dedicada a su guardián en su fiesta onomástica

Hoy cumple un año, señor,
 En que vos, por vez primera,
 Llegasteis a esta ribera
 Cual nuestro gobernador;
 Desde entonces, con ardor,
 Noche y día sin cesar
 Procuráis su bienestar;
 Vuestro celo nada olvida,
 A todo dando la vida:
 Al pueblo, al bosque, a la mar.

Llegado a la playa amena,
 Vuestra afanosa mirada
 Vió a esta comarca aislada

Por los mangles y la arena;
 Despreciando toda pena
 Y con esfuerzo inaudito
 Sobre fangoso *cocyto*,*
 Sobre indómita corriente
 Echasteis el primer puente
 Que viera nuestro distrito.

Y después, cómoda vía
 De la selva en la espesura
 Abristeis ancha y segura
 Bajo una bóveda umbría;
 Libay se animó, y el día
 Alumbró y vió por doquier
 Arroz y maíz crecer,
 Y surgir casas donde antes
 Lianas y árboles gigantes
 A monstruos daban el ser.

De Dapitan las calzadas
 Que antes en la noche oscura
 Causaban triste pavora,
 Hoy sonríen alumbradas;
 Doquier obras proyectadas,
 Doquier trabajo contino:
 Aquí escuela, allí camino,
 Allá madura la mente
 La traída de la fuente
 Del claro Linaw vecino.

Un año solo pasó,
 Y ya los pueblos se agitan,
 Ya se despierta Dapitan
 Del letargo que durmió;
 Y espera que el que empezó
 Sin dudas y sin zozobra,
 No partirá sin que su obra
 El sol vea terminada,
 Pues si no le arredra nada
 La fe a Dapitan le sobra.

* *Cocyto* o *cocytus*: el teogónico "río de lamentación", uno de los cinco que conducen a Hades, según la Mitología griega.—Ed.

Ante aurora tan galana
 Présaga de hechos preclaros,
 Viene grata a saludaros
 La juventud dapitana.
 Hombres formará mañana
 Que la tierra labrarán
 Y nunca jamás pondrán
 En triste e ingrato olvido
 Cuanto el distrito ha debido
 A vuestro constante afán.

Más que jefe y comandante
 Que impere con dura mano,
 Seguid siendo el buen hispano
 Del distrito padre amante;
 Y puesto que en este instante
 Sois la autoridad primera
 Del pueblo que a la bandera
 De España fiel se acobija,
 Sed un padre para la hija
 Que sólo en su madre espera.

Y aunque a vuestro proceder
 Inertes, mudos y fríos,
 No sepan con grandes bríos
 Graciosos corresponder,
 No les neguéis el querer,
 Pues pobre y sencilla gente
 No encuentra voz elocuente
 Para expresar su ternura,
 Y en su triste desventura
 Más calla cuanto más siente.

Que nuestro más grande anhelo
 Es que en esta tierra extraña
 Encontréis la misma España
 Con el mismo sol y cielo;
 Sea vuestro nuestro suelo
 Cual vuestra cuna de niño;
 Enseñadle con cariño
 El trabajo y la justicia,
 Que si el país no es Galicia
 Nuestro amor bien vale el Miño.

Agosto 26, 1892.

HIMNO A TALISAY

CORO

¡Salve, Talisay!
 Firme y constante,
 siempre adelante
 tú marcharás.
 ¡Tú, victorioso,
 todo elemento,
 mar, tierra y viento,
 dominarás!

De Dapitan la playa arenosa
 y las rocas del monte encumbrado
 son tu trono, ¡oh asilo sagrado!
 donde paso mi tierna niñez.
 En tu valle que esmaltan las flores
 y sombrea frutal arboleda,
 nuestra mente formada se queda,
 con el cuerpo nuestro el alma la vez.—Coro.

Somos niños, pues tarde nacimos,
 mas el alma tenemos lozana,
 y hombres fuertes seremos mañana
 que sabrán sus familias guardar.
 Somos niños que nada intimida
 ni las olas, ni el baguio, ni el trueno;
 pronto el brazo y el rostro sereno
 en el trance sabremos luchar.—Coro.

Nuestros juegos la arena revuelven;
 recorreremos los antros, las breñas;
 nuestras casas están sobre peñas,
 nuestras armas alcanzan doquier.
 No hay tinieblas, no hay noches oscuras
 que temamos, ni fiera tormenta;
 y si el mismo Luzbel se presenta,
 nuerto o vivo cogido ha de ser.—Coro.

Talisaynon nos llama la gente,
 alma grande en un cuerpo chiquito,
 que en Dapitan y en todo el distrito,
 no ha tenido Talisay su par.
 Nuestro estanque no tiene rivales,
 nuestro salto es abismo profundo,
 y remando no hay banka en el mundo
 que un momento nos pueda pasar.—Coro.

Los problemas de ciencias exactas,
de la patria la historia estudiamos,
tres y cuatro lenguajes hablamos
acordando la fe y la razón.
Nuestros brazos manejan a un tiempo
el cuchillo, la pluma, la azada,
la piqueta, el fusil y la espada,
compañeros del fuerte varón.—*Coro.*

¡Vive, vive, frondoso Talisay!
Nuestras voces te ensalcen a coro,
clara estrella, preciado tesoro,
de la infancia doctrina y solaz.
En las luchas que aguardan al hombre,
a pesares y duelos sujeto,
tu memoria será su amuleto,
y en la tumba tu nombre, su paz.—*Coro.*

MI RETIRO

Cabe anchurosa playa de fina y suave arena
y al pie de una montaña cubierta de verdor,
planté mi choza humilde bajo arboleda amena,
buscando de los bosques en la quietud serena
reposo a mi cerebro, silencio a mi dolor.

Su techo es frágil nipa, su suelo débil caña,
sus vigas y columnas maderas sin labrar:
nada vale, por cierto, mi rústica cabaña;
mas duerme en el regazo de la eterna montaña,
y la canta y la arrulla noche y día la mar.

Un affuente arroyuelo, que de la selva umbría
desciende entre peñascos, la baña con amor,
y un chorro le regala por tosca cañería
que en la callada noche es canto y melodía
y néctar cristalino del día en el calor.

Si el cielo está sereno, mansa corre la fuente,
su cítara invisible tañendo sin cesar;
pero vienen las lluvias, e impetuoso torrente
peñas y abismos salta, ronco, espumante, hirviente,
y se arroja rugiendo frenético hacia el mar.

Del perro los ladridos, de las aves el trino,
del kálaw la voz ronca solos se oyen allí:
no hay hombre vanidoso ni importuno vecino
que se imponga a mi mente, ni estorbe mi camino;
sólo tengo las selvas y el mar cerca de mí.

¡El mar, el mar es todo! Su masa soberana
los átomos me trae de entes que lejos son; *
me alienta su sonrisa de límpida mañana,
y cuando por la tarde mi fe resulta vana
encuentra en sus tristezas un eco el corazón:

¡De noche es un arcano! . . . Su diáfano elemento
se cubre de millares y millares de luz;
la brisa vaga fresca, reluce el firmamento,
las olas en suspiros cuentan al manso viento
historias que se pierden del tiempo en el capuz.

Diz que cuentan del mundo la primera alborada,
del sol el primer beso que su seno encendió,
cuando miles de seres surgieron de la nada,
y el abismo poblaron y la cima encumbrada
y do quiera su beso fecundante estampó.

Mas cuando en noche oscura los vientos se enfurecen
y las inquietas olas comienzan a agitar,
cruzan el aire gritos que el ánimo estremecen,
coros, voces que rezan, lamentos que parecen
exhalar los que un tiempo se hundieron en el mar.

Entonces repercuten los montes de la altura,
los árboles se agitan de confín a confín;
aullan los ganados, retumba la espesura,
sus espíritus dicen que van a la llanura
llamados por los muertos a fúnebre festín.

Silba, silba la noche, confusa, aterradora;
verdes, azules llamas en el mar vense arder;
mas la calma renace con la próxima aurora
y pronto una atrevida barquilla pescadora
las fatigadas olas comienza a recorrer.

* En Retana: ". . . de mundos que lejos son." La enmienda del texto no es enteramente satisfactoria, por su aspecto técnico; si se prefiere otra terminología, podría adoptarse: "de mundos en montón."—Ed.

Así pasan los días en mi oscuro retiro,
 desterrado del mundo donde un tiempo viví;
 de mi rara fortuna la Providencia admiro:
 ¡guijarro abandonado que al musgo sólo aspiro
 para ocultar a todos el don que tengo en mí! *

Vivo con los recuerdos de los que yo he amado
 y oigo de vez en cuando sus nombres pronunciar:
 unos están ya muertos, otros me han olvidado;**
 mas ¿qué importa? . . . Yo vivo pensando en lo pasado
 y lo pasado nadie me puede arrebatár.

Él es mi fiel amigo que nunca me desdora
 que siempre alienta el alma cuando triste la ve,
 que en mis noches de insomnio conmigo vela y ora
 conmigo, y en mi destierro y en mi cabaña mora,
 y cuando todos dudan sólo él me infunde fe.

Yo la tengo, y yo espero que ha de brillar un día
 en que venza la Idea a la fuerza brutal,
 que después de la lucha y la lenta agonía,
 otra voz más sonora, más feliz que la mía †
 sabrá cantar entonces el cántico triunfal. .

Veo brillar el cielo tan puro y refulgente
 como cuando forjaba mi primera ilusión,
 el mismo soplo siento besar mi mustia frente,
 el mismo que encendía mi entusiasmo ferviente
 y hacía hervir la sangre del joven corazón.

Yo respiro la brisa que acaso haya pasado
 por los campos y ríos de mi pueblo natal;
 ¡acaso me devuelva lo que antes le he confiado:
 los besos y suspiros de un ser idolatrado,
 las dulces confidencias de un amor virginal!

Al ver la misma luna, cual antes argentada,
 la antigua hipocondría siento en mí renacer; ††
 despiertan mil recuerdos de amor y fe jurada . . .
 un patio, una azotea, la playa, una enramada,
 silencios y suspiros, rubores de placer . . .

* En otros textos: "... el mundo que tengo en mí."

** Retana y Parnaso filipino: "... muchos me han abandonado."

† En otros textos se lee: "Otra voz más potente y más feliz que la mía."

†† En todas las copias. "La antigua melancolía siento en mí renacer."—Ed.

Mariposa sedienta de luz y de colores
soñando en otros cielos y en más vasto pensil.
dejé, joven apenas, mi patria y mis amores,
y errante por doquiera sin dudas, sin temores,
gasté en tierras extrañas de mi vida el abril.

Y después, cuando quise, golondrina cansada,
al nido de mis padres y de mi amor volver,
rugió fiera de pronto violenta turbonada:
véanse rotas mis alas*, deshecha la morada,
la fe vendida a otros y ruinas por doquier.

Lanzado a una peña de la patria que adoro,
el porvenir destruído, sin hogar, sin salud,
venís a mí de nuevo, sueños de rosa y oro,
de toda mi existencia el único tesoro,
creencias de una sana, sincera juventud.

Ya no sois como antes, llenas de fuego y vida
brindando mil coronas a la inmortalidad;
algo serias os hallo; mas vuestra faz querida
si ya no es tan risueña, si está descolorida**
en cambio lleva el sello de la fidelidad.

Me ofrecéis, ¡oh ilusiones!. la copa del consuelo.
y mis jóvenes años a despertar venís:
gracias a ti, tormenta; gracias, vientos del cielo,
que a buena hora supisteis cortar mi incierto vuelo,
para abatirme al suelo de mi natal país.†

Cabe anchurosa playa de fina y suave arena
y al pie de una montaña cubierta de verdor,
hallé en mi patria asilo bajo arboleda amena,
y en sus umbrosos bosques, tranquilidad serena,
repose a mi cerebro, silencio a mi dolor.

* Variante en Gwekoh: "vime rotas las alas."

** Retana y Parnaso filipino: "Si ya es tan sincera . . ."

† Otra variante: *seno*, en vez de "suelo."—Ed.

A JOSEFINA

(Improvisación)

Josefina, Josefina *,
 Que a estas playas has venido
 Buscando un hogar, un nido,
 Como errante golondrina;
 Si tu suerte te encamina
 A Shanghai, China o Japón,
 No te olvides que en estas playas
 Late por ti un corazón.

CANTO DEL VIAJERO

Hoja seca que vuela indecisa
 Y arrebatada violento turbión,
 Así vive en la tierra el viajero,
 Sin norte, sin alma, sin patria ni amor.

Busca ansioso doquiera la dicha,
 Y la dicha se aleja fugaz:
 ¡Vana sombra que burla su anhelo!
 ¡Por ella el viajero se lanza a la mar!

Impelido por mano invisible
 Vagará de confín en confín;
 Los recuerdos le harán compañía
 De seres queridos, de un día feliz.

Una tumba quizá en el desierto
 Hallará, dulce asilo de paz:
 De su patria y del mundo olvidado
 ¡Descanse tranquilo, tras tanto penar!

Y le envidian al triste viajero,
 Cuando cruza la tierra veloz
 ¡Ay!, ¡no saben que dentro del alma
 Existe un vacío do falta el amor!

Volverá el peregrino a su patria,
 Y a sus lares tal vez volverá,
 Y hallará por doquier nieve y ruina,
 Amores perdidos, sepulcros, no más.

* Josephine Bracken, al separarse de Rizal, después de una visita, en Dapitan, en 1895.

Vé, viajero, prosigue tu senda,
 Extranjero en tu propio país;
 Deja a otros que canten amores,
 Los otros que gocen; tú vuelve a partir.

Vé, viajero, no vuelvas el rostro,
 Que no hay llanto que siga al adiós;
 Vé, viajero, y ahoga tus penas;
 Que el mundo se burla de ajeno dolor.

ÚLTIMO ADIÓS

Adiós, Patria adorada, región del sol querida,
 Perla del Mar de Oriente, nuestro perdido edén,
 A darte voy, alegre, la triste mustia vida;
 Y fuera más brillante, más fresca, más florida,
 También por ti la diera, la diera por tu bien.

En campos de batalla, luchando con delirio,
 Otros te dan sus vidas, sin dudas, sin pesar.
 El sitio nada importa: ciprés, laurel o lirio,
 Cadalso o campo abierto, combate o cruel martirio,
 Lo mismo es si lo piden la Patria y el hogar.

Yo muero, cuando veo que el cielo se colora
 Y al fin anuncia el día, tras lóbrego capuz;
 Si grana necesitas, para teñir tu aurora,
 ¡Vierte la sangre mía, derrámala en buen hora,
 Y dórela un reflejo de su naciente luz!

Mis sueños, cuando apenas muchacho adolescente,
 Mis sueños cuando joven, ya lleno de vigor,
 Fueron el verte un día, joya del Mar de Oriente,
 Secos los negros ojos, alta la tersa frente,
 Sin ceño, sin arrugas, sin manchas de rubor.

Ensueño de mi vida, mi ardiente vivo anhelo,
 ¡Salud! te grita el alma, que pronto va a partir;
 ¡Salud! ¡ah, que es hermoso caer por darte vuelo;
 Morir por darte vida, morir bajo tu cielo,
 Y en tu encantada tierra la eternidad dormir!

Si sobre mi sepulcro vieres brotar, un día,
 Entre la esposa yerba sencilla humilde flor,
 Acércala a tus labios y besa al alma mía,
 Y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría,
 De tu ternura el soplo, de tu hálito el calor.

Deja a la luna verme, con luz tranquila y suave;
 Deja que el alba envíe su resplandor fugaz;
 Deja gemir al viento, con su murmullo grave;
 Y si desciende y posa sobre mi cruz un ave,
 Deja que el ave entone su cántico de paz.

Deja que el sol, ardiendo, las lluvias evapore
 Y al cielo tornen puras, con mi clamor en pos;
 Deja que un sér amigo mi fin temprano lllore;
 Y en las serenas tardes, cuando por mí alguien ore,
 Ora también, oh Patria, por mi descanso a Dios.

Ora por todos cuantos murieron sin ventura;
 Por cuantos padecieron tormentos sin igual;
 Por nuestras pobres madres, que gimen su amargura;
 Por huérfanos y viudas, por presos en tortura,
 Y ora por ti, que veas tu redención final.

Y cuando, en noche oscura, se envuelva el cementerio,
 Y solos sólo muertos queden velando allí,
 No turbes su reposo, no turbes el misterio:
 Tal vez acordes oigas de cítara o salterio:
 Soy yo, querida Patria, yo que te canto a ti.

Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada,
 No tenga cruz ni piedra que marquen su lugar,
 Deja que la are el hombre, la esparza con la azada,
 Y mis cenizas, antes que vuelvan a la nada,
 El polvo de tu alfombra que vayan a formar.

Entonces nada importa me pongas en olvido:
 Tu atmósfera, tu espacio, tus valles cruzaré;
 Vibrante y limpia nota seré para tu oído:
 Aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,
 Constante repitiendo la esencia de mi fe.

Mi Patria idolatrada, dolor de mis dolores,
 Querida Filipinas, oye el postrer adiós.
 Ahí, te dejo todo: mis padres, mis amores.
 Voy donde no hay esclavos, verdugos ni opresores;
 Donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.

Adiós, padres y hermanos, trozos del alma mía,
 Amigos de la infancia, en el perdido hogar;
 Dad gracias, que descanso del fatigoso día;
 Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría;
 Adiós, queridos séres. Morir es descansar.

SAN EUSTAQUIO, MÁRTIR

(20 de Septiembre)

TRAGEDIA

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

(Abril y Mayo de 1876)

Por

El Colegial del Ateneo de Manila

D. JOSÉ PROTASIO RIZAL

Obra Escrita en Italiano

(año 1869)

Por el Padre ENRIQUE VALLE, S. J.

ADVERTENCIA PARA ESTA EDICIÓN

El presente ensayo literario,—que tal es, según la propia declaración de Rizal,—había permanecido inédito hasta el año 1916, en que la revista Cultura Social, que publicaban los padres jesuitas, lo había dado a la stampa, ofreciéndolo a sus lectores, por trozos, a lo largo del citado año de 1916.

No hemos visto el manuscrito de Rizal—detalle importante para conocer los cambios de mano ajena,—manuscrito que fué coto privado de los profesores del antiguo Ateneo Municipal, y del que fué guardián especial, el difunto padre Francisco de P. Sánchez, maestro literario, casi “padrino” de Rizal. El MS. debió de haberse destruído en el incendio del Ateneo, en 1932. Según nuestros informes, el P. Sánchez y el Director de Cultura, tuvieron mucho que ver en la edición de la tragedia de “San Eustaquio, Mártir,” en 1916. Hasta qué punto la mano de los primeros editores se ha dejado sentir sobre el original, no lo sabemos. Rizal confiesa que fué un mero ensayo suyo,—no en el concepto de “ensayo” (essay), como actualmente se acepta en literatura:—por tanto, mucho hay que sospechar sobre correcciones, cambios y quizá modificaciones que, en esta composición (más que en ninguna otra del metrificador) pudieron haberse introducido.

Al publicarlo Cultura Social, había advertido:

“El P. Francisco P. Sánchez, que había sido profesor de Retórica de Rizal, hizo la traducción del original italiano del drama, en prosa castellana, que entregó al novel poeta, para

que durante las vacaciones siguientes al curso de Retórica de 1876, la pusiese en verso, y así se ejercitase en la versificación castellana y estuviese santamente entretenido. Y fué el joven Rizal tan fiel y constante en el trabajo, que el primer día en que se abría la matrícula del nuevo curso, presentaba a su antiguo profesor el drama entero versificado.”

Percibimos en esta fraseología la dirección del P. Sánchez. Repetimos que ignoramos hasta qué extremo el preceptor pudo intervenir en lo publicado por Cultura. En el curso de nuestra preparación del material para la presente impresión, advertimos no pocas erratas (a pesar del cuidadoso esmero de los PP. Siguión y Sánchez), descuidos o distracciones y falta de propiedad tipográfica (que tratamos de subsanar), y no escasa necesidad de ciertas alteraciones, para procurar la integridad del verso, móvil primario en Rizal y su profesor, con lo que creemos contribuir a un propósito común con ellos.

En cuanto al lugar o colocación de la obra, en esta colección, hemos preferido reservarla para lo último, a fin de no embarazar, con su larga interpolación, la serie de las composiciones líricas: cronológicamente, debía figurar entre “Por la Educación recibe lustre la Patria” y “Entrada triunfal de los Reyes Católicos en Granada” (1876).

EL EDITOR.

PERSONAJES

ADRIANO	Emperador.
EUSTAQUIO	General romano.
TITO	Hijo menor de Eustaquio.
FLAVIO	Hijo mayor de Eustaquio.
CLAUDIO	Amigo de Flavio.
CORNELIO	Favorito del emperador y rival de Eustaquio.
METELO	Amigo de Eustaquio.

AL LECTOR

QUERIDO LECTOR:

No fué la vanidad, la que me impulsó a poner en verso esta religiosa y útil tragedia, intitulada SAN EUSTAQUIO: fué mi único

deseo el saber versificar, el probar si podría ser un hijo de las Musas, y ser útil a mis semejantes. En este drama a cada paso encontrarás, mi querido lector, una palabra impropia que criticar, un verso duro y mal forjado que componer, expresiones oscuras que iluminar, etc., etc.; defectos propios de un novel e inexperto escritor. Además, ¿qué hacer? Mi limitado talento, mi escaso número y mi pequeño caudal en la lengua castellana (porque no nació en su seno) no me suministran abundantes raudales de poético hablar, ni ricas expresiones; porque, además de que no estoy dotado de una viva imaginación, carezco también de buen gusto y es corta mi edad (14 años cumplidos y cerca de 15).

Critica mi obra, piadoso e indulgente lector, pero no el plan. Es verdad que los versos son míos, las rimas mías, pero el plan no me pertenece. Si su autor, cuyo nombre ignoro, llegare, por desgracia, a saber que su tragedia se puso en versos rimados precisamente, e indignos por consiguiente del hermoso y oportunamente elegido plan, dígnese perdonarme; porque puesta en parangón la hermosura con la fealdad, formarán un contraste en que resaltará más aquélla al par que se confundirá ésta.

No he puesto aquí pensamiento mío, ni invención mía, a excepción de la escena sexta del acto quinto, la cual si te agrada puedes conservarla, y si al contrario te disgusta, eres dueño de despreciarla. (El P. Sánchez entregó al jovencito Rizal la traducción del original italiano en prosa castellana).

Paciencia, lector, soy nada menos que un niño, y la obra de un niño, en general, niñada es, nada de bueno ofrece: además, no he visto más que una vez representar tragedia, y la única que recuerdo haber leído es la de Prometeo, escrita por Esquilo, Griego. Perdona mi osadía, si a los 14 años me atreví a escribir y a meterme en el esclarecido cuanto delicado teatro de poetas, oradores, historiadores y retóricos: y si no deponéis vuestra justa cólera, sabed que demasiado castigado estoy por mi ignorancia.

No la hice para presentarla al público y para que no me la censuren, no; al contrario, la escribí para guardarla por muchos años y para que me la corrijan todos los que a ello se atreven, pues me conformo con Horacio, que dice:

. Si quid tamen olim
 Scripseris, in Metii descendat iudicis aures,
 Et patris, et nostras; nonumque prematur in annum,
 Membranis intus positis. Delere licebit
 Quod non edideris: nescit vox missa reverti.

DEDICATORIA DEL AUTOR

Salud, oh Criador del Cielo y de la tierra, vosotros mis queridos bienhechores, dulces amigos de mi perdida infancia, amigos de mi presente juventud, caros deudos: paz, bienestar y salud.

A vosotros dedico mi insignificante obra; recibidla como muestra de mi sincero y dócil amor; deplorad conmigo mi ignorancia, compadeceos de mi poca capacidad. Esta es mi primera obra concluída, pero quizás incompleta; yo la dedico a vosotros, pues no tengo otra cosa que daros, además de mi cariño y corazón. Espero no la desdeñaréis: atended al deseo del que os la dedica, no a su valor. Y vos, mi amado profesor, P. Francisco de P. Sánchez, S. J., recibid mi más cumplido reconocimiento, por cierto, incapaz de recompensar vuestros afanes.

Y vos, Mártir del Calvario, mi dulce Redentor, aceptad la vida de un mártir, escrita por vuestro siervo, para más gloria vuestra.

JOSÉ RIZAL.

CALAMBA, 2 de junio de 1876.

El Teatro representa un Salón del Palacio de Adriano con
aposentos a uno de los lados.

Acto Primero

ESCENA I

Cornelio y Metelo

- CORNELIO. Llegó el día fatal, día funesto
Para mis crueles, fieros adversarios:
Es tiempo que a temerme ellos aprendan:
Basta de humillaciones; ha llegado
El día de venganzas, oh Metelo;
¿Quién apartarle puede de mi brazo,
De mi saña y furor? Su alegre gozo
Veré yo convertido en triste llanto.
Victorioso a los muros él se acerca:
Se acerca fiero mi rival Eustaquio;
¡Cuán costosa serále su victoria;
En ella vengaré males y agravios!
- METELO. Mas, ¿por qué enciendes odios y discordias
Preparándole mil terribles lazos
De venganza y rencor? Si victorioso
De la guerra viene; si el Senado
De su valor y fuerza está contento,
Participa también, Cornelio caro,
De su victoria. Cede, amigo, cede
A su buena fortuna y feliz hado.
- CORNELIO. Los laureles con que ceñirme debo
Él me los ha robado; nobles lauros
Adornan su orgullosa, altiva frente;
A mi valor injusto fué Trajano,
Y a mis clamores sordo, el almo cielo.
De los soldados el debido mando
A mi valor y fuerza, Eustaquio tiene.
Burló mis esperanzas. Laureado
Él ha de penetrar los fuertes muros.
¿Crees que tolerar puedo el agravio

No vengando mi fama mancillada?
 Con Tito en las batallas, con Trajano
 Estuve siempre. Fieles mis servicios
 Le presté que le fueron dulces, gratos.
 Manifesté valor, creció mi fama
 En las mismas batallas. Mas a Eustaquio
 Le prefirieron en aquesta guerra
 Contra rebeldes Dacios y los Partos:
 Del Danubio en las bélicas riberas
 Debía conducir a los romanos
 Y mostrar mi valor y mis talentos,
 Pues conocen mi ardor ha muchos años.

METELO. De tu fortuna puedes contentarte;
 Sus armas y valor le tributaron,
 Oh Cornelio, las honras que le ofrecen.
 Tú gozas en la paz del rico estado
 Que el rey te concedió por tus servicios.
 No le envidies, pues; ambos sois romanos
 Y ambos podéis apetecer la gloria . . .

CORNELIO. ¿Quieres que el triunfo no sea envidiado
 Cuando debía ser mío? Si es noble,
 Más lo soy yo, porque nací romano;
 Siento en el corazón perder la gloria,
 Las deseadas honras y los lauros.
 Volver debo a buscar nueva alabanza
 Perdiendo a mi rival, el fiero Eustaquio;
 Porque una vez perdido, victorioso
 General yo seré de los soldados.

METELO. Perderle no podrás: fieles servicios
 A la patria prestó; mas aumentando
 A sus premios y méritos el triunfo
 Que hoy obtiene, la paz a los romanos
 Volviendo, di: ¿podrás usar la fuerza
 Para perderle? Sólo los engaños
 Y la calumnia . . .

CORNELIO. (*interrumpiéndole*) Nunca la calumnia
 Emplear quiero para el cruel daño
 De mi enemigo. Mas un gran delito
 Le perderá, sus méritos nublando;

Y volviéndose en noche tenebrosa
 La luz de sus victorias; infamado
 Aparecerá un día ante los ojos
 Del pueblo que su sien ciñe de lauros.

METELO. ¿Qué, piensas encontrar en su nobleza
 Algún delito cruel, torpe, nefando
 Que pueda derribarle en su fortuna?
 (Si de Escipción el crimen perdonaron
 Los romanos más crueles y severos
 De lo que ora son, sólo recordando
 Sus victorias; no sólo de la muerte
 Se libró, mas su falta fué su lauro).

CORNELIO. Yo puedo convertir en triste llanto,
 Este glorioso triunfo de que goza;
 Mas advierte que jóvenes romanos
 Se dirigen acá . . . Calla, Metelo,
 No lo digas, por Jove, lo que hablamos
 Ha poco, y si me ayudas en mis planes
 Ten por seguro el premio a tus trabajos.

ESCENA II

Claudio, Flavio y los dichos

CLAUDIO. Participad conmigo de la dicha,
 Caros amigos, pues que de la guerra
 Salimos victoriosos . . .

METELO. ¿Tú has llegado.
 Claudio?

CLAUDIO. Agradecer al Dios quisiera,
 Porque a veros he vuelto, y la Fortuna
 Nos dió de su amistad hermosas pruebas
 Cobijando el valor de los Romanos
 Contra sus enemigos, en peleas.

CORNELIO. ¡Oh noble Claudio! gózome del triunfo
 Contra los Dacios, pues la Roma nuestra,
 Vence sólo con el nombre, presentando
 Sus águilas invictas y banderas.
 Pues en los Partos tímidos difunde
 El ignoble temor y huyen ante ellas.

- CLAUDIO. ¿Qué dices? ¿Del valor dudas acaso
De nuestro Capitán, de tropas nuestras?
Pregúntale si al nombre los contrarios (*señalando a Flavio*)
Huyeron o al valor que ellas demuestran.
- FLAVIO. A Jove y al estrago de la espada
De nuestro General, deben que sean
Las insignes banderas victoriosas.
Yo vi, yo vi, Cornelio, en la agria prueba
De las dudosas lides los romanos
Palidecer con vergonzosa afrenta
En frente de los crueles enemigos.
Talento militar, valor y fuerza
Sostenían el ímpetu guerrero.
No existirá mortal que pensar pueda
En lo rudo y sangriento del combate,
Si afeminado vive en casas bellas.
- CORNELIO. Esto lo cree Adriano, y a Eustaquio
Destina tal honor, que duras penas,
Los peligros y afanes del combate
Colmarán su cumplida recompensa.
- FLAVIO. Todo se debe al bélico talento,
Al invencible brazo y a la fuerza
De invicto General, que a los soldados
Manda, rige, pelea y los alienta
Al combate, destroza, hiere y mata;
¡Y empuñando la lanza con la diestra
Hace brotar la sangre de los pechos!
¡Muertos y heridos vense por do quiera!
Cuando se halla ante tropas enemigas,
No fiero Marte vió sobre la tierra.
Otro atleta mayor y delicioso.
Dacios y Partos múéstranle obediencia.
- CORNELIO. No temas que le paguen su victoria.
- CLAUDIO. ¿Sientes tal vez que Eustaquio se merezca
El premio que darále nuestro Adriano?
Pues aun a ti, Cornelio, te lo diera,
Si tú hubieses salido victorioso.
- CORNELIO. Claudio, yo no lo siento: si a la guerra
Los dioses me negaron la partida;
Pero el que, vitoreado Eustaquio sea

En aquesta Ciudad, sufrir no puedo,
 Antes procuraré que en la gran fiesta
 Del sacrificio a Jove, Eustaquio se halle
 Y de Roma la inmensa concurrencia,
 Y que logre su premio deseado,
 Premio que sus trabajos merecieran.
 Voy a Adriano, porque de su talento
 Se instruya. Acompañarme, amigo, quieras (*a Metelo*).

ESCENA III

Claudio y Flavio solos

CLAUDIO. Al fin llegamos, Flavio, a nuestra tierra
 Después de tolerar desgracias tantas:
 Sufrimos mil afanes en la guerra
 Y ahora disfrutamos paz colmada.
 De las orillas tristes del Danubio
 En tanto que luchamos con constancia
 Con los bárbaros Dacios en las lides,
 Volvía a nuestros lares mis miradas.
 ¡Por fin te veo, suelo bienhadado!
 ¡Por fin de huello con segura planta!
 Contemplas tú también los altos muros (*a Flavio*)
 Que circundan a Roma soberana;
 También contemplarás costoso lujo
 Que ostentan de los templos ricas aras
 Y asistirás al santo sacrificio,
 Por aquesta victoria, tan colmada;
 Al cual con tus intrépidos soldados
 Asistir debes viendo su arrogancia.

FLAVIO. Tú eres romano y vives placentero
 En Roma, do hallas padres caros, Patria,
 Amigos, deudos, fieles servidores
 Que con suave ternura dulces te aman.
 Yo no, Claudio, pues hado inexorable
 De mi padre apartóme; cruel venganza
 Ejerció sobre el pecho lacerado.
 Siempre mi corazón con vivas ansias
 Pide al cielo mi padre me devuelva.
 Por eso la carrera de las armas
 Seguí; en los reinos vastos de Europa
 Le busqué y en las hórridas batallas;

Porque en mi juventud contar le oía
Combates, enemigos, muertes y armas . . .

CLAUDIO. ¡Qué tierno corazón encierras, Flavio,
En tu pecho, y cuán noble ha sido tu alma
Que jamás olvidó al autor querido
De tus días y vida prolongada!
Si tu padre existe, tal vez de hijos
Amantes, de fortuna dulce, grata
Goza contento! Pobre Flavio mío;
Tal vez buscas tu padre en las batallas,
Que ya de ti se olvida, de tu nombre,
De tu amor, y quizás tiene olvidada
Tu memoria feliz. ¡Tiempo altanero
Borra el amor del pecho, cual el alba
Disipa con sus rayos negras sombras!

FLAVIO. ¡Quizás, Claudio querido, tú te engañas!
Mi corazón, al dar su vuelta el tiempo,
¿Olvidar puede acaso en la desgracia
Al que me dió este ser, nobleza y vida?
Su semblante, sus gestos y su cara
Hélos cierto olvidado: mas su afecto
Con indelebles tintas en el alma
¡Grabado está! Pues mira, Claudio, mira:
Me esfuerza a que le busque la paz santa
Debida a los cariños de mi padre;
Y si ceso, me dice con voz clara:
“¡Ingrato! busca, busca al noble padre!
Busca con nuevo ardor y nueva llama.”

CLAUDIO. Tu dulce natural, querido Flavio,
Fué el más estrecho lazo y liga santa
Que contigo unióme. Que volvieses
A encontrarle también yo descaba;
Pues nobles sentimientos tener debe
Cual los tienes tú: pero, si no hallas
¿Le buscarás do quiera y a porfía?
Debes estar contento de la patria,
Del favor que tú obtienes de las tropas,
De la paz y la suerte que son gratas.

FLAVIO. ¿De mi fortuna esté contento quieres,
Cuando ignoro la suerte y la morada

Paternal? Quizás mísero penando
 Agobiado de penas mil amargas
 Vive mi anciano padre trabajando!
 ¡Oh! Cuál es el contento cuando halla
 A un hijo su querido y cano padre;
 Sus socorros la edad senil alcanza
 En las fuerzas de noble y robusto hijo
 Y muro fuerte contra las desgracias.
 Por él resuelto estoy, oh Claudio,
 A dejar esta tierra abandonada,
 Que feliz la contemplo, y a ti, Claudio;
 Los mares pasaré; cruzaré tantas
 Riberas por doquier buscando errante
 Al autor de mis días, vida cara.

CLAUDIO. ¿Acaso de encontrarle estás seguro?
 ¿Y de abrazarle tienes esperanza?
 ¿Y a tu fiel Claudio dejas de esta suerte
 Cruel? ¿y su amor fraterno desamparas?
 Tal vez arrebató Jove a tu padre
 Para que compartieses la morada
 Conmigo, descansado y felice.
 A tu fidelidad hoy esperaba
 En la ciudad mostrarme agradecido;
 Y tú, ¡ingrato! ¿me dejas sin la calma?
 ¿Y a Claudio desamparas? ¿Y tu afecto
 Así me muestras? ¿Burlas la esperanza
 Que confiado abrigué? Si comparamos
 El amor que a tu padre fiel mostrabas;
 Más te quiero yo. Pero mira, Flavio:
 Suponte que vagando le encontraras;
 Que él te vea e ignora tu linaje:
 ¿Cómo conocerás que es de tu raza?
 ¿Qué señales podrás darle? Sí; en vano
 Le buscas . . . y procuras tu desgracia . . .

FLAVIO. Tal vez los dioses cedan algún día
 A mi triste clamor, tierna plegaria,
 Haciéndome feliz, viendo a mi padre.
 No imposible lo creo cual pensabas;
 Pues es indicio cuanto yo te dije
 Que de él me separaron en la infancia
 En la orilla de un río do me puso

Cuando intentó pasar las turbias aguas.
 Cuando llegado había a la ribera
 Y no pudiendo verle por las plantas,
 De los vecinos montes, de repente
 Vinieron furibundas muchas aguas
 Que inundaron el río por do quiera,
 Y verle ya no pude. En mi desgracia
 Quizás pensó mi padre desdichado
 O por la inundación o hambre causada!
 Que morir debía; mas el cielo
 Propicio se mostró; pues de las aguas
 Un bondadoso pastor sacóme inerte
 Y al instante llevóme a su cabaña.
 Me prestó paternal y tierno amparo.
 Siendo ya vigoroso, de las armas
 La carrera tomé; seguí afanoso
 Las banderas, las águilas romanas
 En las lides del Istrio y del Danubio
 De donde vencedor vuelvo a tu patria.
 Hélas aquí mis señas que pudieran
 Afirmar la verdad si le encontrara
 En el campo, en las lides, en los reinos . . .

CLAUDIO. Viene Adriano por este lado . . . Calla.

ESCENA IV

Adriano y los dichos con lictores

ADRIANO. ¿Dónde está el General?

FLAVIO. De la lid vino.

ADRIANO. (*dirigiéndose a Claudio*) Vé al primer cuarto . . .
 Díle que presto venga.

FLAVIO. Señor, el mismo
 Vendrá, para homenaje tributaros.

ADRIANO. Feliz eres, oh Claudio, pues modelo
 Hallaste de valor, fuerza en Eustaquio!

CLAUDIO. Sus ejemplos, señor, son nunca vistos.
 ¿Con su Tito pequeño ya ha llegado?

ESCENA V

Eustaquio, Tito, Metelo y los dichos

(Cuando Adriano diga:—Adiós, Eustaquio . . . vánse todos menos Eustaquio y Tito.)

ADRIANO. ¡Oh noble triunfador de los rebeldes!
 A verte, caro Eustaquio, por fin he vuelto!
 Esos Dacios, que osaron levantarse
 Su tratado de paz viles rompiendo,
 Turbando la quietud de los romanos,
 ¡Hallaron un castigo bien severo!
 Adriano es justo y sabe dar la gloria
 Al atleta que lucha por su imperio,
 Pues en Jerusalén me conociste
 Aun siendo yo joven. En tus esfuerzos
 Empresas formidables y victorias
 Esperé; mas superas mis intentos.
 Jefes recibirán y centuriones
 Mi orden, porque te sigan hacia el templo,
 Do grandes sacrificios a los dioses
 Ofrecerás. Si Roma y el imperio
 Agradecidos muéstranse, oh Eustaquio,
 A tu fuerza y valor; mas al supremo
 Jove debes mostrarte agradecido
 Por tu triunfo. Si justo es el aprecio,
 Que oyes de mí, mayor del Capitolio
 Recibirás delante del imperio
 Del augusto Senado, en mi presencia.

EUSTAQUIO. ¡Oh Señor, esperar no quiero el premio
 Por el triunfo obtenido contra Dacios!
 Sólo pido, señor, estés contento
 De servicios inútiles que a Roma
 Tributé. A tu favor grato me muestro.
 A mi fuerza y valor, que tanto ensalzas,
 Bástales el vencer a Partos fieros.
 De Tito y de Trajano a tomar armas
 Aprendí; y a tu solio noble vuelvo,
 Cual me enseñaron, bélicos mis frutos.
 Tantos honores, tanta fama creo

Ser demasiado grande a mis servicios.
 Mas sí; el campo marcial, cual don, te acepto
 En donde lucharé con mis contrarios.
 Yo jamás aprendí a rehusar esto
 De mis emperadores soberanos,
 Pues como buen soldado hacerlo debo.

ADRIANO. Pues mira, Eustaquio, supe por los jefes
 Que te siguieron hasta el campamento,
 Cuán alabados sean de tus tropas
 Tu virtud, y ardor bélico no menos;
 Soberbia ni ambición tu pecho noble
 Jamás con sus engaños le perdieron:
 Mas admitir debes los honores
 Con que Roma regala sus guerreros.
 ¿Ves cómo el sacro Júpiter un padre, (*a Tito*)
 Tito, te concedió cuyos ejemplos
 Imitar debes noble cual romano
 Valiente?

TITO. ¡Sólo amarle, señor, puedo,
 Pues niño soy aún! Cuando los años
 Me concedan vigor para ser diestro
 Procuraré imitarle . . . mientras tanto
 Fidelidad al trono le prometo.

ADRIANO. Vé, Metelo, a decir al sacerdote
 Que mi real mandato cumpla presto,
 Y que prepare cuanto necesita
 El santo sacrificio. Te concedo (*a Metelo*),
 Metelo, descansar en el camino . . .
 Adiós, Eustaquio . . . Tito . . . adiós, os dejo.

ESCENA VI

Eustaquio y Tito solos, sentados

TITO. ¡Oh, qué indecible gozo! ¡qué alegría!
 Mi corazón embarga cual lo siento.
 Sólo por ti ¡qué inmenso placer llena
 El alma mía!

EUSTAQUIO. Tito, yo contento,
 Igualmente estaría; ¡por ti sólo
 No lo estoy!

- TITO. ¿Qué me dices, padre? Creo
Que a nuestro emperador he contestado,
Si no cual tú deseas, con respeto.
- EUSTAQUIO. No, mi dulce solaz, pues complacióme
Tu juvenil respuesta. Un pensamiento
Elevado mi mente ocupa, Tito, . . .
- TITO. ¡Dios mío, haberte airado cuánto temo!
¡Oh! castiga, castiga mi delito,
Pues sólo complacerte, padre, quiero.
- EUSTAQUIO. Escucha, Tito: olvida vanos nombres
De enemigos, de ejércitos, de premios,
De Adriano y Roma! Llama a Jesucristo
Y dócil obedece sus preceptos.
Prometiste obediencia al gran Adriano;
A tu Dios debes antes haberlo hecho;
Si sientes un espíritu que digno
Es del nombre de cristiano. Por su imperio
Cuántas veces expuse mi existencia
En las pasadas guerras con los fieros
Enemigos de Roma; también, Tito,
En ciertas ocasiones has de hacerlo.
Ahora, ¡Dios me llama a un combate
Para honor de su nombre! Yo no puedo
El sacrificio hacer al falso Jove . . .
Cristo nos lo prohíbe; y si protesto
Que cristiano yo soy, menospreciando
Al falso Jove, muerte cierta tengo,
Que la deseo, Tito, con la palma . . .
¡A Dios fidelidad guardar anhelo!
Un laurel inmortal me muestra alegre
Y con voz paternal me llama al cielo.
Mas tú, ¿quieres seguirme?
- TITO. ¡Oh, caro padre!
Sí, contigo morir; contigo quiero
Juntarme para siempre. ¿Quieres viva
Sin ti, en este llorado y triste suelo?
¡Sin padre, a Dios infiel, ningún amparo! . . .
No, nada temas: nada me da miedo,
Ni los castigos crudos, ni la muerte.

- EUSTAQUIO. ¿Si te preguntan si al supremo
Jove adoras?
- TITO. Diré que soy cristiano,
Y que al infame Júpiter detesto.
- EUSTAQUIO. Sí; pero te dará ricos tesoros
Y te regalará mil y mil premios,
Adriano, si renuncias a tu culto
Y si adoras a Jove aun tú fingiendo.
- TITO. Júrote renunciarlos, noble padre.
- EUSTAQUIO. ¡Oh! quizás renunciar puedes los premios;
¿Pero si te amenazan con la muerte?
- TITO. Antes el cruel cuchillo el tierno cuello
Segará, pues martirio sólo anhela
Mi corazón cristiano, y a Dios ruego
Que mi vida en su seno la reciba,
Y reciba contigo el premio eterno.
- EUSTAQUIO. ¡Estando ella lejana no la temes!
Mas estando presente, cuando fiero
Soldado te prepare el rudo golpe
Que te quiere acabar, con temor ciego
Te escaparás quizás de los soldados.
- TITO. ¡Ah! no me escaparé, créeme, padre:
Doblaré mis rodillas en el suelo;
Con la lengua diré: "Señor, recibe
Mi alma, pues por tu amor y fe yo muero."
- EUSTAQUIO. ¡Cristo tu corazón conserve, Tito,
Te salve, tu inocencia protegiendo!
- TITO. ¿No dijiste que Cristo fortalece
Y anima el corazón con premio eterno
Para que resistir al infiel pueda?
- EUSTAQUIO. ¡Sí, Tito, sí; esperar de Dios debemos
Fortaleza, valor, firme constancia!
Él prometió asistir sus fieles siervos
En su martirio noble y glorioso.

He conocido a débiles y liernos
 Niños, mujeres, jóvenes, ancianos
 Que armados del poder de Dios vencieron
 Los trabajos, la muerte, con fe pura,
 Cual resplandor brillante del gran Febo,
 Llenando de pavor sus enemigos,
 Cercados de luz célica los vieron;
 Constantes y alegres estas tierras
 Dejaron y volaron a los cielos.
 Pero tú, Tito, escúchame cual debes:
 Adorar a los dioses no podemos.
 Mas podemos huir, Dios no lo niega;
 A otra parte, si quieres, nos iremos
 Antes que a un peligro tú te expongas.

TITO. Pero, padre, ¿por qué siempre temiendo
 Estás de mi valor? Si tú me inspiras,
 Oh Dios, este amor hacia ti, que cierto
 Él esté de mi amor. ¡Ay, padre mío,
 No sé ya qué decirte, lloro, ruego
 Y ofrezco a Dios mi vida . . .

EUSTAQUIO. ¡Hijo mío!
 (Al cielo) nuestra vida recibe cual don tierno,
 Que desde su niñez grato te ofrece.
 ¡Tú me haces feliz, y pronto el premio (a Tito)
 De Dios recibirás; mis esperanzas
 Colmaste y seguirásme al almo cielo!
 ¡Cuál será la alegría de los Santos,
 Al saber tu sagrado juramento
 Que primero morir antes que a Jove
 Adorar! ¡Victorioso entrar, es menos,
 En Roma con cautivos y con triunfos,
 Que contigo subir al firmamento,
 A do Cristo nos llama, do felices
 Y contentos seremos en su seno!

TITO. Así lo espero, padre, y que apresure
 Nuestro fin, y subamos a los Cielos.

(FIN DEL ACTO I)

Acto II

(La misma decoración que en el primer acto)

ESCENA I

Cornelio y Metelo

- CORNELIO. ¿Ves, oh Metelo, cómo la victoria
De Eustaquio convirtiéndose en propia ruina!
Él cristiano es: Adriano le condena
A muerte. Su valor, victoria misma.
Yo, amigo, exagerando, grande fiesta
En Roma preparé, do en aras ricas
Hiciese sacrificios a los dioses . . . !
- METELO. ¿Mas, crees que tu vida no peligra?
- CORNELIO. ¿Por qué razón?
- METELO. Quizás él se convierta
Regalando a los dioses sus primicias;
Y si logra salvarse de la muerte
Se vengará quizás de ti algún día,
Cambie quizás de religión y la vida,
Porque adorar a Júpiter él puede
Obedeciendo a Roma, aunque lo finja.
- CORNELIO. ¿No temas que a los dioses se convierta!
Mi rival tiene el alma endurecida;
Fe, fuerzas y valor a toda prueba
Cual todos los que siguen secta impía.
Añadiendo que Eustaquio ama mil veces
La religión y el culto que su vida.
No pienses, pues, adore a nuestros dioses
Siguiendo al gran Adriano o que lo finja,
Pues su ley y religión se lo prohíben.
- METELO. ¿Le condenará a muerte si averigua,
Si es cristiano? La muerte o sacrificio
Adriano mandará que Eustaquio elija:
Nunca atleta feroz será a tal prueba
Puesto, pues poco importa otra fe siga
Eustaquio.
- CORNELIO. Si le importa poco, a Roma
Cuidados da el tener la fe distinta,
Pues la ciudad impaciente ya espera

El sacrificio y fuerza es que le exija
 Adriano, y de Trajano sacras leyes
 Es forzoso también que de él lo pidan . . .
 Por ese lado viene el gran Adriano.
 Calla, y hoy hablaré cuando lo exija.

ESCENA II

Adriano y dichos . . .

- ADRIANO. Vé, Metelo, a buscar a Tito en el cuarto,
 Procura que contigo sólo venga (*vase Metelo*).
 Ora por fin entiendo, por qué Eustaquio
 Rehusa el hacer a Jove ofrenda
 Y también el honor: pues aunque de esto
 Sólo tengo temor, leve sospecha,
 Tú más que yo lo sabes; di, Cornelio,
 ¿A qué Dios él adora y su creencia?
 ¿Cierto es que ha prohibido con edicto
 Trajano el adorar esta fe nueva?
- CORNELIO. Tal delito jamás sospechar puedo
 De él. Para abandonar toda sospecha
 Podrás hablarle.
- ADRIANO. Quise le llamaran
 A Tito, que dirá la cosa cierta.
 ¡Que él, inocente, salga del delito,
 Que no puedo absolver, los dioses quieran!
- CORNELIO. ¿Cómo impune dejar tal crimen puedes
 Lo que obligó a Nerón derramar sangre
 De muchos que siguieron esta secta?
- ADRIANO. ¿Mas hácesme recordar aquel tirano
 Cuyos crímenes quieres yo cometa?
 A su madre mató con furor loco
 Y a su noble maestro, el sabio Séneca.
- CORNELIO. Si monstruo fué Nerón, gran Vespasiano,
 Fué bueno, su memoria aun se venera;
 Y sin embargo al Papa dió la muerte,
 De aquesta hidra herida la cabeza.
- ADRIANO. Saturnino su muerte fué quien quiso;
 Vespasiano siguió petición fiera.
 Tito fué aún más piadoso. Es alabada

Y querida de todos su clemencia;
Y permitió que en cuanto a ciertos cultos
Uno puede seguir el que más quiera.

CORNELIO. Si quieres, si permites que yo te hable
Con suma claridad y con llaneza
Con que te debo hablar, Señor . . .

ADRIANO. *(Interrumpiéndole)* Cornelio,
Tu intención y consejos manifiesta.

CORNELIO. Sé que Tito en verdad era piadoso
Y paz tuvo con ellos duradera.
¿Sabes qué sucedió? Muchos se hicieron
Discípulos y hermanos en la secta,
Que por la paz de Roma, Domiciano
Pareció ser de lúgubre miseria
Y furor hijo. Tito fué clemente,
Mas no tuvo justicia ni grandeza.
El ser clemente quieren los monarcas.
Faltas dejando impunes, no es clemencia
Para el que la justicia ama. ¡Las Leyes
Le acusan con rigor y claman éstas
Al cielo que es crueldad la bondad que usa!
Si Eustaquio fuese reo, le condenan
Las leyes de Trajano; tú de él eres
Un digno sucesor. Júpiter reina
Por ti en el firmamento, y tú por Jove
¡Glorioso y libre reinas en la tierra!
El mundo paz tendrá, si justas leyes
Culto sólo de un numen él tuviera.

ADRIANO. Dime, Cornelio, ¿Júpiter acaso
Nos mira desde el cielo do gobierna?

CORNELIO. Es cosa saludable para Roma
El que Jove nos mira todos crean.

ADRIANO. ¡Pero Eustaquio ayudó mucho al imperio!

CORNELIO. ¡Si es contrario a los dioses, él no presta
Ningún servicio a Roma con las armas!
Con el ejemplo hará que se conviertan
Muchos a su cristiana fe y culto;
Y de su fe añadiendo nueva prueba
A Roma dañará. Si, de Trajano
La ley y tu robusto brazo puedan

A muerte condenarle con justicia,
 No temas que algún hombre se atreva
 A rebelarse contra sacros dioses,
 Y verás cómo todos te respetan.

ESCENA II

Metelo, Tito y dichos

ADRIANO. En el vecino cuarto espera, y vuelve (*a Cornelio*),
 Cornelio, aquí después de poco tiempo. (*Vase Corne-
 lio*)

TITO. ¡Dios mío! confortadme con la gracia
 Y no permitáis falte al juramento!

ADRIANO. ¿Y quieres a tu padre?

TITO. Señor, mucho.

ADRIANO. ¿Sabes que rehusó los ricos premios
 Y hacer no quiso a Jove sacrificios?
 Di: ¿por qué del honor que yo le ofrezco
 Se privó?

TITO. No rehusa tus honores;
 Mas su triunfo a los dioses ofrecerle
 Detesta . . .

ADRIANO. ¿Qué dijiste?

TITO. No lo creo
 Que su triunfo se debe al Jove vuestro,
 Pues ni favorecerle Jove puede.

ADRIANO. ¿Y a quién, pues, lo debió?

TITO. Al Dios verdadero.

ADRIANO. ¿Acaso no lo es Jove? ¿No ves cuántos
 Despojos del contrario en sacro templo
 Están puestos cual prendas de su fuerza?
 Tú eres joven, tu corto pensamiento
 Quizás ignore cómo nació Roma,
 Y cómo los romanos siempre ardiendo
 En guerras y triunfando, sujetaron
 De Europa, Asia, África los cetros;
 Y siendo belicosos, a los dioses
 Obedecen, no obstante, aquestos pueblos.

- TITO. El origen de Roma y los combates
De sus hijos no son para mí ajenos.
- ADRIANO. Luego también no ignoras, Tito amado,
Quiénes son Escipiones y Metelos,
Los Emilios, los Césares, los Fabios,
Los Silas, los Calpurnios y Pompeyos.
- TITO. Lo sé, señor.
- ADRIANO. Sin duda tú bien sabes
Que Júpiter por dios reconocieron,
A quien le deben todas sus victorias!
¡Es ceguedad y error de entendimiento!
¿Por qué guerreros célebres erraron?
- TITO. Niño soy y explicártelo no puedo.
Mi padre, si tú quieres, descubrirte
Podrá de tu creencia el culto ciego.
- ADRIANO. Por ti, ni por tu padre, de las cosas
De vuestra religión instruirme quiero.
La obediencia tan sólo quiero, Tito.
- TITO. Esta siempre, señor, al trono debo;
Mas no en cosas que nuestro Dios prohíbe.
- ADRIANO. ¿Cuáles son?
- TITO. Adorar al Jove vuestro . . .
- ADRIANO. ¿Por ventura se envidian nuestros dioses?
- TITO. ¡Hay un Dios inmortal y solo! Jove,
Si existió, fué mortal.
- ADRIANO. Sí, pero fué hecho
Inmortal superior a los mortales.
- TITO. ¿Y quién lo hizo? ¿Poder tenía inmenso?
- ADRIANO. ¿Tal me hablas, y no temes mi venganza?
¿No piensas que segar puedo tu cuello?
- TITO. ¡Aquí, Adriano, me tienes preparado!
Huir yo de tu cólera no puedo,
¡Y aun si pudiese nunca lo quisiera!
Ofrezco mi cabeza a tus guerreros,
Y tú mismo si deseas, ¡oh gran Adriano!
¡Rompe el corazón mío con tu acero,
Abre mis tiernas venas, y mi sangre

Derrama, sí, derrama en este sueco!
 ¡Mas no pienses mi frente yo doblegue
 Ante tus locos dioses embusteros!
 A ti sólo, Señor, sólo te adoro

(Mirando al cielo):

Por ti valiente estoy, por ti me muero.
 ¡Y tú, conoce en esta mi confianza

(a Adriano)

A mi Dios y al de siglos venideros!

ADRIANO.

A tu juventud perdono tu delito.
 ¡Vive, Tito, pues puedes; serás luego
 Un hombre poderoso de mi corte!
 Adora a Jove. ¿Quieres tener premios
 Honores y riquezas?

TITO.

Señor, mucho.
 Celestiales riquezas tanto quiero
 Que por ellas detesto tus livianas.
 Amo a Dios, que feliz, rico y contento
 Puede hacerme: por eso lo rehuso
 Cuanto me das y a Jove no venero.

ADRIANO.

Mas prometiste ser fiel a mi trono.

TITO.

Y de nuevo, señor, te lo prometo;
 Aquí tienes a Tito que desea
 De su padre seguir nobles ejemplos.
 Y siempre se dispone obedecerte.
 ¡Ojalá te mostrase el blanco acero
 Cubierto de despojos enemigos!
 Y cual mi padre, hacerte ver mi pecho
 Cubierto de gloriosas cicatrices . . .

ADRIANO.

¿Y por qué no me guardas juramento?
 ¿Rehusas adorar a nuestros dioses?

TITO.

No lo quiere Dios.

ADRIANO.

Eres mi guerrero,
 Como lo soy de Júpiter: luego eres
 Soldado de mi dios.

TITO.

Señor, no puedo
 Vasallo suyo ser, ni tú tampoco.
 No me hables de Júpiter. Resuelto
 Estoy a perecer si tú deseas.

ADRIANO. Bien. Morirás con pena y tormento,
Que tú mereces, para que los dioses
Se aplaquen y que cause horros tremendo
Al duro corazón del loco Eustaquio.
Por fin: ¿la muerte escoges o los premios?
Escoge lo que quieras: mas medita
Lo que a tu corazón es más acepto.

TITO. A Dios amo; y temer o amar las cosas
Fuera del verdadero Dios no debo.

ADRIANO. ¿Pero amas a tu padre?

TITO. Mucho le amo.
Con él, a mi Dios fieles, morir quiero.
Y en el cielo de paz dulce y eterna
Mi padre y yo dichosos gozaremos.
Héla aquí mi respuesta: Jove es nada;
Es un ídolo vano. Así le niego
Los debidos honores: hay un Dios sólo.

ADRIANO. Ven, y a su padre vuélvele, Cornelio;
Mas habla con él antes. De sus vidas
Ni medios, ni esperanza incierta tengo
Si no vences, como quiero, al padre;
Retírate después a mi aposento.

ESCENA IV

Cornelio y Tito solos

CORNELIO. ¡Oh, Tito, sálvete el insigne Jove! . . .

TITO. De nuestro Dios la salvación espero.

CORNELIO. El Dios que más le guste, mi buen Tito,
Pero . . . ¿por qué te turbas? Soy Cornelio,
El fiel amigo de tu caro padre.
Ay, Tito, tu peligro mucho siento,
Y mucho más tu muerte . . .

TITO. Lo que temes
Es ciertamente lo que yo deseo.
Y lo que es para mí dulce esperanza,
No debe ser para ti torpe miedo.

CORNELIO. Háblame claro. El corazón rebosa
De amor para contigo y de contento.
Adriano con su gracia me enaltece,
Y si deseas, aun salvarte puedo.

- TITO. Este favor, Cornelio, no me hagas
Y el cielo te conceda justo premio
Al amor que, según dices, nos tienes
- CORNELIO. ¿No temes el furor de Adriano nuestro?
- TITO. No, Adriano sólo puede darme muerte;
Pero la cruda muerte sólo anhelo.
¿Cómo querrás, pues, que su saña tema?
- CORNELIO. ¡Digno descendiente, noble, excelso,
De esclarecidos padres y valientes!
En tu virtuoso corazón contemplo
La firmeza y valor de tus mayores,
Antepasados nobles y guerreros;
Alabo tu constancia, libre siga
El corazón su Dios y su deseo;
Consiga gloria quien a nada teme,
Quien todo lo supera fuerte, intrépido.
- TITO. Bien aconsejas, pero mal arguyes;
Sigo tu parecer, pero detesto
Tus racionios. Vuélveme a mi padre . . .
Quizás me busca.
- CORNELIO. Viene ya, te dejo.

ESCENA V

Eustaquio y Tito solos

- TITO. ¡Querido padre!
- EUSTAQUIO. ¿Qué haces, hijo mío?
¿Por qué estás con Cornelio? ¿Por qué andando
Estás por estos sitios?
- TITO. Padre mío.
Todo te lo diré: me ha llamado
Nuestro Metelo, y me ha dejado a solas
Con el gran Adriano.
- EUSTAQUIO. ¿Sólo con Adriano?
- TITO. Él sólo estaba; pero Jesucristo
Me acompañaba a mí: su nombre santo
Invoqué al presentarme en la presencia
De nuestro Emperador.
- EUSTAQUIO. ¡Criador amado,
Rige su corazón en la escabrosa
Hosca senda do sigue caminando!

- TITO. Preguntóme por qué tú rehusabas
Sacrificar ante Jove soberano:
Le contesté que la victoria tuya
Se debía al gran Dios de los cristianos.
- EUSTAQUIO. ¿Mas qué te ha dicho?
- TITO. Quiso convencerme.
Que el impúdico Jove es soberano
Y que innúmeros dioses hay propicios.
Yo lo negué, y por fin me ha amenazado
Darme la muerte. La esperaba alegre;
Mas sentía morirme sin tu abrazo,
Sin entregarte mi postrer suspiro.
Ora ya no sería desdichado,
Pues con tus tiernas súplicas y ruegos
Dios me daría venturoso lauro.
- EUSTAQUIO. No permita Jesús que me separe
De ti sin abrazarte, Tito caro.
¿Nada más preguntóte? ¿Por fin, hijo,
Adriano te dejó plácido y salvo?
- TITO. Mira, querido padre, me parece
Que estás meditabundo y disgustado.
Yo temo que mis culpas se me opongan
A penetrar en el lugar sagrado
Do mora celestial el alegría
Do no se siente el mísero quebranto . . .
- EUSTAQUIO. No temas; a Jesús en don ofrece
Tu placentera vida, y pecho casto
Por tu padre, que triste se arrepiente.
- TITO. Que Dios acepte mi infantil regalo . . .
¡Ah! ¿Por qué, padre, tu alma faz se turba,
Corre por tus mejillas triste llanto?
Testigos son los cielos venerables
Que me porté con ánimo esforzado
En presencia de Adriano.
- EUSTAQUIO. La memoria
El corazón me turba de los años,
Cuando en oscura noche y tenebrosa
Vivía envuelto en míseros engaños
Del ciego paganismo. Noche oscura
Que cubrió a Roma con su negro manto.

Yo también, yo seguí fatales huellas
 Doblando mi cerviz a dioses falsos.
 ¡Oh Dios santo, del mísero perdona
 Torpe infidelidad! . . . recibe en tanto
 Mi humilde corazón que hoy se renueva.
 ¡Perdona, oh Dios, a un hijo desgraciado
 Que inocente es del crimen de su padre
 Sumido en ciego error y necio engaño!
 Tú mismo nos prometes que bondoso
 Perdonarías penitente humano
 Que se arrepienta y que un olvido eterno
 Las culpas cubrirá que borra el llanto.

TITO. Espero, padre, que el bondoso Cristo
 Me reciba en la gloria de los santos,
 El mismo enciende plácida esperanza
 En mi inocente corazón cristiano.

EUSTAQUIO. Su voluntad santísima, oh mi Tito,
 Hágase en nuestras vidas. Quizá Adriano
 Doblegar mi valor constante espera . . .
 Mas a su fe y su Dios fiel será Eustaquio.

(FIN DEL ACTO II)

Acto III

ESCENA I

Flavio y Claudio

FLAVIO. ¡Ay, Claudio; ay, amigo; tú no sabes
 El agudo dolor que el pecho veja!
 Imploro tu consejo: tus palabras
 Quizás del pecho desterrar pudieran
 Los horribles combates que tramara
 La suerte de mi padre. Claudio, sepas
 Que mi padre aun existe y vive en Roma,
 Y triste muerte le amenaza fiera.
 ¡Oh dioses, socorredle!

CLAUDIO. ¿Qué me dices?
 ¡Por ventura hoy a tu padre encuentras,
 Al padre que buscabas por los mares!
 ¡Oh cielos! ¿Dónde está, que verle pueda?

FLAVIO. ¡Ay! no lo creerás: él es, Eustaquio . . .
 Mi padre, y su hijo soy . . . ¿qué me aconsejas?
 ¿Descubriréle acaso que soy su hijo?
 O ¿evitaré por siempre su presencia?
 Corre por la ciudad que él es cristiano,
 Y Adriano no lo ignora. Muerte cierta
 Tiene mi padre, triste y desgraciado.
 Soy feliz, por tan fúlgida nobleza
 Y por tener un belicoso padre . . .
 E infeliz, pues la muerte le rodea.
 Expuesta veo su gloriosa vida:
 ¡Ay! ¿por qué, oh cruel desgracia, me atormentas?
 ¿No toleré ya tu pesada mano?
 Mas, ¡ay! ¿y si él muere? mas no quiera
 Adriano condenarle. ¿Es honroso
 La muerte recibir, cuando en la guerra
 Su generosa sangre ha derramado
 Por defender nuestra imperial diadema?
 ¿Y es de un emperador acaso digno
 Dar a Eustaquio tan necia recompensa?
 No; mil veces no. ¡Tito es mi hermano!
 ¡Oh! cuál ruge en el pecho la tormenta
 Que el sordo hado inexorable lanza!
 En vez de la alegría, la agria pena
 El corazón devora. ¿Por qué, padre,
 Con terribles castigos me atormentas?
 ¿No te amé? ¿Te ofendí? Di, Tito fiero,
 ¿Qué te hice, porque ser cristiano quieras?
 ¿Podré esperar que al conocerme Eustaquio
 Adorara a Jove? ¡Ah! si pudiera
 ¡Salvarle! Claro no lo veo, Claudio;
 ¡Dioses! ¿Qué debo hacer? ¿qué me aconsejas,
 Amigo?

CLAUDIO. ¿Qué deseas que te diga?
 Acaso tienes las seguras pruebas *
 Y engañarte no pueden los indicios
 Que el pasado veloz poco recuerdan?

FLAVIO. Escucha, Claudio, y por ti mismo juzga
 Si conocerle debo. ¿No te acuerdas

* "Aseguras", sic. Corrección: seguras.—Ed.

Que en las orillas de un aciago río,
 Después de atravesar inculta selva,
 Me separé de mi querido padre?
 ¿Te acuerdas bien de que mi edad tan tierna
 No era de más de un lustro? Pues bien, Claudio,
 Con agudo dolor Eustaquio cuenta
 Esto de su hijo a Fausto, y me lo dice
 Fausto también a mí duda no queda:
 Su relación, sus hechos, su memoria
 De que es mi padre claros me comprueban.
 Y recordando su pasada vida
 A Tito, el noble Fausto con tristeza
 Los sucesos pasados refería.
 ¿Aun dudar podré, Claudio, si es cierta
 Esta esperanza que devora el pecho?

CLAUDIO. Si Fausto la verdad pura te cuenta
 Y también él, serás tú ciertamente
 Su hijo. Mas, Tito, por ahora piensa
 Y trata de salvarle. Yo comprendo
 Qué afectos en tu pecho se despiertan
 Para hacerte la guerra. Mas escucha:
 Yo quisiera que a ti mismo te vengas
 Ocultándote. En esto, amigo Flavio,
 Su dulce salvación sólo se encuentra.
 Eustaquio creo que amará la vida,
 Cuando de su hijo la existencia sepa.
 Débesle descubrir que su hijo vive
 Y vive en Roma; pero que obedezca
 Al mandato de Adriano y verá entonces
 Al hijo. Corazón y heroica fuerza
 Le faltarán para llevar el peso
 Del amor paternal y el ansia inmensa
 Oprimirán el dulce y noble pecho
 De un padre y doblegada su dureza
 Con gusto adoraría a nuestros dioses.
 He aquí lo que mi alma te aconseja.

FLAVIO. ¡Ay, Claudio, cuán pesado es tu consejo,
 Más duro que el acero y que la piedra!
 ¿Cómo quieres que yo, infeliz, oculte
 Que soy su hijo? ¡Ah! en vano, esperas
 Que de mi amor filial obtenga tanto.

¿Flavio disimular que su hijo sea,
 Cuando el objeto encuentra de sus ruegos?
 ¿Que su amor paternal, no mi alma, venza
 Amor de un caro padre en tal peligro?

CLAUDIO. Su peligro enfrenar tu amor debiera
 Por salvarle del trance malhadado.
 Yo contigo estaré, y esta contienda
 Del amor sostendrémosla nosotros
 Y de afectos internos dura guerra.
 Que del amor vencido el noble Eustaquio
 Será, mi corazón constante espera.

FLAVIO. Seguiré tu consejo, y me preparo,
 Claudio, para tan cruel y cruda empresa,
 Como tú quieres. Si ceder rehusa,
 Firme permaneciendo con dureza
 En su opinión, oh Claudio, dime:
 ¿Qué será mi esperanza lastimera?

CLAUDIO. Esto no temo. De ello estoy seguro;
 Ten ánimo, virtud recobra y fuerza.
 Mira que tu valiente padre viene
 Por esta parte presto ya se acerca.

ESCENA II

Eustaquio y los dichos

EUSTAQUIO. Quizás sea el postrero aqúeste día . . .
 Mas . . . el gusto de veros he tenido.

FLAVIO. ¿Qué dices tú, señor?

CLAUDIO. Esto no temo,
 Pues en esta ciudad están contigo
 Tus fieles siervos. Mas ¿qué hacer deseas
 Por qué quieres un daño tan prolijo?
 ¿Qué a rehusar de Adriano los mandatos
 Te obliga? Te he, cual cuerdo, conocido,
 Y por qué de este modo obras ignoro.

EUSTAQUIO. Debo, Claudio, si tengo sano juicio
 No obedecerle y tolerar constante
 Hasta la muerte aquel feliz castigo.

FLAVIO. ¿Y constancia es armarte contra el César,
 Contra Roma y los dioses que propicios
 Siempre manifestáronse a los hombres?

¿No quieres el augusto sacrificio;
 Y no temes la cólera de Adriano?
 ¡Ah! perdona a mi amor, general mío . . .
 Tú que estás adornado de mil dones,
 ¿Quieres mostrarte cual ingrato hijo
 A Júpiter; rebelde al mandamiento
 De nuestro Emperador; cruel a ti mismo?
 ¿Y podré yo decirte lo que a Fausto
 De tu triste historia has referido?
 ¿No sientes, por acaso, las desgracias
 Que te ha causado el haber seguido
 Un nuevo Dios desconocido en Roma?
 ¿Él te sustrajo del feroz castigo
 Con que el airado Júpiter te oprime?
 Tu paternal riqueza se ha perdido;
 Condenado a que salgas de la patria,
 Anduviste vagando en otro sitio
 Do manejaste la afrentosa azada
 Ofreciendo a los hombres dulce trigo,
 Mientras el duro arado el buey tiraba.
 También no ignoro cómo un querido hijo
 Perdiste en apartado bosque . . .

EUSTAQUIO.

¡Basta!

Flavio. ¿Por qué a un padre dolorido
 Reclamas la memoria tan acerba
 De aquel lance más fiero que un suplicio?
 ¿Quieres serme cruel, cuando te he amado
 Como ama un padre a su querido hijo?
 Mas, ¡ay! recuerdo con tu nombre sólo
 A mi hijo. Mas no fué ningún castigo
 De vuestros falsos dioses mi desgracia.
 Tú, mi Dios, oh Señor, Tú, Jesucristo,
 Tú castigaste mis pasadas culpas,
 Porque yo en otro tiempo ciego, mísero,
 Tu prepotente ser no conocía;
 Mas en tu ira benévolo, benigno
 Fuiste, Señor. Yo fuí también de dioses
 Falsos adorador del ímpio rito.*
 No rehusó acordarme de los yerros

* *Ímpio*, en *Cult.* Creemos que el metrificador ha aplicado a la palabra la licencia poética de reducirla a dos sílabas: *ímpio*.—Ed.

Que me arrojaron en aquel abismo
 De densas nieblas y de horror cubierto.
 Mostróme Dios su luz de claro brillo
 Y abracé su doctrina, me arrancando
 El repugnante velo que he tenido.
 Entonces conocíle y con el nombre
 Las costumbres mudé; y tesoros ricos,
 Pingües ganados, fértiles campiñas,
 Heredades y campos mil fructíferos
 Quitóme Dios. Errando largo tiempo
 Lejos de Roma estuve. Un caro hijo,
 Que seis años tenía, en las orillas,
 —¡Memoria acerba!—abandoné de un río;
 Yo quería probar el ancho vado,
 Y de las aguas arrastrado he sido . . .
 Socorrerle no pude. ¿De qué sirve
 El que me acuerde del querido mío,
 Si Dios el fausto día me apresura
 En que le vea en el dichoso asilo?

FLAVIO. Este hijo, que piensas ser difunto,
 Vive y en Roma vive. Pues él mismo
 Cuenta el triste suceso que nos dices;
 Duda no existe que él sea tu hijo;
 Que un pastor le librase de la muerte,
 Quiso la voluntad del Dios propicio.
 También se llama Flavio, conocémosle:
 Si quieres verle, augustos sacrificios
 Ofrece y a los dioses reverencia.

EUSTAQUIO. ¿Cuentas la verdad? ¿Vive mi querido
 Hijo? ¿Conócesle? ¿Podré creerte?

CLAUDIO. Te dice la verdad, y así yo digo
 Que él es tu hijo, si repite Fausto
 Tus palabras fielmente.

EUSTAQUIO. ¡Dios benigno!
 ¡Qué escucho! ¡Cielos, socorredme! Y vive . . .
 ¡Decid en dónde, amados! ¿en qué sitio
 Mi hijo está?

ESCENA III

Adriano, Cornelio y dichos

- ADRIANO. ¡Idos pronto, y que Eustaquio permanezca!
(a Flav. y Claud.)
 Mira en qué situación estoy, Cornelio,
 El campeón más intrépido de Roma
 Niega la ofrenda a Júpiter excelso.
- CORNELIO. Señor, sé tu clemencia y su delito.
- EUSTAQUIO. Ningún delito, culpa o error tengo
 Por quien usar él su clemencia deba.
- ADRIANO. Cumple el mandato y el odoro incienso
 Al sacro Jove complaciente ofrece.
- EUSTAQUIO. Si es delito rehusarlo cual lo quiero,
 Condénenme a muerte vuestras leyes.
 He vivido bastante; y mi deseo
 Es descansar tras penas y fatigas
 Y una tranquila paz. Sólo tu acero
 Me la concederá. Del noble trono
 En mi vida mostréme su guerrero;
 En paz y en guerra, rígido, incansable
 Al hostil hierro preparé mi pecho.
 Si en las lides expuse mi existencia,
 De Tito y Trajano bajo el cetro,
 Luchando con valor y en el combate
 Derribando a peones y a guerreros;
 Si mis heridas derramaron sangre
 En esta guerra con invicto esfuerzo
 De donde vuelvo vencedor, triunfante;
 Por la fe que a mi Dios jurado tengo,
 Dios infinito, sabio, omnipotente,
 De fortaleza igual armarme debo
 Por sangre derramar sufrir la muerte.
 Señor, ¿dónde está Tito, ese guerrero
 A quien tanto serví con mis espadas
 Durante mis primeros y años tiernos?
 Augusto Emperador, ¿dó, está Trajano?
 Ese español que desde mi destierro
 Me escogió para sujetar los Partos,
 Para salir del Lacio, fuerte y clásico,
 Para vencer penosos duros viajes,
 Para atravesar cálidos desiertos,

Para habitar inhospitables tierras.
 Exponiendo la vida a los sucesos
 Crueles de tan difícil guerra? ¿Dónde,
 Señor, están? ¿Podré esperar un premio
 O algún socorro a mis cansados años?
 Y tú, señor, a quien en Roma encuentro
 Del gran Trajano sucesor glorioso,
 A quien monarcas bárbaros presento
 Del metal afrentoso bien ceñidos;
 Pueblos, que desconocen el imperio
 Del águila romana, hoy de tu trono
 Tributarios ya son y prisioneros;
 ¿Qué galardón en la futura vida
 Me puedes prometer? Si conociendo
 Que mi existencia es breve, la paz busco,
 ¿Me puedes conceder un digno premio?
 Si eres agradecido a mis victorias,
 ¿Le puedes prometer un lauro eterno
 A mi valor, que fué tan fiel al trono?
 Un sacrificio del profano incienso
 Con que tú quieres que mi fe ultraje
 A vuestro impuro Júpiter lo niego.
 El Dios omnipotente inmortal lauro
 Me lo promete y con un reino eterno.
 ¿Cómo invocar en vuestro Capitolio
 Un vano nombre que en el fiero estruendo
 De los combates no me fué propicio?
 A mi Dios invoqué, y en el momento
 Conmigo estuvo contra fieros Partos;
 Y a do iba seguía el triunfo presto.
 ¡En su nombre vencí a tus enemigos!
 Este solo Señor con el incienso.
 En la cumbre diré del Capitolio;
 No siendo ya Él, a Júpiter desprecio . . .

ADRIANO. ¿En qué Dios piensas? Sábese bastante
 Que el hombre a quien adoras era reo,
 Y los mismos judíos le mataron.
 ¡Jerusalén, sí, contemplóle muerto!

EUSTAQUIO. Comprender no puedes de qué modo
 Él mortal era, si tu oscuro pecho
 La luz divina no ilumina bella.

Pero ¿no sabes que vengó el Eterno
 Su nombre en los hebreos miserables,
 Con tal venganza que al mundo entero
 Llenó de espanto? Y, señor, nosotros
 Si no lo ignoras y soldados nuestros
 Fuimos la ira y furor de sus venganzas.
 Acuérdate, señor, de aquel suceso,
 De aquella guerra que llenó de espanto,
 Con la cual asolamos aquel reino . . .
 Un millón y cien mil de los judíos
 La dura muerte miseros sufrieron:
 Unos por hambre, otros por espada,
 Aquéllos por las fieras perecieron.
 De la divina furia vengadora
 Bastante fe prestaron tantos muertos.
 Este mismo, señor, el mismo Cristo
 Le predijo tan lúgubre suceso.
 Tú, señor, y yo estábamos con Tito
 En aquel siempre memorable asedio . . .
 No es romana crueldad ni furor loco
 Sino de la justicia un gran ejemplo.

ADRIANO. Esto fué un tiempo, y no conviene
 Recordar una guerra que yo creo
 La memoria de Tito mucho ofenda.
 Tú eres romano y de Roma es deseo
 Que honres a nuestros dioses.

EUSTAQUIO. Soy cristiano.

ADRIANO. ¡Luego de la infeliz muerte eres reo,
 Y la ley de Trajano te condena!

EUSTAQUIO. A la sentencia conformarme quiero;
 Pronto estoy a morir y mi dulce hijo.

ADRIANO. Supiste siendo intrépido, guerrero
 A otros dar muerte con valor terrible,
 Y sufrirás con valor el mismo efecto . . .
 Pero de tu hijo gritará la sangre,
 Pidiendo cruel venganza . . .

EUSTAQUIO. No la temo.
 Soy para mi hijo padre bondadoso.

ADRIANO. De mi palacio no saldrás tan presto,
 En los últimos días que te quedan
 Sino para ofrecer el suave incienso

O para perecer. A tus soldados (*a Cornelio*)
 Y a ti lo fío; guárdale, Cornelio.
 Mas tú entretanto delibera y toma
 Digno de tus virtudes un consejo.
 Vé y vuélvete mudado de lo que eres
 Para cumplir más pronto mi deseo.

EUSTAQUIO. Otro del que ahora soy en vano esperas
 Verme, Adriano, de un modo tan violento.
 No, no verás infiel a Dios a Eustaquio,
 Al que supo vencer muchos guerreros;
 Ni me verás en las impuras aras
 De vuestros falsos dioses ofreciendo
 Incienso a Jove por temor villano.

ADRIANO. Retírate por hoy, y piensa un momento
 Que la obediencia y sumisión me debes:
 Tus atrevidos locos pensamientos
 Con que ultrajas a César y a los dioses
 Por tu invicto valor te los concedo;
 Pero, si tenaz eres, mi clemencia
 Es igual a mi cólera.

EUSTAQUIO. No temo.
 No, tu furor, ni compasión imploro.

ADRIANO. Soldados, custodiadle al momento.

EUSTAQUIO. No temas que me escape; Dios me guarda
 Mejor que los soldados del imperio (*váse*).

ESCENA IV

Adriano y Cornelio

ADRIANO. (*Aparte*—Ceñido de laureles está Adriano,
 De flores y en un trono colocado;
 Pero vese en la dura alternativa
 De condenar a su guerrero caro
 O de absolverle, pareciendo flojo.)

CORNELIO. ¿No conozco, señor, por qué al culpado
 Le retardas la muerte! Su respuesta,
 Tan soberbia como imprudente, acaso
 No digna a tu valor, pues tal locura
 Es indigna de un hombre tan sensato.

ADRIANO. ¿Cuántos de la ciudad saben que adora
 A otro creado dios imaginario?

- CORNELIO. Sábelo la ciudad toda.
- ADRIANO. Quisiera
A su valor no parecer ingrato
Y a su fidelidad, por quien yo reino.
- CORNELIO. (*Con ira*) ¡A su fidelidad y valor falso
Su presente impiedad bastante eclipsa!
Desobedece Eustaquio tus mandatos,
Y la ley sigue que aborrece Roma.
Los padres del imperio, los romanos
Que atribuyen a Jove su alto triunfo,
Ni cruel te llamarán, ni rey ingrato,
Pues en los númenes augustos creen
No a aquel Cristo a quien adora Eustaquio . . .
Mira que cuanto más le amenazas
Tanto menos te teme ese malvado.
Y Roma en tanto impaciente espera
Ver si defiendes los edictos sacros
Del gran Trajano, y que respeto encierra
Tu noble pecho a nuestros dioses santos.
Roma cree que Jove la protege
Y la defiende en el imperio vasto;
Así, sumisa, a nuestros dioses ama,
Y ama y respeta a los dioses tanto . . .
- ADRIANO. Por esto hele a Eustaquio prohibido
Que salga fuera de mi gran palacio,
Si acreedor a Jove no conoce
De las empresas cien gloriosos lauros.
- CORNELIO. Jamás lo hará; mas tengo un medio sólo
Para obtener que siga tus mandatos.
- ADRIANO. ¿Cuál?
- CORNELIO. Condénale a muerte al niño Tito,
Y tu ira temerá con gran espanto,
Pues cegado y burlándote, se cree
Que no será jamás él condenado,
Y entonces temerá, cuando el efecto
De tu furor él vea.
- ADRIANO. Ejecutarlo
Has tu mismo consejo y que hoy fenezca (*váse*).
- CORNELIO. Mi consejo entendió mal; entre tanto
Por obra lo pondré. Al ver su muerte,
Se afianzará en su opinión Eustaquio.

Acto IV

ESCENA I

Cornelio y Metelo

CORNELIO. No, no queda ya efugio para Eustaquio,
Pues cuanto más Adriano le amenaza
Tanto en su voluntad está más firme,
Y por nos afrentar con soberbia habla
Y a nuestros dioses; muerte deseando
Acusa que los hombres la retardan.

METELO. Mas cuando vea que no son en vano
Del César las airadas amenazas,
Tal vez la muerte que para él desea
Infúndale temor al contemplarla.

CORNELIO. Induje a Adriano darle muerte a Tito;
Saldrá quizás la cosa muy contraria:
Mi opinión te diré yo francamente,
Cuando para explicarla tiempo haya.
Por ahora tardar no me conviene:
A Tito le daré a fieras airadas,
Porque estos espectáculos al pueblo
Le gustan y quizás su autor alcanza
Por ellos nuevo mérito y laureles.
Muerta una vez del padre la esperanza,
Con nuevas ansias buscará la muerte
Y más, le culpará si la retardan . . .

METELO. ¿Sabe Eustaquio la muerte de su Tito?

CORNELIO. No la sabe: él morir no lo rechaza.
De su prisión le sacaré, Metelo;
Tomaré de su padre mi venganza,
Y de esta suerte burlaré del padre
La siempre recelosa vigilancia.

ESCENA II

Flavio y dichos

FLAVIO. ¿Cornelio, por piedad permite que hable
Con Eustaquio! ¿Me niegan tus soldados
La entrada en sus terríficas prisiones!

CORNELIO. Pues humilde lo pides, de buen grado
Te lo concederé. Por un momento
Espera que lo saquen de palacio.
Ven, Metelo, acompáñame si quieres
Para cumplir las órdenes de Adriano.

ESCENA III

Flavio solo

FLAVIO. ¡Oh destino feroz! ¡Oh Roma ingrata!
Que así atormentas al guerrero invicto
Que por tu bien campea en los combates.
¿Por qué tu cólera he merecido?
¡Nación ingrata! . . . ¡Miserable pueblo . . . !
Si regís, ¡dioses sumos!, los destinos
De los mortales en aquesta tierra,
¿Por qué soy infeliz con el castigo?
¡Otro premio esperaba de mis obras!
¡Infeliz padre de un hermano mío! . . .
¡Lágrimas tiernas, ablandad de Eustaquio
El corazón de mármol y granito!
¡Oh! ya viene: propicios, almos cielos,
Compadeceos de un guerrero mísero!

ESCENA IV

Eustaquio y Flavio

EUSTAQUIO. Aquí, aquí me tienes, Flavio mío . . .
¿Qué me quieres? ¿Por qué . . . no estás contento?

FLAVIO. ¡Tú, morir quieres y arrastrar contigo
A Tito! ¿Por qué, pues, del desconsuelo
La causa me preguntas? ¡Estás firme
En tu mísero y triste pensamiento!
¡Tú, perder quieres al pequeño Tito;
A aquella gloria que con grande esfuerzo
Y con invicto brazo has conquistado
A tus contrarios bélicos venciendo . . . !
¡Las lágrimas no son para un valiente;
Mas vence el llanto un corazón de hierro!

EUSTAQUIO. ¡Ay! si me amas, no quieras, caro Flavio,
A atormentar mi corazón paterno!

En paz déjame, deja que el triunfo
 Concluya en un pacífico sosiego.
 ¡Cuánto quisiera que mis pasos sigas
 Tú, que en las lides con valor guerrero
 Seguiste el tremolar de las banderas
 Y de las armas el rumor y estruendo!
 Si me seguiste por buscar ciudades,
 También debes seguirme a un reino eterno . . .

FLAVIO. Te amo con el amor de un hijo amante;
 Mas ¿contigo perezca es tu deseo?

EUSTAQUIO. No digas que me quieres, porque agravas
 Mi dolor! mientras pobre te contemplo
 Que careces de un bien eterno y puro . . .
 Pero no finjas un amor ajeno.

FLAVIO. No finjo, señor. Júpiter excelso
 Atestigua del pecho la pureza
 A quien consume del amor el fuego.
 Mas si de ti piedad no tienes; Tito
 Morirá sólo por tu cruel deseo.
 También perecerá tu mayor hijo
 Al que, si accedes, descubrirle puedo.
 Mas para no morir a vuestros ojos
 Le oculto.

EUSTAQUIO. Y ¿es amor? no; que es tormento.
 Y engaño fabricado por vosotros
 Para mitigar mi corazón paterno.
 Bastante tu valor conozco, Flavio.
 Y tu piadoso amor te lo agradezco.

FLAVIO. Ni engaño es, ni conoces todavía
 Mi amor que a tu persona sólo tengo.
 Mas di ¿quieres morir sin ver a tu hijo,
 Sin decir nada ni el adiós postrero?
 Si a él y a mí nos amas ciertamente,
 Muéstramelo y verás mi pensamiento . . .
 ¿Lloras? . . . ¿Por qué tu rostro vuelves? . . . ¿dime? . . .
 ¡Querido padre! Aquí en mi triste pecho
 Encuentras un filial amor. ¡Soy Flavio!
 ¡Soy el que sufre sin igual tormento!
 ¡Piérdeme o sálvame contigo, Eustaquio!
 Si me quieres salvar, iré contento . . .

- Llévame a Tito, a mi querido hermano,
 Pues convencerle y abrazarle quiero
 Ya que tu corazón es inflexible . . .
- EUSTAQUIO. ¡Oh! ¿Quién, Dios, tus altísimos secretos
 Sondear puede? Me volviste a mi hijo,
 Y lo debo a tus célicos decretos.
 Pero si al seno de su padre vuelve,
 Dios eterno, condúcele a buen término;
 Para gozar de tu dichosa gloria.
 Muda su corazón y sentimiento
 Para que sea Flavio también tu hijo.
 ¡Oh! tu faz me hace recordar objetos
 Tiernos objetos a mi mente gratos.
- FLAVIO. ¡Oh padre mío! Cuando te encuentro,
 También te pierdo en el instante mismo . . .
 ¿Puedes sufrirlo? Fausto sin saberlo
 Uniónos; y ¿querrás morir ahora?
 ¿Separarte de mí quieres de nuevo?
- EUSTAQUIO. Dios fué quien nos unió, querido Flavio,
 En mis días pacíficos postreros,
 Y tú podrás estar unido siempre
 A tu hermano y a mí, Flavio, en el Cielo.
 Que en esta vida, fugitiva y vana,
 Has olvidado que en tu tierno pecho
 De religión cristiana, en tierna infancia,
 Aprendiste los dulces sentimientos.
 Las primeras ideas, que en tu mente
 Fueron escritas, son del verdadero *
 Criador. Créeme, Flavio, cree a un padre:
 Felice vivirás, dulce y contento,
 Si siguieres las célicas doctrinas
 De nuestra santa religión. Confieso
 Que en mi robusta edad dejé los dioses,
 Creyendo en las doctrinas del Eterno.
 También cristiana fué tu cara madre . . .
- FLAVIO. ¿Do está mi madre, porque verla quiero?
- EUSTAQUIO. Terminó felizmente su existencia,
 Dando fiel testimonio al Dios eterno.

* El texto de *Cult. Soc.* dice: *eran*, que nos permitimos cambiar en *son*, para eliminar una sílaba, que no cabe en la medida.—Ed.

Ella mora en el Cielo y nos convida
 A su feliz y placentero seno.
 ¿Te acuerdas cuánto te quería, Flavio?
 Ya la veré en las puertas de aquel reino
 Más bella que el sol, más que la luna,
 Tendiéndome sus brazos placenteros,
 Abrazarme y besar al feliz Tito
 Y preguntarme con doliente acento:
 “Esposo dulce, ¿do está mi Flavio?”
 Mas, hijo, di: ¿qué responderla puedo?
 ¡Es de nuestro Criador cruel enemigo,
 Que adora y sirve a otros dioses pérfidos;
 Que por crueles engaños luz le falta
 Y que preso será de hórridos fuegos
 Y vengadores de la fe sagrada.
 Ofrecí a aquel Señor, al Dios inmenso
 Que tú le adorarías desde niño (*a Flavio*),
 Y por esto esperaba tener premio;
 Pero diréla que, al salir del mundo,
 Te hablé, te mostré el feliz sendero;
 Mas te mostraste duro a mis palabras.
 Entonces, separado en el Averno
 Estarás de Dios, de ella, del caro Tito:
 Entonces aquel Flavio, su hijo tierno,
 No verá de los cielos las delicias;
 El Flavio aquél que fué su amor primero.
 Ya que la quieres, que doliente lloras (*a Flavio*),
 Ansioso busca su materno seno,
 Tan dócil a los ruegos de sus hijos.
 Ella te espera, Flavio, y en el Cielo.

FLAVIO. Amo a mi padre y no dejarme debe.
 Sumido en mi dolor y en llanto extremo.
 Él no debe morir, pues mira en Flavio
 A un hijo triste y falto de consuelo.

ESCENA V

Claudio y dichos

CLAUDIO. ¿Do está Tito? . . . ¿do, señor, se encuentra? . . .
 ¡A dura muerte véisle conducido
 A leones y fieras entregado!
 Y ¿no buscas refugio para tu hijo?

- EUSTAQUIO. ¿Qué dices? ¡Ay de mí! . . . ¡Mi hijo peligra!
 Mas ¿qué? aun no nos dieron el castigo . . .
 Pero ¿le has visto tú? ¿Cómo lo sabes?
 ¿Por qué? ¡Cuéntame, cuenta, Claudio mío!
- CLAUDIO. Conducido por pérfidos soldados
 Cerca al anfiteatro yo le he visto:
 La turba al espectáculo corría
 Para mirar al desgraciado niño.
 Repetía la plebe confundida:
 ¡Mira al hijo de Eustaquio, mira a Tito
 Entregado a las fieras; es cristiano!
- EUSTAQUIO. Criador omnipotente, Dios benigno (*mirando al
 Cielo*),
 Su tierno corazón suave conforta.
 Señor, sosténle, a ti te le confío;
 ¡Sé dulce en el instante de su muerte!
 Triunfa, Señor, de cuantos enemigos
 Hay en el mundo. Exalta de tu nombre
 La gloria, porque seas tú temido.
 Roma vea que tú, Señor, le ayudas.
 Su alma recibe . . . Mas ya dulce Tito,
 Hijo mío, feliz gustoso ofrece
 Tu sangre por tu hermano, hijo querido.
- FLAVIO. ¿Qué dices, padre? ¡Oh! ¡cuál me oprime el pecho!
- CLAUDIO. ¡Oh, mi Flavio, bien tienes tú, motivo
 De llorar . . . en los ojos . . . en el rostro . . .
- EUSTAQUIO. Mas ¿qué te parecía, Claudio mío?
- CLAUDIO. Radiante, alegre cual naciente Febo.
 Apenas me vió cuando, Claudio, dijo:
 "Adiós, y di a mi padre que apresure
 El feliz día por estar conmigo"
- FLAVIO. ¡Ay, hermanito mío, ay infelice!
- CLAUDIO. Tú no lo ignoras, que también es tu hijo
 Y ¿no le salvas del dolor que sufre?
- EUSTAQUIO. Ay, salvarle quisiera . . . mas ¿qué miro?

ESCENA VI

Tito y dichos

CLAUDIO. ¿Cómo? Pues . . . te salvaste? ¡No lo entiendo
(a Tito)

TITO. Ay, padre . . . ay, amigos . . .

EUSTAQUIO. Hijo amado,
¿Te mantuviste fiel a Dios?

TITO. Sí, padre.

EUSTAQUIO. ¿Cómo huiste del premio deseado?

TITO. No pienses que fuguéme, caro padre.

EUSTAQUIO. ¡Oh Dios! me temo algún pérvido engaño.

TITO. No temas, no, pues preparado estaba
A recibir la muerte cual cristiano.

EUSTAQUIO. ¿Que ha sido, pues, de ti? Refiéreme al instante.

TITO. Apenas me dejaste, entró en mi cuarto
Y me sacó de él el feroz Cornelio,
Confiándome a sus pérvidos soldados,
Pues a la muerte condenado estaba
Por el mandato del insigne Adriano.
De ahí me condujeron al instante
Al ancho y espacioso anfiteatro.
Y al momento me veo en la arena
De la gente y paredes rodeado.
Rugidos desde las cerradas cuevas
Oía de leones no contados.
Yo doblé en tierra mis rodillas tiernas
Y pienso en mi Señor. Su nombre santo
Con ferviente clamor lloroso invoco . . .
Avivo la esperanza, pues cercano
Ya veo el asilo de los justos.
"Toma tu siervo,—con fervor exclamo,—
Y el sacrificio de mi vida acepta.
Te encomiendo, Señor, mi padre amado
Y mi aliento recibe bondadoso."
Esto dije, y al punto los soldados
A dos leones las barreras abren

Que furiosos al medio se lanzaron;
 Airados mueven sus guedejas largas
 Y sus colas agitan con espanto; *
 Y rugiendo cual truenos fragorosos
 Hambrientos salvan el inmenso patio.
 Sus dientes y sus garras me mostraban;
 Mas al llegar a mí, deponen el estrago,
 Y me acarician con ternura suma.
 Y volviéndose plácidos y mansos
 Tres veces rozan su rojizo lomo
 Ligeramente a mi derecho lado.
 Y plácidos mirándome descansan
 Y de la arena se echan a lo largo . . .

EUSTAQUIO. ¡Oh consejos de Dios inexcrutables!
 ¡Tú a los leones haces tornar mansos;
 Su corazón con tu palabra ablandas
 Y endureces también a los malvados!
 Por tal prodigio a tu Señor bendice (*a Tito*)
 Y dale gracias por dejarte salvo.
 ¡Ciega Roma! abre tus nublados ojos
 Y reconoce al Dios de los cristianos.
 Mas di ¿cómo has venido?

Tito. El pueblo entero
 Del suceso tal álzase admirado
 Y al instante también yo me levanto,
 Yéndome a los que guardan las entradas
 Que quizás por ti, padre, me dejaron.
 Y fúime a ti por el camino recto.
 Haz, Señor, lo que sea de tu agrado (*mirando al Cielo*)
 Que el sacrificio de mi vida ofrezco.

CLAUDIO. Tu Dios desea verte sano y salvo
 Para que a Jove plácido obedezcas.

EUSTAQUIO. Por tal medio no quiere él sea salvo.
 Ni lo puede querer.

CLAUDIO. ¿Por qué no puede?

EUSTAQUIO. Porque no quiere que a su fe seamos
 Unos traidores pérfidos. ¡Oh! Tito
 Mira a tu hermano en el guerrero Flavio
 Te referí.

* Alguien ha interpolado la palabra *fero*, entre "con" y "espanto"; resueltamente hemos eliminado la voz, por requerirlo la integridad del metro.—Ed.

- FLAVIO. ¡Venciste, padre, y a tus plantas vesme! (*se arrodilla*)
Adoro a tu Criador, le adoro y amo.
Conozco al Dios Supremo de mi infancia.
Si me reciben sus amantes brazos,
Le querré más que nunca. ¿Esperar puedo
Que recibirme quiera aunque malvado?
- EUSTAQUIO. Sí, Flavio, y por mi boca te promete
Que él te admite en su asilo sacrosanto,
Con tal que le ames con amor de un hijo.
- FLAVIO. ¡Era ciego e infeliz, hace diez años! . . .
- EUSTAQUIO. Tus infidelidades cometidas
El arrepentimiento borra, Flavio,
Levántate y reposa bien contento.*
- FLAVIO. Contigo espero el premio deseado
Que me prometes . . . ¡Tito, ven y abrázame!
- EUSTAQUIO. ¡Abrázale y muramos abrazados!

Acto V

ESCENA I

Claudio y Flavio

- CLAUDIO. En fin, oh Flavio, ¿qué de tu existencia
Puedo esperar?
- FLAVIO. Yo pienso, caro amigo,
Que en el Cielo me aguarda un dulce asiento
Y duradera paz; pero conmigo
¿No estarás?
- CLAUDIO. Veo que paterna ciencia
Pudo ya encaminar tu entendimiento
A los senderos do odiarás tu vida.
- FLAVIO. No ya por el amor busco la muerte.
La razón a opinión tal me convida.
Si mi padre (no quiéralo la suerte)
De Adriano obedeciese los mandatos,
Estaría más firme que una roca,
Y yo calificándolos de ingratos
Continuaría en lo que Dios me enseña.

* Agregamos *bien*, entre "reposa" y "contento," pues a la línea le falta una sílaba, para ser verso.—Ed.

- CLAUDIO. Pero . . . ¿esta fe tu sangre, Flavio, exige?
- FLAVIO. Lo pide ahora; pero, Claudio, mira:
Si quisiese luchar, como te dije,*
Por monarca, que mísero suspira
Y por Roma animoso me ofreciese:
¿Algún premio feliz he merecido?
Pues mucho más morir y luchar debo;
Pues si esto a un miserable lo debiese.
Por mi Dios que con su gloria me convida
¡Más debería a Dios esclarecido!
Y más, Adriano levantar no puede
Mi cuerpo de la tumba ya olvidada
Ni que more en región tan regalada
Como la que mi Dios ya me concede.
Deja que vaya a nuestros aposentos**
Para tratar de religión querida . . .
Los últimos momentos de mi vida . . .
- CLAUDIO. (*Interrumpiéndole*) ¿De tu vida los últimos momentos?
- FLAVIO. Piensa, Flavio, y con juicio determina.
- FLAVIO. Pienso y me duelo mucho, caro amigo,
Que no tengas feliz parte conmigo
En el gozar de la bondad divina.
¡La paz busquemos en el cielo santo!
- CLAUDIO. No quiero el cielo. Sé que más te estimo
De lo que crees, Flavio. ¡Qué quebranto!
¡Por haberte estimado, triste gimo!
¡Oh corazón cruel ingrato y duro!
- FLAVIO. No lo es tan duro que por ti no sienta
Un agudo dolor que triste apuro,
La pasada inquietud que me atormenta.
¡Ay! por tu obstinación, inquieto muero!
Tal vez harás lo que desechas ora
Y entonces alegría encantadora
Por tu mudanza religiosa adquiero.
Y si tu corazón ardiente me ama,
Apaga el fuego que mi pecho inflama.

* Nos tomamos la libertad de suprimir lo, entre "te" y "dije," que aparecen en la edición de *Cult. Soc.*, por requerimiento del metro.—Ed.

** "Deja que vaya a nuestros departamentos," (*Cult. Soc.*), que no es verso endecasílabo; también estábamos por dejarlo intacto; y el propio sacerdote, mencionado en nota de la pág. 119, propuso el cambio de la voz "departamentos" por *aposentos*, y así se salva el inconveniente.—Ed.

ESCENA II

Metelo, Cornelio y dichos

- CORNELIO. Alejaos de aquí, y tú vé a Adriano (*a Flavio*):
Te mando que a él vayas al instante . . .
- FLAVIO. ¿Por qué? . . . ¡me llama nuestro soberano!
(Pues veo en su faz gesto amenazante.)
- CORNELIO. ¿Y lo preguntas? Sabes que un romano
Importunar no debe al gobernante?
Vé, Flavio, y lo sabrás en el momento;
Y tú, parte también en seguimiento (*a Claudio*).
(*Vanse.*)

ESCENA III

Metelo y Cornelio Solos

- CORNELIO. ¿Sabes que Flavio sigue ya y adora
Al Dios de los cristianos y que es hijo
Del Criminal?
- METELO. De averiguarlo acabo;
¿Mas qué será del desgraciado joven?
- CORNELIO. Arrancado del lado de su padre
Vivirá, y de los númenes al culto
Por las lisonjas volverá de Adriano;
Y más, Adriano tiene un ateniense,
Hombre de rara ciencia y de talento,
De elocuentes razones persuasivas
Que contrariar difícilmente pueden,
Y le disuadirá con su discurso,
De modo tal que cederá gustoso . . .
Y de su padre lejos no es posible
Que a los ruegos resista y que la muerte
Busque; demente, con un tal deseo.
- METELO. ¿Vivirá Flavio?
- CORNELIO. ¡No me importa nada!
Pues él poco se opone a mis designios.
Eustaquío, sí, se muestra mi contrario,
Con Tito morirá y en breve plazo
Si Adriano lleva a cabo sus designios.
- METELO. ¿Por ellos, en verdad, compasión siento!
¿Y apresuras la muerte a reos míseros?

- CORNELIO. Si reos son, ¿por qué tardar la muerte?
- METELO. ¡A los cristianos los defiende el Cielo!
- CORNELIO. El Cielo!
- METELO. ¿No lo viste en ese Tito?
¿Quién refrenar el hambre de las fieras
Puede sino la omnipotenté fuerza?
- CORNELIO. ¿Cómo defiendes su cruel delito,
Cuando tal crimen los acusa y hiere?
- METELO. Con tal defensa, digo, los acusas.
- CORNELIO. ¿Y las mágicas artes no conoces
Que sirven con frecuencia a los impíos?
Y ¿verás aún más raras maravillas? . . .
Además, lo desea nuestro Adriano.
A pesar de ser lento, le he movido
Que me los deje y que decida de ellos . . .
- METELO. Pero ¿tú crees que delitos tienen?
- CORNELIO. Así lo quiere: sé lo qué me hago:
Helos aquí que vienen con cadenas.
- METELO. ¡Ay, que derramas inocente sangre!
¡Oh, qué terror! ¡Qué leyes tienes, Roma!

ESCENA IV

Eustaquio, Tito encadenados y dichos

- CORNELIO. Manda el Emperador que te dijera
Su prepotente voluntad postrera,
Y determina bien sobre tu suerte:
¿Quieres el sacrificio o bien la muerte?
- METELO. ¡Piensa que en ti perece tu victoria,
Juntamente con Tito tierna gloria!
- EUSTAQUIO. Por tu amor y piedad te doy las gracias (*a Metelo*).
- CORNELIO. ¡Me duelen mucho, amigo, tus desgracias!
- EUSTAQUIO. Cumple con tu deber . . . no digas cosa
Que no la siente tu alma mentirosa.
Te conozco, Cornelio, y te perdono.
La muerte escojó que me ofrece el trono.
Metelo, ¿di, está Flavio, di?

- METELO. Delante
 De Adriano está. No en el error constante,
 Porque resolución tomará Flavio
 Digna de un joven tan discreto y sabio.
 Dejará las erróneas costumbres
 De nuestra religión a los vislumbres.
 Y tú vive por Roma, por vosotros,
 Por tus caros amigos y por otros
 Que te quieren. Vé, pues, al sacro templo
 De Júpiter y muestra grande ejemplo
 De religiosidad.
- EUSTAQUIO. Pecaré, amigo,
 Contra mi Dios, si tus consejos sigo.
- METELO. ¿No quieres ver a Flavio?
- EUSTAQUIO. Yo quisiera
 Verle antes que con Tito pereciera.
 ¡Cornelio, por piedad, sé más humano!
- CORNELIO. Eustaquio, tu deseo será en vano.
 Tú sabes que obedezco a la corona.
- TITO. ¡Oh padre! Flavio ya nos abandona,
 Y se vuelve de Júpiter al culto.
- EUSTAQUIO. ¡Ay! qué afrenta feroz, qué cruel insulto!
 Con mis queridos hijos presentarme (*alzando los*
ojos)
 Pensé, con ellos, oh Señor, juntarme
 Y a tus pies altísimos postrarme
 ¡Ante tu trono anhelo
 Esa felicidad para mi pecho!
 Y tú, mi Flavio, has mi placer deshecho!
 Y si mi corazón probar quisieres,
 Que así con tu justicia un alma hieres.
 Tú puedes sostenerme con tu gracia
 Contra el peso feroz de mi desgracia . . .
 Perdona mi dolor, yo desconfío
 De mi Flavio infeliz, y en ti me fío.
 ¿Qué fuerza le podrá cambiar al triste
 De corazón, si tu favor le asiste?
 Por ti muero y espero algún consuelo
 De encontrarle glorioso en el cielo.*

* Hemos puesto diéresis en *glorioso*, que no aparece en *Cult.*, para completar la medida.—Ed.

Por mi culpa tus votos lo permiten
 Que a mi querido Flavio me lo quiten.
 ¿Hablarle no podré de ningún modo? (*a Cornelio*).

CORNELIO. ¡Pídeslo en vano!

EUSTAQUIO. ¡Sufrirélo todo!
 El amargo dolor en sacrificio
 Acepta y de mis días el suplicio.
 Cumplamos su deseo, y vamos, Tito;
 La muerte venga y al edén subamos.
 Tu tierno corazón a Dios levanta;
 Sufre la muerte que al culpado espanta.

TITO. Vamos, oh padre, alegres al suplicio.
 Recíbeme! Mi vida doy por Flavio;
 Por Flavio ofrezco a Dios mi sacrificio
 Y sufrir por Dios cualquier agravio.

EUSTAQUIO. Si tienes corazón piadoso y fuerte (*a Metelo*),
 Dile a mi Flavio que en la cruda muerte
 Sentí que con nosotros no estuviera,
 Pues con Flavio contento pereciera.
 Y mientras que de Dios piadoso implora
 Que me perdone el alma pecadora,
 Acuérdesse de Cristo soberano,
 De una madre, de un padre y de un hermano
 Que en el cielo le esperan impacientes.
 Anima, Tito, los tus pies dolientes (*le lleva y anda*).

ESCENA V

Flavio y dichos andando

FLAVIO. ¡Oh padre . . . deténte! . . . ¿Por qué con cadenas
 Caminas gustoso? ¿a do vas?

EUSTAQUIO. Al cielo.
 ¿Y a do te diriges, mi dulce consuelo?

FLAVIO. Me voy con vosotros, por muerte sufrir.

EUSTAQUIO. Querido, ¿será cierto?

FLAVIO. ¡Qué ataque terrible
 De premios, promesas, lisonjas, razones,
 Miradas terribles, airadas acciones,
 Pensando yo pueda del bien desistir!
 Mas Dios ha vencido por mí, y al instante

Morir con vosotros desea mi alma;
Morar placentero y feliz en la calma,
Cantando alabanzas al Justo Criador.

EUSTAQUIO. Inundas mi pecho, mi Flavio querido.
Eustaquio temía por ti solamente.
Y tiembla ya el pecho con gozo ferviente,
Por verte resuelto a morir con ardor.

CORNELIO. ¿Los dioses no adoras?

FLAVIO. ¿Los dioses de Roma?
Adoro al Eterno Criador de la tierra,
Al Dios soberano de paz y de guerra;
Por Él morir quiero y servirle cual fiel.

CORNELIO. Ponedle cadenas, venid, oh soldados (*vienen*).

FLAVIO. ¡Cuán dulces las siento! ¡qué suaves cadenas!

EUSTAQUIO. Por fin, me quitaron las lúgubres penas;
Rebosa mi pecho dulzor, suave miel.
Veréte por cierto, oh Dios, con mis hijos . . .
Por Dios convertiste mi fúnebre llanto
En gozo abundante de célico encanto,
Que llena de gozo el feliz corazón.

TITO. ¡Felices ya somos!

FLAVIO. ¡Dichosos nosotros!

CORNELIO. Llevadlos, soldados, a darles la muerte.

EUSTAQUIO. Venid y suframos con pecho el más fuerte,
Pues Dios nos convida a su eterna mansión.

ESCENA VI

Cornelio y Metelo

METELO. No se conoce tal virtud en Roma,
Pues reciben alegres la sentencia
Y se contentan si del mundo parten . . .
Tan resignados miran la hora extrema,
Que es posible que un numen les dirija
Superior numen en poder y fuerza.

CORNELIO. Te engañas. Valor finjen los cristianos,
Porque de intrépidos la fama anhelan.
Si morir saben, en reinar soy sabio . . .

- Por fin, vencí triunfando de la fiera
Que la corona arrebatarne quiso.
- METELO. "Presto se cae el que veloz se eleva."
La fortuna es voluble, y desde lo alto
Precipita al mortal en la cisterna.
- CORNELIO. Después de Adriano, yo seré el primero,
Y mandaré en la comenzada guerra.
- METELO. Si cayó tu enemigo, tú que subes
En tu futura caída cree y piensa.
- CORNELIO. Como no tengo la fortuna tanta,
No temo que me arrojen con la fuerza.
- METELO. Creo que así discurren los humanos
Que de sí mismos míseros se ciegan.
Sobre la suerte ajena cuerdos somos;
Pero, ciegos, acerca de la nuestra.
Yo, Cornelio, soy reo de su sangre,
Y con ella mancharme no quisiera.
- CORNELIO. Así te lo parece, pues su muerte
Hace que compasión tu ánimo sienta.
También sentía yo remordimientos . . .
Mas será Adriano quien la culpa tenga.
- METELO. Mas si tienes delito y no lo temes,
¿No temes a Adriano?
- CORNELIO. ¡Oh, qué piensas?
- METELO. El Emperador, digo, no te manda
Que le dieses la muerte sin su venia.
- CORNELIO. Él habló, de manera que ya no temo . . .
Él estaba dudoso, según muestra
En condenarlos o dejarlos libres;
Pero, vencido en fin por mi elocuencia,
"Cornelio, dijo, a ti te los entrego" . . .
¿Qué puedes replicar?
- METELO. Sólo un instante
Aguarda, pues parece que alguien se acerca.
- CORNELIO. Vé y presto toma los dioses . . . ¡Ay! qué pena
Siente mi corazón desesperado!
Cruelles remordimientos se apoderan
De mi alma infame. Las airadas furias
Vengativas mi corazón lo cercan.

Paréceme que veo sus espectros
 Silenciosos vagar pidiendo cuenta
 De mis maldades. ¡Nada! ¡Nada! es tarde.
 ¡Ninguna salvación! ¡nada me queda!

METELO. ¡Adriano viene con la faz turbada!

CORNELIO. ¡Temo que Claudio . . . siento la sentencia!

ESCENA VI

Adriano y dichos con lictores y sacerdotes

CORNELIO. Oh, salvóse por fin la ley trajana,
 El honor de los dioses juntamente.

ADRIANO. Pero no la palabra corneliana
 Ni su fidelidad. Precisamente
 Todo el bando del águila romana
 Tus calumnias verídico desmiente;
 Pues apenas los Jefes lo supieron
 A Eustaquio persuadirle prometieron.

CORNELIO. Gran Emperador, por Jove juro
 Que de lento acusarte se atrevían
 En condenar a Eustaquio, y te aseguro
 Que por verle morir se complacían . . .

ADRIANO. Apresurado has, pérfido perjuro,
 La tal condenación que lo pedían,
 Como dices, las leyes de Trajano
 Ejecutándola por tu propia mano;
 Pero, no obstante, quédome dudoso . . .
 Quiero ver si cual cuerdo me serviste,
 Cuando te entregué a Tito el animoso
 Para darle a su padre, ¿obedeciste
 A lo que te mandaba? ¡Ah! cruel, doloso,
 ¿Puedes aun recordar lo que dijiste?
 ¿Con qué fidelidad hasme servido?
 ¿Mis mandamientos has contradecido?

CORNELIO. Señor . . . ¿Qué duda es ésta? yo no entiendo . . .
 Hábléle cual me habías tú mandado . . .
 Mas, ¿cómo recordar, no lo pudiendo?

ADRIANO. Si en tu mente no tienes lo grabado,
 Acuérdate del crimen tan horrendo
 Animándole a Tito, desgraciado
 Contra Júpiter, Roma a rebelarse
 ¡Pensando que puédeme ocultarse!
 Ya descubrí tu crimen, y no obstante
 También tu palidez me lo confiesa.
 Tú sentir deberías al instante
 Que veas que el delito, ya te pesa.
 Tito no me lo dijo, fué un amante
 Apreciador de la infeliz vida ésa
 Que de sacrificar acabas fiero
 En las aras de un numen carnicero.
 Y finges serme fiel estimulando
 A que nieguen de los dioses la potencia.
 Cuando muchos caudillos esperando
 Conseguir el perdón de mi clemencia,
 Tú te levantas sólo maquinando
 A que les apresure la sentencia . . .
 Esto lo causan tus fingidos celos
 Dando al Emperador grandes desvelos;
 Tú creyendo que en ti yo confiaría
 La nave y poder del vasto estado
 Y que tu personaje se pondría
 En mi radiante y majestuoso lado . . .
 Mas te concedo yo, por su osadía,
 Que te embarques ahora apresurado
 Que a Ostia vayas por tu infame yerro
 A sufrir para siempre el cruel destierro.
 Jamás saldrás de allí por ser ingrato;
 No alivio gozarás sino tormento,
 Ni pisarás a Roma, pueblo grato,
 Ni probarás allí rico alimento
 Por desobedecer a mi mandato.

CORNELIO. Señor, perdona . . . ruego a tu clemencia . . .

ADRIANO. Envidioso, vé y sal de mi presencia.

METELO. Eres tú, señor, justo y clemente,
 Pues procedes cual debe un soberano.

ADRIANO. Y tú, Metelo, piensa y no te aliente
 La envidia y ambición, no, de un humano.
 Mira a Cornelio que en matar consiente
 A los leales por su propia mano,
 De la infidelidad huye del templo.

METELO. Aprenderé, oh Adriano, con tu ejemplo.

ESCENA ÚLTIMA

Claudio y dichos

ADRIANO. ¿De dó vienes, Claudio? ¿Qué nuevas me traes?

CLAUDIO. Eustaquio, oh Adriano, murió con sus hijos
 Tras dura batalla y dolores prolijos.
 Decirte no puedo la fiel relación.
 El pueblo lloraba de llanto movido,
 Al ver a los niños que alegres refan
 Y plácido el rostro contentos morían.
 Movióse mi pecho por dulce emoción.
 Orando ofrecía su cuello al verdugo
 El cándido Tito, que suave reía . . .
 Saltó su cabeza que hermosa se erguía
 Del hierro al impulso de mano feroz.
 Su padre al instante la coge y la besa
 Con tierno cariño en el rostro marcado,

. *

Orando ferviente y en plácida voz.
 De Flavio, mi amigo, la hermosa cabeza
 Se aparta del tronco en el mismo momento.
 Lloraba mirando suceso sangriento,
 Que el pueblo tenía lloroso también.
 Eustaquio siguiólos alegre y contento
 Y ofrece su vida con ánimo fuerte
 Del hierro y el fuego esperando igual suerte
 Por ver a sus hijos en célico edén.
 Morir yo pensaba al mirarlos tan fieles,
 Al verlos con rostro sonriente y contento
 Sufrir animosos el fiero tormento.
 ¡Qué imagen tan tierna, feliz sumisión!
 Movióme en extremo que Fhacuit, que Tito,
 Con voz cariñosa decíanme a mi:
 "Oh Claudio, oraremos nosotros por ti"
 Aguda saeta me hirió el corazón.

* Falta aquí una línea: el sentido y la rima lo denuncian.—Ed.

- ADRIANO. La ley de Trajano y el fiero Cornelio
 Privaron a Roma de un hombre valiente.
 De secta cristiana que odiaba la ley.
 Sentía en extremo que fuese creyente;
 Sentía en extremo obligarle mi mando
 Haciendo que crea en un numen potente,
 Querer que privóme de un Jefe valiente
 Dejando esparcida su bélica grey.
- CLAUDIO. De lástima dignos no fueron por cierto.
 Nosotros lo somos . . . Un Dios prepotente
 Existe, que manda y gobierna clemente . . .
 Futura existencia se encuentra también.
 ¡Cuán fuertes los vemos a tantos cristianos
 Que sufren, toleran la muerte con gusto:
 Así lo ejecutan honrando al Dios justo,
 El Dios de cristianos que hizo el Edén!

FIN

CORRECCIONES Y ENMIENDAS

Los rizalistas, los devotos de los versos de Rizal, están ya informados que en algunas de sus poesías se han cometido omisiones y erratas, que importa corregir, restableciendo así el original auténtico y evitando que, en lo sucesivo, vayan circulando copias equivocadas o erróneas. En esta edición se ha tenido el cuidado de evitar tales errores o erratas.

Cinco, especialmente, de las poesías más vulgarizadas de Rizal, adolecen de tales defectos, aun en reproducciones que debieran ser recibidas por correctas; las composiciones en que los deslices aparecen, son: (a) *A la juventud filipina*; (b) *Por la Educación recibe lustre la Patria*; (c) *A las flores de Heidelberg*; (d) *A mi . . .* (musa); y (e) *Mi retiro*.

Vamos a particularizar las erratas y enmiendas:

I. En *A la Juventud filipina*.—Todos saben que esta oda en lirás de cinco versos, describe las cuatro Bellas Artes—Poesía, Música, Pintura, Escultura,—dedicando una estrofa a cada una de ellas; la séptima trata de la Escultura y está concebida en los siguientes términos:

“Tú, que la *peña* dura
 animas, al impulso de tu mente,

y la memoria pura
del genio refulgente
eternizas con mano prepotente . . .”

No hay duda de su objeto: es la Escultura, que usa de la *peña* (piedra, mármol), como medio, así como la Pintura utiliza la luz y los colores; la Música, el sonido, y la Poesía, la palabra rimada: a raíz del premio otorgado a la oda de Rizal por el Liceo Artístico y Literario, en 1879, la sociedad, en su revista, publicó por vez primera, la poesía, y por un error de imprenta, en su texto apareció *pena*, (en vez de *peña*), y así se vino reproduciendo el error, año por año, hasta 1925, en que dedicamos un extenso y circunstanciado estudio sobre “error de tanto bulto producido por la omisión de una mera tilde”; y ni Retana, ni Derbyshire, ni H. López (en sus versiones) han reparado en el defecto: el uno, fantasea sobre el valor y alcances de la *pena*; el segundo la traduce *strife*, y el tercero dice *hinagpis*; cuando debía ser cosa tangible, *peña*, mármol, materia para la Escultura, que

“eterniza con mano prepotente;
. . . la memoria pura
del genio refulgente;”

y todo un magistrado Mapa, al conocerlo, se maravillaba que error de tanta significación se haya mantenido y repetido por años y por años.

II. En *Por la Educación recibe lustre la Patria*.—Esta fué una de las poesías de Rizal, de su época escolar: permaneció inédita, desconocida del público, hasta 1902, en que el entonces gobernador de Bataan, Tomás G. del Rosario, la recitó en una velada en honor de Rizal. Es una composición en octavas reales; la primera estrofa termina con este pareado (así lo publicó *El Renacimiento*):

“Tal la educación, al ser humano,
Bienhechora engrandece con larga mano.”

Hay evidente error de copia: un verso de *diez* sílabas, y otro, de *doce*, cuando ambos debían ser *endecasílabos*. Chocante es que, hasta Retana, que no carecía de oído poético, haya caído en el error, al incorporar el texto en su gran libro sobre Rizal. El nuestro (pág. 19) ofrece la enmienda que obtuvimos del inmenso Apóstol (que sólo accedió a ello, después de reiterados e insistentes empeños, de nuestra parte):

“Así la educación, con sabia mano,
bienhechora engrandece al ser humano.”

III. En *A las flores de Heidelberg*.—Producción de 1886, estando Rizal veraneando en esta ciudad de Alemania. La poesía es una silva; después de once versos, en que el autor emplea la voz *alba*, sigue este período:

“Decid que cuando el *aura*,
que roba vuestro aroma,
cantos de amor jugando os susurraba,
él también murmuraba
cantos de amor en su natal idioma . . .”

No hemos visto el original: *alba* aparece en *La Solidaridad*, al publicarla, y *alba* repitieron cuantos quisieron (Retana, *Homenaje a Rizal*, etc.). Hemos aventurado *aura*, en lugar del segundo *alba*: sólo el *aura* podía “robar el aroma de las flores de Heidelberg”; sólo el “*aura susurraba*”, no el *alba*. Así está en nuestro texto (pág. 54).

IV. En *A mi . . .* (musa). Todos recuerdan que está concebida en vigorosas quintillas y acaba con dos octavas reales: la segunda de ellas, comienza con esta línea (que quiere ser verso endecasílabo, y no lo es, aunque conste de once sílabas):

“Y si el tiempo con el laurel corona . . .”

En otras letras aparece *triunfo*, en lugar de *tiempo*. Apóstol, con igual resistencia que antes, tampoco quería poner la mano en composición de Rizal; al cabo, sugirió conservar *triunfo*, poniendo diéresis sobre la *i* y suprimiendo el artículo en “laurel,” así:

“Y si el trüunfo con laurel corona.”

(véase el texto, pág. 58).

V. En *Mi retiro*.—Rizal, según confesión propia (carta a su madre, Octubre, 1895), retuvo esta composición, por algún tiempo, y sólo se decidió a enviársela, cuando se vió asediado de tantas atenciones, temiendo una demora interminable. Con ser una poesía hermosísima, pueden notarse algunas asperezas, que sin duda su propio autor habría querido limar, si hubiera dispuesto de vagar y tiempo.

En la estrofa sexta, segundo verso, hay este hemistiquio:

“. . . de mundos que lejos son.”

Aunque lo constituyen *siete* sílabas, se cuentan por *ocho*, en razón a terminar en voz acentuada. Para salvar el inconveniente y eliminar una sílaba, vendría bien convenir en una forma que, con-

servando el sentido del texto, ofrezca una sílaba menos. Por ejemplo,

“de entes que lejos son;”

o este otro:

“de mundos *en montón*;”

u otra corrección que encaje en la medida y conserve el conso-
nante en *-ón*.

La estrofa duodécima, último verso, segundo hemistiquio (así, en Retana, *Parnaso filipino* y otros textos), termina:

“el mundo que tengo en mí”

En vez de hemistiquio de siete sílabas (pues se trata de versos alejandrinos, como los del *Último Adiós*), el fragmento transcrito, siendo literalmente de 7 sílabas, valen 8, por terminar en sílaba acentuada; vacilamos mucho, frente al incuestionable defecto, y sólo tímidamente sugerimos un remedio: reducir en *don*, el mundo, de este modo, para integrar la medida:

“. . . el don que tengo en mí.”

Los textos que traen *Parnaso filipino* y Retana, estrofa décimotercia, segundo alejandrino, dicen:

“muchos me han abandonado.”

También sobra una sílaba. Preferimos la letra que trae la biografía de Rizal (todavía inédita), que está autorizada por su parienta *Apó ni Dimas* (Sra. Asunción López-Bantug):

“. . . otros me han olvidado.”

En esta línea,

“Otra voz más potente y más feliz que la mía”

(décimoquinta estrofa, cuarto alejandrino) la *y* que subrayamos sobra, y es más bien errata de copia, y, eliminándola, queda el verso perfectamente encajado en su medida.

Mucho, mucho nos hemos detenido ante este verso:

“La antigua melancolía siento en mí renacer. . . .”

Melancolía es palabra de cinco sílabas: no conocemos licencia poética ni autor que la haya hecho de cuatro sílabas: *me-lan-co-li-a*, tiene que acabar en *ía*, como *mía*, *todavía*, *poesía*: ¿cómo hacer que el hemistiquio “La antigua melancolía” fuera solamente de siete

sílabas, como requiere el metro? . . . Tras larga vacilación, tiramos de la manta, buscando el remedio en la sustitución de "melancolía" por *hipocondría*, pues siendo sinónimas, aunque ambas tienen igual número de sílabas, la *hi* con que empieza "hipocondría," hace sinalefa con "antigua," que la precede. (*La antigua hipocondría*, siete sílabas). Y, al avío. Finalmente, en la combinación vigésimo-segunda (22a.), cuarto verso, se lee en diferentes copias:

"Si ya es tan *sincera* . . ."

que debiera ser

"Si ya *no* es tan . . ."

como pide el sentido; mas la voz *sincera*, aparece en unas copias *ingenua*, y en otras, *risueña* . . . ¿Cuál es la verdadera letra de Rizal? Preferimos *risueña*, y así es nuestro texto (pág. 67).

"KUNDIMAN" Y "KUNDIMAN"

Hay dos *kundimanes*: uno, discutible o disputado, y otro, no dudoso que fuese de Rizal: éste, indiscutido, va incorporado en nuestra colección (pág. 58).

El otro *Kundiman* tiene historia; tal vez, por eso, se ha prestado a discusión. ¿Cuál es ello?—Lo que figuró en el proceso de Rizal (sólo como fragmento), y se halla reproducido en Retana (*Archivo del Bibliófilo Filipino*, tomo IV, página 43, de los "Documentos políticos de actualidad"). Su texto es como sigue:

"En el bello Oriente,
Donde nace el sol,
Una tierra hermosa
Henchida de encantos,
Con fuertes cadenas
El déspota abruma.
¡Ay! ésa es mi patria,
Mi patria de amor.
Cual esclava muere,
Entre hierros gime;
¡Dichoso quien puede
Darla libertad!"

El propio Retana vuelve a reproducirlo, más tarde, en *Vida y Escritos del Dr. José Rizal* (p. 355). En la parte bibliográfica de esta obra, número 91,—*En la ausencia*.—hay este comentario:

"Poesía escrita en París, 1889. Un fragmento se publicó en el vol. IV del *Archivo del Bibliófilo Filipino* con el título *Kundiman*.—Así, el Sr. Ponce. Es de notar que el fragmento por mí transcrito en el *Archivo*, está fechado a 12 Septiembre 1891, y es el mismo que salió a relucir cuando el proceso. Rizal negó su paternidad a esta breve poesía, que debe ser la misma que con el título de *Kundiman*, y como poesía de Rizal, vió la luz en *El Pueblo*, de Cebú, número de 18 de Abril de 1900, según D. Vicente Elío."

La sospecha sobre lo publicado en *El Pueblo* es correcta: nos hallábamos en aquella ciudad y recordamos su publicación: también estábamos en posesión de una copia, constituida por tres estrofas, siendo la tercera un "ritornello" de la primera. Por entonces

(1900) circuló este *Kundiman* como incuestionablemente de Rizal.—Nótese cómo Retana, a pesar de su repudio, parece inclinarse a que la poesía realmente es rizalina.

Queremos añadir que era efectivamente unánime el sentir del público, aceptándolo como genuino: en tal concepto el trozo antes reproducido, y conocido en Manila mediante su publicación en el *Archivo*, dió margen a que los maestros Francisco Buencamino y Antonio J. Molina—uno después de otro—lo pusieran en música (aire de *kundiman*, según creemos), piezas que fueron cantadas y ejecutadas en veladas públicas y fiestas familiares.

Sólo muy tarde surgió la duda o la contención. Epifanio de los Santos, con su autoridad de *scholar*, lo planteó, fundándose en haber hallado, entre los papeles de P. A. Paterno, copia de tal *Kundiman*, con letra y firma de Paterno. Nadie se movió, que sepamos, ante lo planteado por Santos. ¿Era razonable su juicio?

Es posible que la denegación del propio Rizal, de su paternidad, mentada por Retana, tenga algo que ver con lo aseverado por Santos. Ello no deja de ser meramente dudoso, no concluyente: que así era, vino a denunciarlo crítico tagalo tan agudo y competente, como Julián Cruz Balmaseda. En su conferencia sobre *Ang Tatlong Panahón ng Tuláng Tagalog*, ante el Instituto de Lengua Nacional (julio 28, 1938), Balmaseda discute juiciosamente la paternidad de este *Kundiman*; y después de analizarlo, con referencia a la capacidad y conducta así de Rizal como de Paterno, en público y en privado, decide incuestionablemente que la poesía no podía ser de Paterno sino de Rizal. Y esto, hasta destruir la suposición de que el "original" castellano fuese de aquél, y sólo su "traducción" tagala fuese la obra de Rizal: esto último, para todo el mundo, con solo considerar quién era Rizal, y quién Paterno, como poeta, como político y como patriota.

La anterior referencia a haber nosotros conocido, en Cebú, una copia del *kundiman*, en tres estancias, nos permite volver al caso, aun lamentando la deficiencia de nuestras reminiscencias. He aquí lo que recordamos.*

* *Marzo, 1947.*—Como consignamos en otro lugar (nota de la pág. 21), entre los manuscritos de la Colección rizalina acabada de ser recobrada por la Biblioteca Nacional, hay una copia en miniatura de este *Kundiman*: por cierto que figura esta nota al pie: *Nelly Boustead; París, 1889.* La Srta. Boustead fué una de las buenas amigas de Rizal. Este hecho casi pone fuera de duda que esta breve poesía, a pesar de no haber sido reconocida por Rizal, como suya, refuerza la duda de Retana, y en nosotros produce la convicción de que él era su autor; su denegación, hecha meramente de paso, durante su proceso, pudo obedecer a *no recordarlo*, como solía él repetir; pero la referencia a "París; 1889" y bajo la fe de Miss Boustead, cambia por completo la situación.

El presente comentario, con que cerrábamos la colección, en diciembre último, terminaba con dos párrafos y la evocación de las estrofas para completar el fragmento citado por Retana y puesto en música por Buencamino y Molina. Con la copia a la vista, de lo conservado por Miss Boustead, reproducimos su texto (confesando que difiere en algo de lo que recordábamos), y dice así:

- “1.—En el bello Oriente—Donde nace el día,
Una tierra hermosa—Henchida de encantos,
Con fuertes cadenas—El déspota abruma.
¡Ay, esa es mi Patria,—Mi Patria de amor!
- “2.—¡Cuán triste la vida—Lejos de su seno!
¡Luz ni amor existen—Fuera de sus campos!
La luz no fulgura;—El cielo es tristeza.
¡Ay de mí, si muero—sin ver su esplendor!
- “3.—A orillas del Pásig,—Crecen los mangales
De robusto tronco—Y espléndida sombra;
En sus hojas verdes—La luz juguetea,
Prestando al espíritu—Dulzura sin par.
- “4.—En el bello Oriente,—Donde nace el día,
Mi Patria adorada,—Henchida de encantos,
Entre hierros gime;—Como esclava muere.
¡Dichoso quien pueda—Darla libertad!”

Concluíamos entonces nuestro comentario, con este párrafo que reproducimos con toda énfasis:

“Rizal, y sólo Rizal pudo haberlo cantado: las ideas y sentimientos que estos versos expresan los había formulado Rizal, más de una vez, bien por entero o separadamente; y por encima de la negativa a prohijarlos—en lo que el mismo Retana no parece creer, ni nosotros tampoco,—seguimos convencidos de que tales sentimientos y tales ideas son suyos, y muy suyos, y . . . si no lo fueran, merecían serlo.”



En la Oficina de la Imprenta, a veintinueve de diciembre de mil novecientos cuarenta y seis, se acabó de imprimir este folleto.